

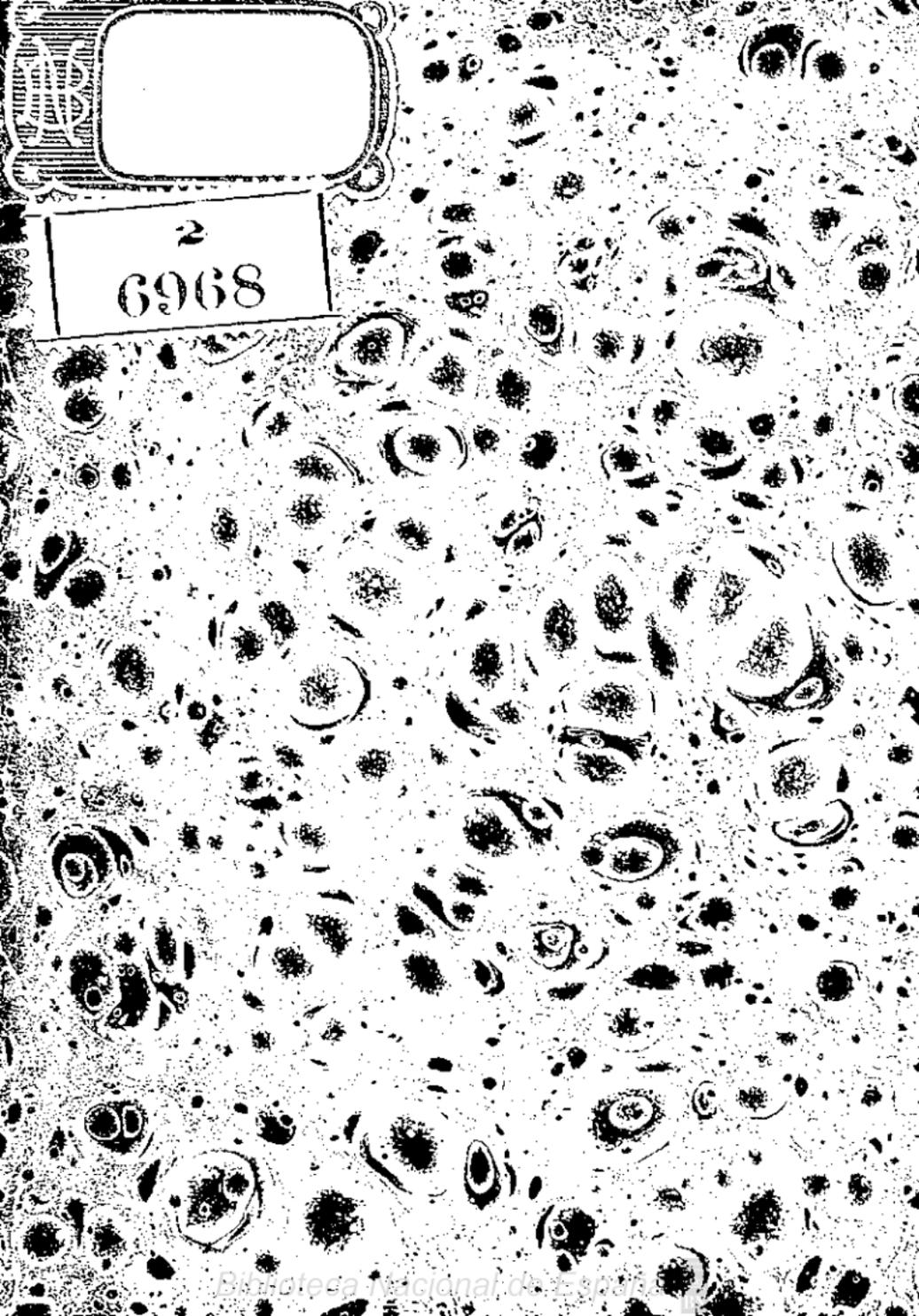
DIANA
MEMORIAL
DEL
AYUDANTE
ALVAREZ

2
6968



2

6968



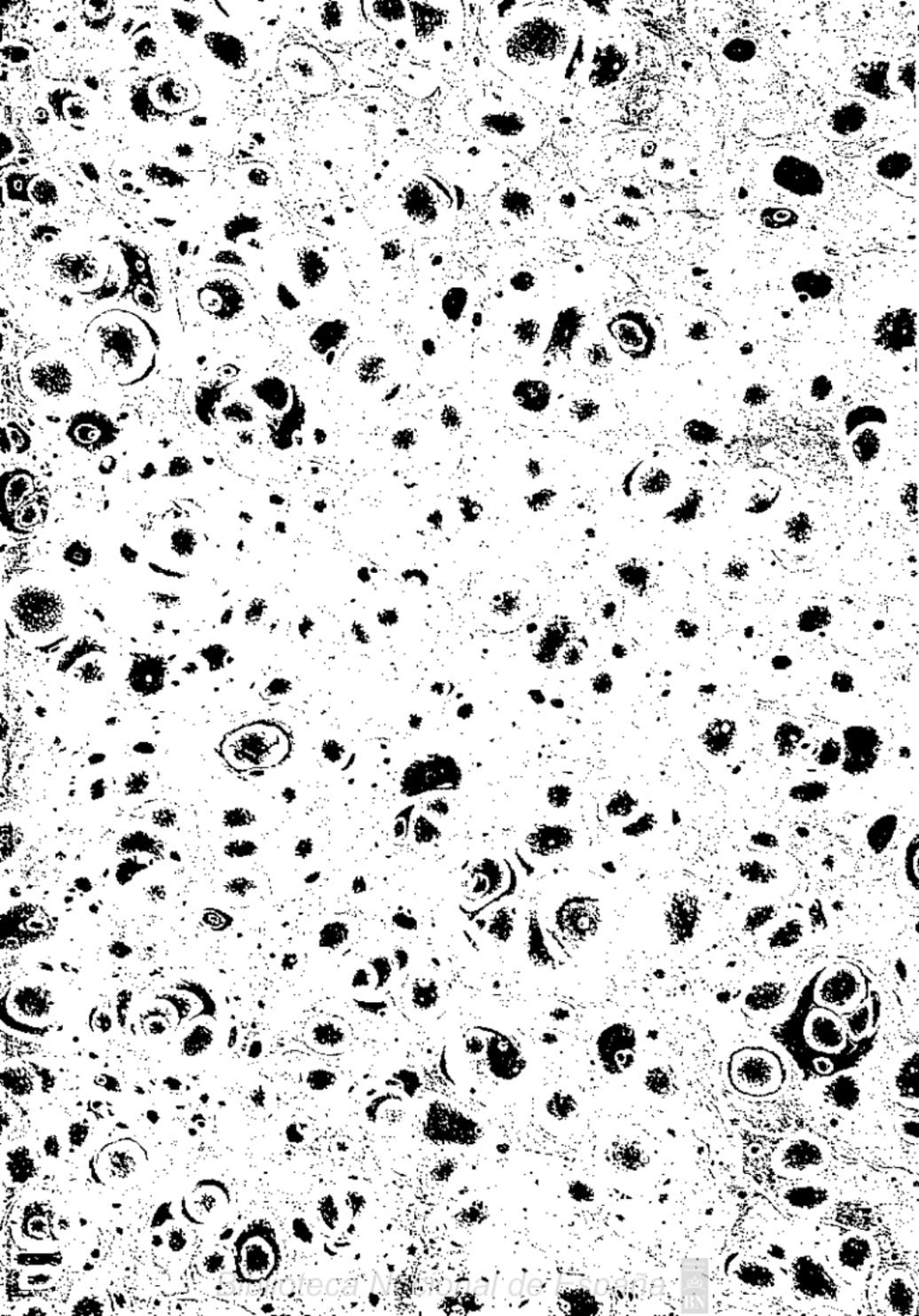


FIG.

UN PRISIONERO EN EL RIFF.

MEMORIAS

DEL AYUDANTE ALVAREZ,

POR

D. MANUEL JUAN DIANA.

OBRA GEOGRÁFICA, DESCRIPTIVA, DE COSTUMBRES, Y CON UN
VOCABULARIO DEL DIALECTO RIFEÑO.



MADRID
IMPRESA NACIONAL
1880.

**Esta obra es propiedad de su autor D. Manuel
Juan Diana, quien perseguirá, con arreglo á las
leyes, al que la reimprima sin su consentimiento.**

AL EXCMO. SEÑOR

DON LEOPOLDO O'DONNELL Y JORIS,
*Conde de Lucena, Vizconde de Aliaga,
Gentil-hombre de Cámara de S. M. con
ejercicio, Gran Cruz de la Real y dis-
tinguida Orden de Carlos III, de la mi-
litar de San Fernando y de la Americana
de Isabel la Católica; Caballero de la lau-
reada de San Fernando de segunda clase y
de la de tercera de la misma Orden, con-
decorado con otras varias cruces de distincion
por acciones de guerra; Sócio honorario de
la de Amigos del País de la ciudad de Za-
ragoza, de la de San Carlos de Valencia y
de honor de la de la Habana; Capitan ge-*

:

*neral de los ejércitos nacionales; Presidente
del Consejo de Ministros, y Ministro de la
Guerra, &c., &c., &c.*

Como sencilla muestra de consideracion
y respeto

MANUEL JUAN DIANA.

·ADVERTENCIA.

Me habia propuesto dar á este asunto mayores proporciones, bajo una forma dramática, sin faltar por eso á la exactitud de los hechos; pero los acontecimientos de Ceuta me obligaron á abandonar esa idea y á escribir las Memorias de Alvarez en corto tiempo, con el solo fin de que los avisos y noticias que encierran pudieran ser de alguna utilidad á nuestro ejército en caso de una guerra con el imperio marroquí. Así, pues, este trabajo no es otra cosa que una modesta y sencilla narracion del cautiverio de Alvarez y de las costumbres de los rifeños.

INTRODUCCION.

Salidas de Alvarez al campo del moro.

Una mañana del mes de Julio del corriente año de 1859 me hallaba retraido en mi gabinete ó estudio, teniendo á mi vista mi escasa, aunque bien ordenada biblioteca: bajo una atmósfera de 25 grados es difícil dedicarse al estudio, coordinar ideas, ni mucho menos escribirlas. Tomaba un libro, lo hojeaba y se me caía de las manos; cogía la pluma, intentaba escribir, pero la languidez que embargaba todas mis potencias me la hacia soltar sin sentirlo y caer muellemente recostado en mi asiento. Es posible que un sueño tranquilo hubiera puesto fin á mis laboriosos intentos, si la

voz de mi criado no hubiera venido á interrumpirme.

—El señor de Alvarez, anunció.

—¿Alvarez? repetí yo: no recuerdo: ¿qué señas tiene?

—Un caballero jóven, estatura regular, ojos pardos, y algo moreno.

—No le conozco; dile que vuelva: estoy ocupado.

Salió el criado y volvió á entrar al instante:

—Señorito: dice que es el Ayudante Alvarez.

—¡El Ayudante Alvarez! repetí yo sorprendido, levantándome y saliendo á su encuentro. Adelante, caballero, le dije alargándole una mano, y le introduje en mi gabinete, dando orden al criado que no estaba para nadie en casa.

Con la curiosidad é interés que inspira la desgracia y el valor, contemplaba yo al Ayudante Alvarez, á quien veia por primera vez, y de cuyos lábios me atreví á

esperar, aunque sucinta, la relacion de sus desgracias y desventuras; pero suponiendo que le habria traído á mi casa algun asunto que pudiera interesarle, me puse á su disposicion , con breves y corteses ofrecimientos.

—Sí señor; un asunto de corto interés para mí, y quizá muy grande para mis compañeros de armas , me hace molestar la atencion de V. Yo quisiera dejar consignado en un escrito todo cuanto he visto y observado en mi penoso cautiverio, por si tal desgracia le cupiese á otro alguno, puedan servirle de aviso mis observaciones. Conozco el nombre de V., y sé que ha escrito un libro de *Capitanes ilustres*, y aunque no tengo la hõnra todavía de ser Capitan, ni quizá ilustre, desearia que su pluma se emplease con el objeto indicado.

—El ofrecimiento de V., le contesté, me llena de satisfaccion , porque desde que llegaron á mi noticia las circunstancias de

su cautiverio, me inspiró V. un vivo interés, y su nombre sonó tan grato á mi oído como los de D. Garcia de Toledo y D. Alvaro de Sande.

— Yo, respondió Alvarez con modestia, no hice mas que cumplir con mi deber, ofreciendo mi vida en aras de mi patria.

— Y bien : ¿ Conserva V. algunos apuntes que puedan servirme para escribir la historia de esos hechos ?

— Muy pocos.

— En ese caso, me irá V. refiriendo los sucesos que, conservados en mi memoria, me facilitarán despues los medios de escribirla.

— ¿ Referiré á V. desde mi primera salida de la plaza ?

— Pues qué, ¿ son varias las salidas que V. hizo al campo del moro ?

— La en que caí prisionero era la séptima.

— En ese caso debe V. narrar sucintamente las seis primeras.

— Por Real orden de 9 de Julio de 1857.

fui nombrado tercer Ayudante de la plaza de Melilla, á la que llegué el 24 de Agosto siguiente, y presentándome al Sr. Brigadier Gobernador, D. José María Morcillo le manifesté mis deseos de que me emplease en las operaciones que pudieran dirigirse al campo enemigo, y en que hubiese peligros que arrostrar. No tuve que esperar mucho tiempo. En la noche del 27 de Setiembre próximo, y á las órdenes del Capitan graduado D. Rafael Lopez Sanchez, y con 30 hombres, nos embarcamos en el lanchon de la plaza y la barancela, haciendo rumbo al fuerte enemigo de San Lorenzo: Lopez mandaba la barancela y yo el lanchon. La empresa era arriesgada, pues aparte de nuestra escasa fuerza, era indispensable desfilas por delante del ataque de Tarara donde las kabilas establecen parte de su guardia. El objeto de la expedicion era apoderarnos de una partida de proyectiles huecos que al dia siguiente iban á hacer estallar, lleván-

dolos á mano á los fuertes exteriores. Desembarcó Lopez con 20 hombres: yo quedé en el lanchon para proteger la retirada. Pocos momentos despues volvió Lopez con toda su gente cargada de proyectiles, vuelve por los restantes, los sienten los moros, y descargan sobre él á quema-rôpa. Salté yo á tierra con la escasa fuerza que me quedaba, despues de dispararles un pedrero del lanchon, y embestimos con los salvajes, que huyeron despavoridos; pero alborotado todo el campo, nos volvimos á nuestros barcos, llevando á la plaza los proyectiles que les quedaban. Por este hecho merecí una Real orden en que S. M. manifestaba haber visto con aprecio mis servicios.

Un cañon de calibre de á uno y medio que la kabila de Benisidel colocaba frente á la plaza todas las guardias, haciendo incesante fuego, fué tomado por Lopez y por mí, y conducido á Melilla la noche del 6 de Octubre siguiente, sin que los

moros lo sintiesen. Otra Real órden me indicó la honra de que S. M. había visto con satisfaccion este servicio.

Llegando á noticia del Sr. Gobernador de la plaza que los moros tenian en el ataque de Tarara un cañon escondido, salí con 15 hombres la noche del 25 de Mayo de 1858, y arrostrando el mayor peligro me traje á la plaza, en una lancha de la misma, el referido cañon, que tenia dos varas de longitud. S. M. la Reina ordenó se me diesen las gracias en su Real nombre.

En la noche del 25 de Agosto de 1858 salí de la plaza mandando 27 confinados y bajo las órdenes del bizarro Comandante graduado, Capitan del regimiento de Murcia, D. Antonio Dorregaray, que al frente de su compañía de granaderos mandaba todas las fuerzas. Tratábase de apoderarnos de un cárabo que los moros tenian oculto á orillas del rio Oro, entre sus fuertes de San Lorenzo y Santiago. La

operacion se ejecutó sin que se apercibiesen los moros, y el árabo, perteneciente á la kabila de Benisicar, fué conducido por el rio hasta el Mantelete, donde dejándole yo volví á incorporarme al Capitan Dorregaray; llegamos hasta el monte del Tesorillo, les apresamos 28 granadas, varias bombas y muchos proyectiles. En el certificado que conservo del Sr. Gobernador de la plaza, D. Francisco Ceballos, se lee: «El Ayudante Alvarez al practicar este servicio dió una nueva prueba de su valor y arrojo, avanzando con solo cuatro hombres hasta el camino de los Camellos, de cuyo punto regresó con cinco granadas de á nueve, dos de ellas llenas de pólvora.» Por este servicio merecí que mis Jefes me recomendasen al Gobierno de S. M.

En la noche del 5 de Setiembre de 1858 salió el Gobernador interino de la plaza de Melilla, D. Francisco Ceballos, con mucha parte de la guarnicion á apoderarse de un cañon de calibre de á 46 que la ka-

bila de Benisidel tenia enterrado en el ataque de la Horca Baja , y con el cual habian arrojado sobre el blanco de la plaza 54 balas rasas en el mes anterior. En esta arriesgada operacion desempeñé cuantas comisiones se sirvió confiarme dicho Gobernador, mereciendo las gracias por el Gobierno de S. M. El cañon fué conducido á la plaza.

Habiendo llegado á noticia del Gobernador que la kabila de Mazuza estaba echando al agua en la playa inmediata un cárabo pescador, introduciendo en él varias armas de fuego, me presenté á dicha Autoridad para salir á castigar el atrevimiento de los moros. Al efecto se tripuló un lanchon armado de dos cañones pedreros y 30 hombres. Llegados á la inmediacion de los moros nos recibieron con un nutrido fuego de espingarda, al que contesté con el de fusilería y varios disparos de metralla, durando el combate tres cuartos de hora; y terminando porque acudian todos los

moros de las inmediaciones y tocaron retirada las cornetas que con el Gobernador estaban viéndonos desde las murallas de Melilla; siendo el resultado de esta operacion el haber causado al enemigo varios heridos, obligándoles á varar el cárabo y dejar la red en nuestro poder.

CAPÍTULO PRIMERO.

El Riff.—Melilla.—Los Confidentes.

Al llegar aquí, refirióme Alvarez detalladamente todas las circunstancias de su última salida, en la que fué hecho prisionero, con las costumbres y usos de los moros, y todo cuanto observó hasta su rescate. Bajo la impresion que han producido en mí tan singulares acontecimientos, los referiré sin faltar en un punto á la verdad, siéndome antes necesario dar á conocer, aunque sucintamente, la situacion geográfica donde han acaecido.

El Riff, ó region montañosa, dependiente de Marruecos, corre á lo largo del Mediterráneo sobre una longitud de 330 kilómetros y una anchura media de unos 50.

Presenta una série no interrumpida de montañas, que conocemos imperfectamente; son continuacion de las de Argelia, y al parecer análogas á la zona montañosa comprendida entre Cherchel y Tenes, á quienes los berberiscos dan tambien el nombre de Riff. Todo este territorio está poblado de aldeas aquí y allá esparcidas y tosca y pobremente fabricadas. Los habitantes, en tribus errantes y salvajes, no reconocen la autoridad del Sultan, que muy raras veces, y á poder de un fuerte ejército, consigue hacer efectiva lá derrama ó contribucion. Hoy está dividida en distintas kabilas ó tribus, siendo las principales las que se hallan en el campo que ellos llaman de Kalaya, al frente de la plaza de Melilla.

Estas kabilas de 1,000 á 3,000 hombres cada una, están á las órdenes de cinco Jefes ó *Moscamedenes*, y se llaman siempre, sea quien fuere el Jefe que las mande, Mazuza, Benibuyfuror, Benibuyllafar, Benisidel y Benisicar. Hablan un árabe cor-

rompido, ó por mejor decir, un dialecto particular. Su frecuente trato con los escapados de Melilla á su campo les ha dado conocimiento de nuestra lengua, que entienden y hablan, aunque imperfectamente. Melilla, situada en la extremidad de su campo, es la perla que desean poseer, y á lo que dedican sus constantes afanes.

Esta plaza pertenece á España desde que nos apoderamos de ella en 1496 para evitar la piratería de sus moradores en nuestras costas. Fortificada convenientemente, la poseemos desde entonces á pesar de cuanto han hecho los árabes para recobrarla. Tiene 2,500 habitantes; está situada á 40 leguas N. E. de Fez y 50 de Ceuta. Se levanta en una península unida al continente por un istmo de roca de 121 varas de longitud, 95 de ancha y 35 de elevacion sobre el nivel del mar. Su puerto sirve solo para embarcaciones de mediano porte. El nombre de Melilla es moderno, y se deriva de la exquisita miel en que abunda.

dan sus inmediaciones. Defienden la plaza tres recintos con varias baterías y baluartes, fuertes y fortines.

Las cinco kabilas tienen á su cargo la guardia del campo, que cubren cada tres días unos 200 ó 400 hombres. Rodean la plaza á tiro de cañon las alturas de San Lorenzo, San Francisco y el cerro de la Horca, sobre las cuales hubo en otro tiempo fortificaciones españolas.

A 860 varas de los fuertes exteriores de la plaza se levanta el cuartel llamado de Santiago, de un solo cuerpo y bastante área, construido por nosotros y tiempo hace en poder de los moros, donde establecen su guardia para hostilizar á la plaza, colocados detrás de las infinitas zanjas abiertas aquí y allá en el campo, y á las que dan el nombre de ataques.

Colocados en ellos hacen fuego de espingarda constantemente á la plaza, y algunas veces de cañon, cuando con mil fatigas y grandes desembolsos, relativamente

á sus medios, pueden adquirirse esta arma que se prestan unas kabilas á otras, disparándole á veces sin montar en cureña, y fijo entre dos piedras. Un cañon es para aquellas hordas salvajes un ídolo, un objeto de adoracion que acarician y besan, bailando á su alrededor con salvaje alegría, como furias evocadas del aberno.

Los rifeños no resisten nunca frente á frente la acometida de nuestras tropas; se baten en sus ataques y detrás de las chumberas y retoños de palma, de que está lleno su campo. A la aproximacion de nuestros soldados desaparecen, y solo se presentan cuando los ven en retirada, en la que nos causan mas ó menos pérdidas.

Mahimon y Mombiel, moros confidentes de la plaza, aunque habitantes en el campo, y pertenecientes á una kabila, habían prestado señalados servicios, haciéndonos saber las ocasiones mas oportunas para

nuestras salidas en su daño. A una de estas confidencias se debió el apoderarnos del cañon de Benisidel. Habiendo sido descubierta por los moros su alevosa conducta, iban á expiarla con la vida: entonces, buscando su salvacion, ofrecieron á los suyos llevarles á una emboscada la mayor parte de la guarnicion de Melilla.

Soltóseles bajo esta condicion, y al abrigo de la licencia que tenian para entrar en la plaza, se presentaron en ella y á su Gobernador, ofreciéndole que si salia con la fuerza disponible, respondian de entregarle el cañon de Benibuyllafar, único de mayor calibre y buen uso que quedaba en el campo, pudiendo además apoderarse del cuartel de Santiago; para cuya operacion señalarian ellos la noche y la hora. La oferta era de gran aliciente y no de perder; sin embargo, antes de aventurarse á una salida, consultó el prudente Gobernador á los Jefes de la plaza y guarnicion, resolviéndose en junta varias me-

didias de precaucion para llevar á cabo este proyecto. A los pocos dias avisaron los confidentes que la noche inmediata era la mas á propósito para el caso. Reuniéronse en junta segunda vez el Sr. Gobernador y los Jefes, y sus disposiciones fueron, como era de esperar, muy acertadas.

CAPÍTULO II.

La Sorpresa. — Amar.

Era el 30 de Setiembre de 1858. Las once acababan de dar en la torre del vigía que se levanta en la plaza principal de Melilla. Estaba la noche oscura y tempestuosa. Espesas y encapotadas nubes pasaban y se sucedían arrebatadas por el viento, cuyo ruido y el de las olas que venían á estrellarse sobre los peñascos de la costa eran los únicos que turbaban el reposo, así en la ciudad como en el campo.

La puerta de San Ramon, una de las dos que comunican con él, dejó oír el ruido de sus rastrillos, dando paso á un pequeño destacamento compuesto de 20 hombres armados y un Oficial, que guia-

dos por los dos moros confidentes iban á practicar un peligroso reconocimiento.

El Oficial, á quien reconocerán nuestros lectores con saber que se habia presentado voluntario á correr aquel riesgo, iba, de órden de sus Jefes, vestido de paisano á fin de no llamar la atencion con el brillo del uniforme. Sus armas eran dos pistolas de bolsillo y un estoque.

Los 20 hombres eran confinados del presidio, experimentados en otras salidas, é iban armados de fusil y bayoneta.

Nada interrumpia la marcha de nuestra pequeña columna. Caminaban en silencio, oyéndose apenas el ruido de sus pisadas en aquel campo, al parecer desierto. Salvaron los ataques llamados *Seco* y *Rojo* sin encontrar moro alguno en ninguna parte. El cuartel de Santiago se destacaba en el fondo como una masa oscura y gigantesca. La pequeña comitiva llegó sin obstáculo hasta sus inmediaciones, y despues de reconocida la entrada por uno de los

confidentes, entró con las debidas precauciones, yendo siempre su Comandante á la cabeza con uno de los moros. Al penetrar en el patio, y á un grito de este traidor, toda la kabila de Benisicar, que se hallaba por las azoteas y habitaciones, descargó á quema-ropa sobre el destacamento. Un cabo de los confinados cayó muerto á los piés del Comandante. Adivinando éste la doble venta de los infames confidentes creyóse perdido; pero con la mayor serenidad, y resuelto á vender caras sus vidas, mandó hacer fuego en retirada. Al salir al campo, las kabilas de Benisidel y Mazuza, que habian permanecido ocultas en las quebradas del terreno, se lanzaron al oír el fuego hácia el cuartel con grandes alaridos, segun es costumbre en todas sus peleas. El fuego fué entonces general, hallándose en medio de él el pequeño destacamento, del cual cayeron muertos seis hombres. Alvarez entonces, con voz estentórea, gritaba á los

pocos que le quedaban, ¡á la bayoneta!; á cuya voz retrocedieron los moros creyendo que se dirigia á un batallon, segun despues dijeron; pero rehechos, vuelven sobre los nuestros, reducidos al número de seis y su Comandante, habiendo desaparecido los otros en la oscuridad, y salvándose milagrosamente en la plaza.

Alvarez, habiendo descargado las pistolas, se defendia estoque en mano de multitud de moros, que furiosos le acometieron disparando sus espingardas y asestándole golpes con lanzas y gumías: eran mas de 20 para él solo, pues los seis confinados que le quedaban, aterrados con el peligro de la muerte, se habian escondido aquí y allá por entre las chumberas. La lucha de un hombre contra 20 no podia durar mucho tiempo, y no terminó por falta de aliento y denuedo de Alvarez, sino cuando con cinco heridas abiertas, alguna de ellas que le traspasaba el brazo derecho, y aturdido con varios golpes en

la cabeza, dados con los cañones de las espingardas, cayó al suelo sin sentido, y quedó en poder de aquella turba de salvajes.

Al volver en su acuerdo, la luna que rasgando las encapotadas nubes apareció por primera vez aquella noche con todo su esplendor, dejó ver al noble prisionero la terrible escena en que era protagonista. Vió revolotear delante de sus ojos una multitud de caras feroces con las pupilas horriblemente dilatadas, las bocas abiertas, dando los unos aullidos salvajes de placer, y los otros bramidos de venganza; asestábanle golpes con las culatas de sus espingardas sin piedad alguna, y levantándole en peso y medio arrastrando entre unos cuantos, le condujeron á una de las azoteas del cuartel; pues habiéndolo sabido que era el Ayudante de la plaza, se propusieron ulteriores miras.

Al dejarle tendido sobre la azotea, exánime por la sangre que había perdido, sufría todavía los golpes de aquellos sal-

vajes. Uno de ellos, Kabo de los de Mazuza, abriéndose paso, estampó su mano sobre las mejillas de Alvarez, que sintiendo la humillacion, y con noble aliento, le dijo:

— ¡Cobarde! ¿no tienes pistolas?

— ¡Perro! le contestó el infiel, y desapareció.

Entre tanto los moros, explorando las inmediaciones del cuartel, encontraron á los seis confinados, á quienes dando golpes y prodigándoles insultos, llevaron á presencia del Ayudante. Una vez convencidos de que no quedaban mas cristianos en el campo, se entregaron á las mayores demostraciones de alegría, haciendo salvas y dando alaridos.

Uno de los confinados, llamado José Maldonado, estaba herido de bala en una pierna. Los demas confinados ataron sus pañuelos á las heridas de Alvarez, sin más apósitos ni medicamentos.

Dos horas se pasaron en aquella ago-

nia, al cabo de las cuales les intimaron la orden para seguir á unos moros que los condujeron á una cuadra, pasando en ella el resto de la noche tendidos en el suelo.

A los primeros fulgores del alba hicieron que los confinados saliesen en busca de sus compañeros que habian quedado muertos en el campo, conduciéndolos al sitio llamado de la Higuera.

Alvarez yacía sentado en el suelo. A pesar del dolor que le causaban sus heridas pudo conciliar el sueño algunos minutos. Llegóse á él uno de aquellos salvajes, y dándole un ligero golpe con su espingarda le sacó de aquella especie de letargo. Miró el prisionero á su alrededor, y antes de coordinar sus ideas no se daba razon de lo que le acontecia, y creia mas bien estar soñando. El salvaje, creyéndole todavía dormido, le asestó un segundo golpe en la cara con la boca de su espingarda, y la sangre brotó de la herida.

— ¡Bárbaro asesino! le dijo Alvarez.

— ¡Arriba, perro! vas á morir.

— ¡A morir! replicó el cautivo levantándose con presteza: vamos; es mejor morir que estar entre vosotros.

Una carcajada de desprecio fué la única contestacion que obtuvo.

A morir, repetia el prisionero con alegría, arrimándose á la pared para sostenerse.

— Sí, á morir como un perro, le dijo uno.

— No, muero noblemente por mi patria.

— ¡Tu patria!

— Por un sentimiento que vosotros no conoceis, cobardes asesinos.

— Aparta, dijo uno abriéndose paso y poniéndole la boca de la espingarda al pecho.

— Dispara, cobarde, le replicó Alvarez con desprecio.

Pero los moros tenian órden de no matarle allí, sino al frente de Melilla en el sitio de la Higuera. Contentóse pues el

asesino con darle otro golpe en la cabeza con el cañon de su arma.

Un nuevo personaje se introdujo en la estancia: traia un tintero de barro en la mano; era un Kabo de Mazuza.

—¡Perro! le dijo á Alvarez: vas á escribir en este papel al Gobernador de la plaza que nos entregue el cañon y los cárrabos y os devolveremos la libertad en cambio.

—¡Nunca! dijo Alvarez. Ni yo haré semejante proposicion, ni el Gobernador la aceptaria aunque la hiciese. Podeis fusilarme cuando os dé la gana.

— A tí sí te fusilaremos, perro; pero se trata de tus compañeros, á quienes vas á condenar á muerte negándote á escribir esa carta.

Esta consideracion hizo vacilar al prisionero. Creyó que si no por él, por los seis desgraciados, estaba obligado á hacerlo: tomó la pluma y con pulso seguro y firme escribió la proposicion de los

moros. Al pié de esta carta, con heroico desprendimiento de su vida, añadía Alvarez al Sr. Gobernador de Melilla, que mirase solo por el honor del pabellon español, sin tener en cuenta para nada su vida.

Salió un parlamentario con la carta hacia la ciudad, y los prisioneros fueron conducidos al sitio de la Higuera, recibiendo en el tránsito todo género de insultos, golpes y amenazas.

Llegaron al sitio fatal: es la falda de un ribazo desde donde se distingue la ciudad.

Los cadáveres yacian tendidos en el suelo, desnudos y horriblemente mutilados. A su vista volvió Alvarez la cabeza, é iba á retroceder algunos pasos; pero los moros, empujándole, le hicieron llegar hasta tocar casi con aquellos restos, donde le sentaron por fuerza. Los demas prisioneros hicieron lo mismo, y tan espantosa situacion se prolongó hasta dos horas,

durante las cuales no cesaron los moros de disparar tiros al aire.

Regresó el parlamentario con la respuesta del Gobernador, manifestando que no podía resolver nada sin consultar con el Gobierno de S. M.

Esta respuesta alborotó á los moros, y ya iban á fusilar á los prisioneros, cuando intercediendo el Kabo de Benisidel, les hizo ver que de otro modo perdian la esperanza de recobrar el cañon y los cá-rabos.

Retirándose los kabilas del cuartel de Santiago, no creyeron seguro aquel sitio para que pasasen en él la noche los cristianos; en su consecuencia resolvieron trasladarlos tierra adentro á casa de unos moros principales.

Debemos consignar un hecho, prueba patente de que aun entre las razas mas feroces se encuentran almas inclinadas al bien de sus semejantes. Desde la noche anterior, y en el momento en que cayó Alva-

*

rez bajo el rudo golpe de aquellos salvajes, vió á su lado á un hombre apartando los golpes que se le dirigian, casi á riesgo de recibirlos, que reprendia á los que le denostaban, y que sin apartarse de su lado, tanto allí como en la azotea del cuartel, corrió presuroso por una vasija de agua para lavarle las heridas, que ayudó á vendar con solícito cuidado. Este hombre generoso, llamado *Amar*, siguió al dia siguiente con la vista las alternativas angustiosas porque pasaba Alvarez, dejando ver su alegría ó pesar segun era la situacion.

Apenas vió que se habia suspendido su muerte, corrió á su lado y le estrechó la mano con efusion. Cuando le conducian á la casa que se le habia destinado salió al encuentro, y casi á viva fuerza torció el camino de los que le acompañaban y le hizo entrar en su pobre casa, donde le obsequió con granadas, huevos y una gallina, acompañándole despues á su destino, en

cuyo punto permaneció toda la noche dispuesto á prestar amparo á los prisioneros.

La kabila de Benisidel, cuyo Kabo ó Comandante se llamaba Sidi-Mohamet, se habia retirado del campo, quedando en él la guardia de la de Benisicar, cuya mayor parte habia sostenido el dia anterior que los prisioneros debian morir á todo trance. No teniendo ya quien les disputase la presa, pasaron todo aquel dia en contiúuas reyertas con los pocos que se oponian al sacrificio. Todo lo presenciaba Alvarez desde su encierro sin tener ya el consuelo de ver á su lado á su protector Amar, á quien sin duda habrian castigado y apartado del campo por su buen comportamiento con los cristianos.

La noche se pasó con la misma ansiedad.

A la mañana siguiente, y despues de haberse acordado el fusilamiento, fueron conducidos segunda vez al sitio de la Higuera, obligándoles á sentarse tambien al

lado de los cadáveres, que ya en putrefacción estaban destrozados por los perros.

Enviaron los moros un mensaje con su última resolución de fusilar los prisioneros si en el acto no se les entregaba el cañon y los cárabos. El Sr. Gobernador Ceballos, como previsor, y deseoso de salvarles las vidas, habia ordenado que saliesen algunos buques para apresar á los moros rifeños que pudieran andar por la costa con sus cárabos. Felizmente se apresaron 28, los que presentó el Sr. Gobernador sobre las murallas: hizo entender á los del campo que sufririan la misma suerte que los prisioneros.

Creyeron los moros que aquello sería un engaño del Gobernador y que los que presentaban en las murallas eran cristianos vestidos de moros. Prepararon sus armas, y ya iban á hacer fuego, cuando los de las murallas, adivinando la suerte que les aguardaba si morian los cristianos, prorumpieron en grandes voces, y la eje-

cucion fué suspendida. Acercáronse algunos á la plaza y vieron á sus compañeros y parientes, con lo que no quedándoles duda alguna, los mandaron retirar á Santiago. Toda la guarnicion y vecindario de Melilla presenciaba estas escenas desde las murallas, azoteas y balcones de la ciudad.

La kabila de Benisidel y las tres restantes que al amanecer habian arribado al campo se disputaron entonces cuál de ellas se llevaria los prisioneros. Sidi-Mohamet, Jefe de la de Benisidel, alegó mayores derechos, y quedó encargado de su custodia hasta tanto que se acordase lo conveniente.

El primer dia habia suplicado Alvarez que se diese sepultura á los muertos. Volviólo á suplicar; pero una vez y otra le respondieron con burlas y carcajadas.

CAPÍTULO III.

Sidi-Mohamet.

Los sucesos que acabamos de referir ocurrieron en la mañana del 3 de Octubre de 1858.

Bajo un cielo azulado y trasparente iban á presentarse por primera vez á la vista del noble prisionero los hermosos y pintorescos valles de aquella naturaleza virgen y salvaje.

Sidi-Mohamet, oprimiendo los lomos de un brioso alazan, y al frente de unos 80 hombres de la kabila de Benisidel emprendia la marcha hácia su casa y territorio, llevando en el centro los prisioneros.

Al salvar unas lomas se ofrecieron á la vista de Alvarez inmensas y dilatadas

llanuras, en cuyo horizonte se alzaba una cordillera de montañas veladas por un ligero tinte de violeta.

El río Oro, serpenteando por aquellos campos, y á cuyas verdes y frondosas orillas forman como una cinta los sembrados; varias casas, aunque toscamente trabajadas, defendidas por un torreoncillo aspillerado, y algunos rebaños de ovejas: he aquí lo que acaba de completar aquel hermoso paisaje.

Debilitado Alvarez con la sangre perdida, por las emociones, por la falta de alimento, atormentado con el dolor de sus heridas y los golpes que recibió en el pecho, apenas podía sostenerse; era preciso, sin embargo, caminar al paso de aquellos hombres acostumbrados á la fatiga de las marchas y á las privaciones.

En mas de una ocasion, una mirada furtiva y llena de expresion de Sidi-Mohamet, dejaba á Alvarez perplejo y sin poder adivinar su sentido. ¿Sería que el te-

mor de exponerse á las murmuraciones de los suyos le impedía brindarle con las ancas de su caballo? Sus benéficas intenciones hácia él pudo comprenderlas mejor cuando al acercarse á beber en un arroyo, viendo Sidi-Mohamet que nadie le observaba, le dió un puñado de dátiles, diciéndole que el agua sola podía hacerle daño, y que aquellos le sabrían mejor que los del primer día; explicándole que los que había recibido por mano de un moro eran de orden suya.

—¡Cómo, exclamó Alvarez, sin poderse contener! ¿Aquellos dátiles me los mandaste tú?

—Sí, pero disimula; pueden oírnos los soldados y no les sentaría bien mi consideracion hácia tí.

Habia cambiado de repente la situacion del desgraciado prisionero. Un rayo de esperanza habia penetrado en su corazon. Hasta allí viendo la muerte á cada paso ante sus ojos y perdida toda espe-

ranza de salvar la vida, habia caido en un indiferentismo estóico que le hacia mirar con tranquilos ojos, ya la gumía asestada contra su pecho, ya la espingarda á su cabeza; pero cuando las palabras de Sidi-Mohamet le despertaron de su letargo se presentó á sus ojos todo el horror de su situacion y concentró todo su espíritu hácia aquella ráfaga de esperanza.

Hasta entonces no habia reparado en la noble y simpática figura de Sidi-Mohamet. Rara vez deja el alma de reflejar en el rostro sus condiciones y sentimientos.

Es Sidi-Mohamet, Kabo ó Moscamdem de la kabila de Benisidel, un hombre en toda la fuerza de su edad viril, de elevada estatura; de anchos, fornidos y bien proporcionados miembros, ágil y de libres movimientos, cara redonda con la barba algun tanto saliente, nariz pequeña, ojos negros y rasgados, color trigueño y una dentadura como de marfil. Resultando de todo un conjunto en extremo agradable.

Su deferencia hacia el prisionero está demostrada, y éste podía contar casi con la vida.

Después de aquel ligero desayuno continuó la marcha la pequeña comitiva hacia su destino. Hasta allí ningún contratiempo les había ocurrido en el camino; pero un extraño rumor, acompañado de voces y gritos, se dejó oír por detrás de unos montecillos que vienen á perderse en el camino.

No habían salido todavía del término de la kabila de Benisicar, y estos moros, que se habían mostrado siempre los más contrarios á los prisioneros, salían en tropel á satisfacer su sed de sangre. Sidi-Mohamet ordenó á Alvarez y á los seis confinados custodiados por 12 moros de su confianza, que siguiesen todo lo que pudiesen correr el camino adelante, mientras él con la demás fuerza quedaba á retaguardia para disuadir á los amotinados ó medir sus fuerzas con ellos si era preciso.

Una hora antes se hubiera Álvarez dejado matar por no acelerar su paso; amparado ya por Sidi-Mohamet, y con esperanza de salvar la vida si salía de aquel peligro, emprendió á la carrera, sin dejar por eso de disponer que dos de los confinados llevasen casi en volandas á Maldonado, cuya herida por ser en una pierna no le dejaba caminar. Alvarez, lejos de adelantarse, caminó siempre á retaguardia de los confinados.

Cerca de media legua y cuesta arriba anduvieron corriendo, llegando al dominar la altura exánimes y casi sin aliento. Los moros les hicieron parar diciéndoles que estaban en el término de Benisidel, y por lo tanto seguros. Sidi-Mohamet, que pudo contener el ímpetu de los de Benisicar, se incorporó á los prisioneros media hora despues, y la comitiva siguió sin tropiezo hasta su casa y destino, llegando á tiempo que el sol tocaba al término de su carrera.

CAPÍTULO IV.

Casa y familia de Sidi-Mohamet.—Mujeres.—Trajes de los rifeños.

El palacio, como pudiera llamarse la morada del Kabo de la kabila, no ofrecia á los ojos del observador ni mas magnificencia ni mas belleza arquitectónica que las demas casucas que se levantan por aquellos valles. Ocupaba, sin embargo, casi el doble perimetro, y su torreoncillo aspillerado y blanquecino descollaba algun tanto sobre los demas. Una puerta de madera toscamente trabajada abria paso por la entrada principal á un corredorcillo ó zaguan, que pudiera llamarse la antesala: una segunda puerta franquea la entrada á un gran patio cuadrado, en cuyos cua-

tro frentes habitan las mujeres de Sidi-Mohamet.

Su secta les permite tantas mujeres como puedan sostener, y Sidi-Mohamet tenia dos y estaba en vísperas de un tercer enlace.

El lado de la derecha habia sido destinado para Alvarez y sus compañeros. Una estrecha puerta de madera daba entrada á esta habitacion, cuyo moviliario se reducía por junto á un pedazo de estera, que Sidi-Mohamet, por las simpatías que le habia merecido Alvarez, habia dispuesto que se le diese por cama. Esta pieza, cuya luz y ventilacion se reducía á la que le comunicaba la puerta de entrada, tenia las paredes y el pavimento de barro. En un rincon se veía arrimado un cántaro.

Este reducido y miserable camaranchon, á cuya puerta se sentó un árabe como centinela, fué, mientras permanecieron en el Riff, la habitacion de los prisioneros, permitiéndoles salir y entrar

durante el día, y asistir á los juegos y fiestas de los moros, llevando siempre un centinela de vista.

Al día siguiente pudo Alvarez recorrer las demas piezas de la casa y conocer algunas de las costumbres de los moros.

Sidi-Mohamet tenia su cuarto en el piso principal y único de la torrecilla: su lecho consistia únicamente en un pedazo de estera fina echada sobre el duro pavimento, sirviéndole de almohada la ropa que se quita. Por el día la misma estera sirve de asiento, tanto para el dueño de la casa como para el que viene á visitarle. Por las paredes de esta reducida pieza se veian varios pellejos de cabra curtidos y secos y á manera de unas grandes bolsas, en las que guardan sus ropas y efectos. De trecho en trecho se veian tambien colgados algunos platos de vidriado que les sirven para sus comidas. Un trabuco, una espingarda y un sable arriados á un rincón de la pared acababan

de constituir el ajuar ó mueblaje de la habitacion del Jefe de la kabila.

Las mujeres del Riff no ejercen ninguna influencia sobre los hombres, que no les guardan ningun género de consideracion por su sexo. *Maimonta*, una de las dos de Sidi-Mohamet, tendrá unos treinta años, alta, morena y madre de tres hijos. Tiene en su compañía dos hijas que Sidi-Mohamet habia tenido con una hermana de dicha *Maimonta*. Llámase la mayor *Mammá*, de unos veinte años, alta, bien formada, ojos negros y rasgados, hermosa dentadura, y de una fisonomía agradable y simpática.

Llámase la otra *Arquíá*, de quince años, pero desgraciada en su figura.

La otra mujer de Sidi-Mohamet vive como retirada en su cuarto, pues cayendo en el olvido ó indiferencia de su esposo, no se atreve ni aun á asomarse á la puerta.

El traje de los moros del Riff se compone

de un pedazo de tela blanca de lana, como de una vara de ancho y siete de largo, á que dan el nombre de jaique, y con el que se envuelven todo el cuerpo, y algunos hasta se tapan la cabeza. En algunas kabilas se usan los turbantes; en otras llevan la cabeza al aire, y unos y otros se la afeitan. Usan toda la barba. Los mas acomodados gastan una camisa ó túnica de lana, y babuchas. En lo general van descalzos y llevan el cuerpo al aire, cubierto solo con las vueltas que le dan al jaique. En invierno llevan muchos una *chilaba* de lana muy fuerte y tupida y con capucha.

Las mujeres gastan el mismo traje que los hombres, con alguna variacion en el modo de taparse, dejándose siempre la cara descubierta: van descalzas hasta las mas acomodadas, y para diferenciarse de las pobres gastan algunas alhajas de plata, que llaman de *fantasia*. Consisten estas alhajas en unas argollas hasta del peso de libra y media, que suelen llevar en la pier-

na junto al tobillo, en pulseras del mismo metal, aunque de menos peso, y en un collar de coral en que llevan engastadas pesetas españolas, generalmente de las que tienen busto. Para sujetar el jaique tienen una especie de clavos romanos también de plata: en las orejas usan aretes extremadamente grandes, de diferentes metales, de los que cuelgan excesivo número de monedas españolas, piezas de coral y otros objetos, molestándoles tanto el peso en las orejas, que se ven obligadas á aliviarle con cintas que se enganchan en la cabeza.

El pelo lo llevan generalmente largo y hecho trenzas con añadidos de lana; las solteras caído sobre la espalda y las casadas en dos trenzas por delante sobre los hombros. Muchas tienen en la cara y en los brazos alguna pintura indeleble que figura una cruz, una estrella ó una flor de lis. Esta bárbara costumbre desfigura á las mas hermosas, que son precisamente las que mas se señalan.

Tanto los hombres como las mujeres se cortan ó afeitan el vello de todo el cuerpo, pasándose despues una yerba que impide el que vuelva á salir.

El color con que se pintan las mujeres es siempre azul, y algunas se dan de negro alrededor de los párpados.

CAPÍTULO V.

Kabila de Benisidel.—Instrucción pública.—Religion.—Pobres.—Ferias.—Diversiones.—Aguas.—Superstición.—Nombres, partículas que anteponen á ellos.—Perros.—Mujeres.

De las cinco kabilas que forman el campo de Kalaya, que extiende sus confines hasta los muros de Melilla, una de las mas fuertes por su extension y número de moradores es la que lleva el nombre de Benisidel. Su extension vendrá á ser como de unas dos leguas cuadradas: está cruzada de Este á Oeste por un pequeño riachuelo, y casi toda ella cubierta de olivos, granados y algarrobos; siendo su cosecha principal de trigo y cebada. Las hortalizas y legumbres mas comunes son habas, nabos y zanahorias. Tienen tambien

sus naturales, aunque no con abundancia, ganados lanares y vacunos.

Su territorio es llano y dominado al Sur por una alta y áspera montaña, y al Este por otra llamada el Gurugú, á cuya falda por la parte del Sur se ven las ruinas de una fortaleza.

Un pequeño grupo de casitas forman el punto céntrico y morada del Kabo ó Moscamdem de la kabila. Todo el resto del territorio se ve salpicado de estas casucas, en lo general aisladas unas de otras y construidas todas de piedra, madera y argamasa; pero toscamente y sin idea alguna del arte.

Se compondrá este territorio de unos 5,000 habitantes. Esta kabila se divide en diez cuarteles á las órdenes de sus Kabos respectivos, y todos dependientes del Moscamdem principal, que es el que manda las armas.

El cargo de Moscamdem principal se hace por eleccion de la kabila á perpe-

tuidad, y muy raras veces por herencia.

Cada uno de los diez cuarteles da á la kabila cuatro soldados, que son los que tienen la obligacion de dar la guardia al cuartel de Santiago. Voluntariamente, y sin compromiso de tiempo, se alistán los demas hasta de 4,000 á 3,000 que tiene cada kabila. Unos y otros usan las armas que puede cada uno adquirirse: espingarda, pistola, gumía, sable, trabuco, &c. En su traje no llevan ningun distintivo que les diferencie de los demas moros. Cada cuartel mantiene á sus soldados, dándoles al recolectar las cosechas, trigo, cebada y habas. Todos los soldados que reúne la kabila dependen exclusivamente de un solo hombre, el Kabo ó Moscamdem principal, careciendo de organizacion y disciplina, y no pasando de ser una horda de foragidos.

La instruccion pública en todas las kabilas del Riff está, como no puede menos de suceder, en el mayor atraso, aunque los Kabos la miran con alguna predilec-

cion. Tienen diferentes escuelas, en las que se enseña únicamente á leer y escribir, y solo los que aprenden saben el árabe, pues los demas hablan su dialecto particular.

Siguen la religion mahometana, y cada kabila tiene de 8 á 12 iglesias para el culto: estas iglesias sirven al propio tiempo para escuela y para hospedar á los pobres transeuntes: cada una tiene para su conservacion y culto un sacerdote á quien llaman el *fraile*. Los moros son en extremo hospitalarios; en las iglesias dan hospedaje á los pobres transeuntes, para quienes el *fraile*, reconocida la necesidad de cada uno, sale á pedir los auxilios que necesita hasta la otra jornada.

Cada kabila celebra feria un dia á la semana, siendo en general los artículos que en ella se venden, granos, ganados de todas especies, frutas, babuchas, jaiques y otras prendas de su vestido. Estas ferias por lo general son teatro de los ma-

yores crímenes, porque concurriendo á ellas gentes de distintas kabilas se encuentran los que se conservan resentimientos particulares, y se envisten á puñaladas y á tiros. Los mayores crímenes quedan allí impunes por parte de la sociedad; su venganza está encomendada al pariente ó amigo de la víctima, que espera otro dia de feria para satisfacerla. Sucede á veces que por resentimiento de una kabila con otra el sitio de la feria se convierte en un campo de batalla, y haciendo parapetos de los objetos que llevan á vender, se batan detrás de ellos dias enteros.

En estas ferias, cuando son de paz, se reúnen los moros principales, y se dan cuenta de lo que entre ellos puede llamarse politica; de las noticias que adquieren del campo cristiano, &c. Lo mas importante se comunica al pueblo á la voz de pregon.

Todas las diversiones de los moros se hacen á fuerza de pólvora, haciendo sal-

vas y descargas cerradas. Las mujeres tocan panderetas, á cuyo son cantan y bailan.

En la kabila de Benisidel hay varios algibes de agua potable que recojen de la llovida; á falta de esta beben la de los rios: no tienen fuentes.

Son superticiosos hasta lo infinito. Si salen á caza no pueden comer la pieza si queda rematada de un tiro, y si solo cuando acaba de morir degollándola. No se miran al espejo porque creen que el que lo hace no tiene nunca hijos varones.

Los rifeños no emplean á sus mujeres en faenas rudas del campo, á pesar de que no las creen iguales á ellos y casi privadas de entrar en el Paraiso.

El moro que lleva rosario pone ante su nombre la palabra *Escar*, y si por ejemplo se llama Maimon, no llevando rosario, desde que lo lleva se nombra Escar-Maimon.

Por la misma regla el que va á la Meca

antepone al nombre la palabra Herjach.

En el Riff hay una plaga de perros, dando ocasion á mil reyertas y muertes entre sus amos por mordeduras y riñas.

No conciben que los cristianos se avengan á tener una sola mujer, ignorando que hay muchos que aun con una sola les sobra.

CAPÍTULO VI.

Casamientos.—Boda de Sidi Mohamet.—El alcuzcuz.—Pan.—Graneros.—Comidas.—Noche de novios.—Obligacion de los maridos.

Desde el amanecer de este dia se dejó sentir cierto murmullo de gentes alrededor de la casa de Sidi-Mohamet. Despues que hubo este satisfecho la curiosidad de Alvarez, enseñándole su casa, le dijo presentándole un tintero de barro con su pluma de caña.

—Hacer carta (1).

—¿Yo escribir carta? ¿A quién?

(1) El lenguaje que se pone en boca de los rifeños es exactamente tal como ellos hablan el castellano. Alvarez, para hacerse entender, se veía precisado á hablarles en iguales términos.

— A Olivares, que estar moro de España y yo querer que venir á casa mia.

— ¿Estar en España y venir aquí?

— No: estar aquí, en campo de Benisidel.

Tomó Alvarez la pluma y escribió en un pedazo de papel: «*Olivares Maimon: Ven á casa mia que yo tener cristianos presos y no entender lo que decir.*»

Entregó Sidi-Mohamet la carta á uno de los moros que andaban alrededor de su casa, encargándole que la llevase á su destino, y volvió al lado de Alvarez.

— ¿Por qué vienen tantos moros? le dijo este.

Porque yo casar con otra mujera, que estar mucho melegg.

— ¡Ah! ¿estar melegg, esto es, estar guapa?

— Sí: yo pagar á padre suyo un ciento duros.

Probado que un riffeno puede mantener mas mujeres de las que tiene, se le

autoriza para contraer nuevo enlace, comprando á la novia á sus padres ó parientes, ó cambiándola por granos, ganados, &c.

Por lo general una jóven hermosa y doncella vale de 80 á 100 duros: las viudas, aunque sean jóvenes y hermosas, es género mas barato.

Así el hombre como la mujer contraen matrimonio al salir de la infancia, y algunos antes de cumplir diez años de edad.

Los casamientos entre los rifeños se verifican sin que intervenga en ellos la religion, sin mas que una carta en que cada familia se obliga al contrato. Esta carta la firman los contrayentes, los testigos y las familias, cambiándolas entre sí.

En un solo caso puede anularse el matrimonio, y es cuando á voluntad de los contrayentes se devuelven las cartas las familias, en cuyo caso la mujer queda libre para contraer nuevo enlace.

A eso de las diez de la mañana se hallaban reunidas unas 60 personas de ambos sexos alrededor de la casa de Sidi-Mohamet: eran los convidados á la boda, y se iba á comenzar la fiesta.

Dió principio por un baile al son de varias pandoretas, haciendo mudanzas al comenzar el canto; los que no bailaban, recorrían el campo con grandes alaridos y haciendo evoluciones á manera de simulacro, disparando sus trabucos y espingardas al hacer ciertas vueltas y revueltas.

De un olivo pendía una vaca desollada, de la cual cortaban grandes trozos algunas mujeres, echándolos á cocer en dos enormes calderas. Sidi-Mohamet, el héroe de la fiesta, acudía á todas partes con solícito afán. Sus dos mujeres, con risueño semblante, por mas que les fuera desagradable la venida de su rival, asistían á la función, bailaban y reían, al parecer con la mayor indiferencia.

Al propio tiempo, en casa de la novia,

á una media legua de distancia, se repetían las mismas escenas.

Sobre las cuatro de la tarde avanzó una comitiva trayendo á la novia montada en un caballo, cuyas bridas llevaba una negra, jóven y no mal parecida. Avanzó por su parte la comitiva del novio, haciendo descargas cerradas unos y otros. Al encontrarse en un repecho del camino hicieron alto, se saludaron y volvieron todos juntos en direccion de la casa de Sidi-Mohamet.

Este, llevando á su derecha á Alvarez, se adelantó á su vez hasta encontrarse con su prometida, que entró á caballo hasta dentro del zaguan. Sidi-Mohamet la cogió en brazos y la subió al torreoncillo donde la esperaban varias mujeres encargadas de obsequiarla; descendió en seguida y continuó entre los convidados.

Una hora despues se sirvió la comida de los moros, apartándoles una racion á Alvarez y los demas prisioneros. Un solo plato componia la comida, y este era el al-

*

cuzcuz, tan famoso entre los moros. Consiste este en harina, á la que echándole cierta cantidad de agua hacen una especie de masa suelta á manera de cañamones: colocan despues esta masa en una olla cuyo fondo está lleno de agujeritos pequeños, y al vapor que da otra olla llena de agua le van dando vueltas hasta que se tuesta: la echan despues en un barreño y sobre ella colocan pedazos de carne cocida, huevos duros, gallinas cocidas y pellas sueltas de manteca.

Colocaron despues varios barreños en el suelo, y á su alrededor los moros sentados tambien sobre la verde alfombra, dieron principio á la comida, sacando con las mismas manos, ya un tasajo, ya un puñado de alcuzcúz. Cuando se les queda algo entre los dedos ó la barba lo sacuden dentro del barreño y siguen comiendo tan impávidos. Aquí y allá habia colocadas calderetas con agua de la que bebian de cuando en cuando.

Sin mas postres ni adherentes, á esto se redujo la comida de boda del Jefe principal de una de las mas famosas kabilas del Riff.

Las mujeres, en corros aparte con la novia, comieron á su vez del alcuzcuz sin juntarse nunca con los hombres ni antes ni despues de la comida. Ni pan hubo en ella, porque se suprime cuando, solo en las grandes festividades, comen alcuzcuz.

El pan de los rifeños puede presentarse á un minero como un trozo de mineral, seguro de que hasta un severo análisis lo juzgará salido de las entrañas de la tierra, y aun despues de analizado no creerá que es pan por mas que se lo digan. Si en una porcion de tabaco rapé negro se echa un puñado de broza, tierra y pajillas imperceptibles, lo que resultaria de esta masa despues de endurecida al fuego se confundiria con un trozo de pan de los rifeños. Consta este de malísima cebada guardada diez ó doce años en ex-

cavaciones que hacen en la tierra, dejándoles una boca estrecha que tapan con una piedra y esconden despues echándole maleza encima y otros objetos. Esta cebada la muelen á mano entre dos piedras, y sin sacarla el salvado y tal como sale la amasan y cuecen.

Las comidas ordinarias de los rifeños consisten en hortalizas, unas veces crudas, otras cocidas, sin que para ellas tengan jamás horas determinadas.

Terminada la comida de los novios continuaron los bailes y las descargas, hasta que venida la noche se retiraron los convidados á sus casas; la novia se encerró en la torre con algunas mujeres, y Sidi-Mohamet se echó sobre una estera en el cuarto de Alvarez, entre este, los demas prisioneros, y algunos moros que los guardaban.

Los novios no pueden pasar juntos la noche de sus bodas, pero al rayar el alba entregan la novia á su marido.

Serian como las ocho de la mañana: una multitud de curiosos vagaba alrededor de la casa de los desposados, aguardando la señal que anuncia la consumacion del matrimonio. Al poco tiempo Sidi-Mohamet desde la torrecilla disparó su trabuco y colocó un lienzo en una de sus aspilleras; los moros se entregaron entonces á las mayores demostraciones de alegría pregonando la castidad y pureza de la desposada.

La cama de los novios la cubren con jaiques ó pedazos de telá que cuelgan en sogas formando á manera de pabellon. A los siete dias se descubre delante de los testigos y convidados que asistieron á la boda, y delante de ella vuelven á bailar, á comer alcuzeuz y á entregarse á sus regocijos.

Un marido de distintas mujeres tiene obligacion de dormir cada noche con una, y solo al contraer nuevo enlace se le conceden siete noches, pasadas las cuales co-

mienza el turno con las demas. Las provisiones de la casa las guarda el marido y las reparte mensualmente á cada mujer, que forma como una familia aparte. El marido come al dia siguiente en el departamento de la mujer con quien ha dormido, la cual no se sienta á comer si no cuando aquel ha terminado, teniendo solo derecho á lo que le sobre.

CAPÍTULO VII.

Argollas.—Encadenados.—Olivares, moro manchego.—Pasados al campo del moro.—Celos de los moros.

Los ratos de solaz y contento de que habia disfrutado Alvarez con motivo de las bodas de Sidi-Mohamet, se turbaron bien pronto apenas los moros volvieron á fijar la atencion sobre sus cautivos. Varios individuos de distintas kabilas habian llegado con el fin de averiguar la seguridad con que se les tenia; y al ver que estaban sueltos en su prision, y que se les permitia salir al campo, manifestaron su enojo con voces y ademanes al Jefe de la kabila. Este, no pudiendo oponerse abiertamente á la opinion pública, dejó que se dispusiesen

á encadenar los prisioneros de la manera mas cruel, y segun es costumbre entre ellos. Colocan á cada uno una argolla al cuello sobre la carne; esta argolla tiene un asa por donde pasa una cadena que va enfilándolos á todos sujetando los dos extremos á la pared y quedando los encadenados sentados en el suelo sin poderse echar ni levantar. Segun es la pena, pueden ó no andar en la prision ó fuera de ella encadenados así en mas ó menos número.

Imposibilitado Alvarez de resistirse á la bárbara determinacion de las argollas, porque sus heridas abiertas no le dejaban libre el movimiento de los brazos, y además porque carecia de armas para vender cara su vida y morir gloriosamente antes de sujetarse á tan ignominiosa prueba, se resignó al martirio y presentó su cuello como noble sacrificio en aras de la pátria; pero antes que llegara á tocarle la fatal argolla, un desconocido que acababa de entrar en el cuarto mandó resueltamente suspender

la ejecucion y trabó una acalorada disputa con los demas moros.

Era este un hombre de mas que mediana estatura, moreno, bien parecido, y cuyas barbas de oro iban plateando, valiéndonos de la poética frase de Cervantes. Venia envuelto en una *chilaba* rayada de blanco y negro, y cubria su cabeza un hermoso turbante blanco, de cuyo centro pendia una borla azul. Un encorvado alfange colgaba de un tahalí que llevaba sobre los hombros.

En el calor de la disputa volviöse á Alvarez, y en puro y correcto castellano le dijo:

—No tenga V. cuidado, Sr. D. Francisco, que no se le pondrá á V. las argollas, ni á ningun español, estando yo aquí con vida

—¿Quién es V.? le preguntó Alvarez, sin poderse contener.

—Soy Olivares.

—¡Olivares! repitió Alvarez. Pero com-

prendiendo aquel que convenia ante todo hacer desistir á los moros de su propósito, dejó por entonces sin satisfacer la curiosidad del prisionero, y no paró hasta hacer retirar á los moros con las argollas.

Solo despues con los prisioneros sentóse al lado de Alvarez sobre la estera, y recibiendo con buen semblante las palabras de agradecimiento que se le dirigian, contestó á todas las preguntas de Alvarez, y hasta manifestaba complacencia al referir algunos pormenores de su vida.

—Pero ¿quién es V.?

—Victoriano Olivares. ¿No ha oido V. mi nombre alguna vez en Melilla?

—Sí, creo recordar... Pero ¿qué hace usted aquí?

Soy... y se detuvo un instante como ruborizado. Soy renegado. Al pronunciar esta palabra asomó á sus mejillas un ligero sonrosado de carmin, y quedó con la vista clavada en el suelo.

—¡Renegado! repitió Alvarez, sintiendo

un estremecimiento, como si hubiera puesto inadvertidamente su pié desnudo sobre un reptil venenoso.

— Sí, renegado; y ya me ve V., estoy contento, repitió Olivares esforzándose por sonreír.

— ¿Y hace mucho que está V. aquí? le preguntó Alvarez para distraerle de aquella idea.

— Desde 1832.

— Pero ¿de qué modo? ¿Cuál fué el motivo? ¿De qué pueblo es V.?

— De Valdepeñas.

— ¡De Valdepeñas! repitió Alvarez. ¡De la Mancha!

— Sí señor; soy el moro manchego, dijo Olivares sonriendo.

— ¡El moro manchego! repitió el prisionero, como queriendo recordar esta frase.

— Sí señor; el moro manchego, que sale en una comedia, segun me ha dicho un pasado á este campo.

— ¡Ah! sí, dijo Alvarez sin poder con-

tener la risa al recordar el moro manchego de la zarzuela de D. Luis Olona *Por seguir á una mujer*. Pero ¿qué es lo que le trajo á V. á esta desgracia?

— ¡Ay! exclamó Olivares.

— ¿Era V. militar?

— Sí señor; era cabo primero de la compañía de granaderos del tercer batallón del Infante, 4.º de línea.

— Y alguna desgracia...

— Sí señor; fué una desgracia; estábamos de guarnición en Málaga, y estando de guardia de prevencion, vea V. por donde se le antoja á uno de estos lechuguinos, cabo primero tambien como yo, pero con mucha fantasía porque era escribiente del señor General Manso; se le antoja, digo, salir del cuartel cuando la centinela tenia la consigna de no dejar salir á nadie; arma allí un belen con el centinela que defendia su puésto; oigo la disputa, voy allá, y le digo en buenas palabras que no podia salir sin órden del

Comandante de la guardia; que si quieres: se me pone á chillar como un gallina, que no habia quien le hiciera callar; entonces dejándome llevar de esta sangre manchega que Dios me ha dado, tiro de la charrasca, y de un tajo le señalé la cara. Despues de eso, me metieron en un calabozo, comenzaron con el preguntadó y el dijo, y los autos, y la sentencia; y el resultado fué que me quitaron los galones y me destinaron á servir de soldado en Melilla. Allí andaba entonces la gallarda á cada momento por las costillas; y un dia un chabal, un remonto, que acababa de tomar los galones de cabo segundo me arrimó una palinodia; y si hubiera sido con motivo, pase; pero no lo tenia, lo mismo que esa es luz: por fin cansado de aquella vida arrastrada, estaba un dia de guardia en el fuerte de San Miguel, me dió una mala tentacion, me descolgué por la muralla, salvé el foso y me entregué en manos de estos bárbaros.

—Pero, ¿le tratan á V. mal?

—Ahora no, porque ya los entiendo; echo por la tremenda y me tienen miedo; pero al principio...

—¿Qué? ¿Reciben mal á los pasados?

—¡Ah Sr. D. Francisco! Los primeros días ni un perro puede soportarlos. El moro que echa la mano primero que otro á un cristiano que se pasa á este campo es dueño de cuanto trae consigo y de su vida: comienza por quitarle todo lo que tiene de algun valor; y si no puede mantener á su cautivo ó no lo necesita para sus labores del campo, lo vende por algunos reales, que muchas veces no llegan á un duro. En poder ya de un amo, hace de él como si dijéramos un esclavo ó un perro, comiendo lo peor y en poca cantidad, y llevando todo el peso del trabajo. El moro mas ruin y despreciable es un Rey junto á un pasado; cualquiera le pega puntapiés, le abofetea ó le escupe, sin que tenga derecho á defenderse ni aun á

quejarse. Este mal trato termina de un modo; cuando uno manifiesta deseos de profesar su religion y renegar de la suya. Llevaba yo algunos años de mala vida entre los moros: no podia regresar á España sin exponerme á una sentencia de presidio como desertor, y... un dia me agarró el diablo por los cabellos y me hizo caer en la tentacion. Vinieron unos cuantos de los que aquí llaman frailes, y levantando uno el dedo índice hácia el cielo, pronunció la oracion: *No hay mas Dios que Dios y Mahoma es su Profeta*. Me sujeté despues á la circuncision, me raparon la cabeza, me dieron un turbante y un jaique, y ya me tiene V. moro por todos los dias de mi vida.

—¿Pero V. en el fondo será cristiano?

—¿Qué se yo? A fuerza de decir las oraciones de los moros y de olvidar las de los cristianos, he llegado á no saber ya en lo que creo. Además, mi mujer y mis hijos

son mahometanos, y lo que sea de unos será de otros.

—¿Con que es V. casado?

—Sí señor; en cuanto uno reniega puede ya comprar mujer y casarse con ella; pero ha de ser esclava ó judía, y de ninguna manera mora.

—¿Con que es decir que es V. un moro como otro cualquiera?

—Sí señor; pero perderian la confianza que tienen en mí, si á cada momento no les diese pruebas de mi aborrecimiento á los cristianos; sirvo de soldado perpétuo de la kabila de Benisidel, y cuando voy de guardia al frente de Melilla, soy de los primeros en insultar á los soldados de la plaza y en hacerles fuego. Sidi-Mohamet me llamó ayer por medio de una carta que tal vez habrá V. escrito, y á fin de que esos moros ño le pusieran á V. la argolla, me he comprometido á ser su guardia día y noche. Lo poco de que yo puedo disponer está á la orden de V. con

buena voluntad y deseo. Tenga V. aquí mucha prudencia con los moros y particularmente con las moras, á quienes no debe V. mirar siquiera, pues son en extremo celosos, y serian capaces de cortarle á V. la cabeza por la cosa mas leve en ese punto. Su manía llega al extremo de que ni aun consienten que se las nombren.

Agradeció Alvarez los prudentes avisos de Olivares y se pasó el resto del dia tranquilamente.

CAPÍTULO VIII.

Entierros. — Duelos. — Agricultura. — Comercio. —
Oficios.—Artes.

Olivares, que por deber y afición se había constituido compañero inseparable de Alvarez, le invitó á la mañana siguiente á dar un paseo por las inmediaciones de la casa.

Estaba la mañana tranquila, la temperatura suave, y el aire embalsamado por el tomillo y las flores silvestres que crecen por aquellos campos convidaba á tan agradable esparcimiento. Alvarez apoyado en el brazo de Olivares, y sosteniéndose con trabajo, dejó la casa de Sidi-Mohamet y se dirigió por una cañada adelante. Habrían andado como unos cien pasos, cuando vió con sorpresa atravesar por su inmediación una mula con una extraña carga:

miró atentamente y sorprendido, y pudo cerciorarse de que no le engañaban sus ojos. Era un hombre muerto atravesado sobre la mula, boca abajo y sujeto por una cuerda desde los piés á la cabeza.

—¿Qué es esto! preguntó á Olivares.

—Es un muerto que llevan á enterrar. Esos hombres que caminan al lado del cadáver son sus parientes y amigos. Sigamos y verá V. la ceremonia.

Siguieron efectivamente tan lúgubre y extraña comitiva hasta un sitio que se veía salpicado aquí y allá de enormes piedras colocadas sobre montones de tierra.

—Este es el cementerio, dijo Olivares.

Dos de aquellos hombres se ocuparon en desatar y descargar el cadáver; algunos otros practicaron un hoyo como de una vara de profundidad, y los restantes contemplaban la ceremonia derramandolágrimas.

Traían el cadáver desnudo y envuelto en un lienzo blanco; colocáronle en el fondo del hoyo de medio lado y mirando

á Oriente, y lo cubrieron de tierra.

Colocados despues en fila sobre la sepultura se descalzaron, y con el rostro hácia Oriente levantaron dos ó tres veces las manos al cielo, se arrodillaron, besaron el suelo, volvieron á levantarse y á alzar las manos, diciendo por lo bajo sus oraciones; hecho lo cual caminaron en silencio la vuelta del camino que habian traido.

—No es grande la diferencia, dijo Alvarez, entre este modo de enterrar y el de nuestro país.

—No, ciertamente; pero todos los entierros no son iguales. A los que mueren naturalmente, despues de lavarles bien el cuerpo se les entierra como V. ha visto; pero si mueren á manos de los cristianos se les coloca sin lavar y con la misma ropa que traen encima, llevando á la sepultura hasta la tierra bañada en sangre, si la encuentran al lado del cadáver. De este modo creen que va al cielo tal y como murió en la tierra en defensa de Mahoma.

Si ahora quiere V. ver el duelo sigamos los pasos de esos moros.

Media hora despues llegaron detrás de la fúnebre comitiva á la puerta de la casa del difunto.

Al sentirles venir, varias personas, que se hallaban dentro, fueron saliendo á la puerta y abrazando uno despues de otro á los de la comitiva, dando grandes gritos y derramando abundantes lágrimas. Las mujeres, parientas del difunto, se arañaban atrozmente las caras hasta cubrírselas de sangre. Hiciéronles entrar despues, y colocando en el suelo un gran barreño de alceuz para los hombres y otra parte para las mujeres, comieron unos y otros, olvidando su dolor por aquel rato.

A esto se reducen los duelos y funerales de los rifeños.

Continuando luego el paseo por el campo, deseoso Alvarez de saber el estado de la agricultura entre los moros, se lo preguntó á Olivares.

—La agricultura, respondió este, está aquí en el mayor atraso. Sin trabajar la tierra lo que es debido, se contentan con el fruto que casi naturalmente les rinde.

—¿Y el comercio?

—Aquí no se conoce. Únicamente se hace el de comestibles, llevándolos á la plaza de Melilla, burlando la vigilancia de nuestras guardias, que no lo permiten, pues tienen por malos moros á los que se ocupan en este tráfico, que viene á redundar en beneficio de los cristianos.

En esto llegó á los oídos de Alvarez un ruido como de fragua, y volviendo la cabeza para asegurarse, dijo á Olivares:

—Pues qué, ¿hay aquí oficios, artes tal vez? añadió sonriéndose.

—¡Vaya! si señor; esto adelanta mucho: los pasados, que no faltan de cuando en cuando, se ocupan aquí en sus oficios. Los albañiles les han hecho todas esas torrecillas que V. ve, y también las mezquitas. Esa fragua y martilleo que V. oye es de

uno natural de Zaragoza, que se vino al campo algunos años despues que yo. Hizo como que renegaba, se casó, y lo pasa medianamente.

Dirigióse Alvarez hácia la fragua, manifestando deseos de ver al aragonés, pero Olivares le contuvo diciendo que corria mal con su paisano.

—¡Cómo! aquí que deberian VV. estar mas unidos.

—Es un mal moro: un renegado por fuerza que no cumple con la religion de Mahoma, que come tocino y empina el codo cuando puede.

—Pero ¿hay tanto rigor en eso de beber vino?

—Si señor, mucho: pero ese maula se hace traer las botellas de la plaza, diciendo que son para medicina, y luego gasta tanta fantasía porque tiene tienda, y... pero vámonos hácia este otro lado y no hablemos mas de ese hombre.

Comprendió Alvarez que no era la re-

ligion sino la envidia lo que ocasionaba aquella enemistad, aun entre unos hombres á quienes la desgracia deberia unir con estrechos lazos. ¡Oh miserable condicion humana!

Para desvanecer la nube pasajera que turbó la alegría de Olivares, preguntóle Alvarez por el estado de las artes en aquel país.

—Aquí no se conocen las artes, respondió Olivares, y en cuanto á la pintura está aquí prohibido hasta el hacer unas rayas figurando un hombre; y cuando los que entran en Melilla, con objeto de vender algo, ven alguna estampa ó pintura, apartan de ella los ojos diciendo que Dios pedirá cuenta á los que la hicieron por haberse atrevido á hacer la figura del hombre, que solo es permitido á Dios.

La natural curiosidad de los moros al ver entre ellos un europeo con traje de tal, y á quien la ignorancia atribuía un alto cargo militar en la plaza, atraía al-

rededor de Alvarez y Olivares multitud de moros, que con gestos y ademanes manifestaban su agradable sorpresa.

Huyendo de estos importunos, llegaron á verse solos junto á un cristalino arroyo que serpenteaba alrededor de una casuca. Sentáronse con el fin de disfrutar de la amenidad del sitio, y á poco rato vieron salir una esbelta zagala, cuyo semblante pálido y macilento y surcado por las lágrimas dejaba adivinar todavía la frescura de la tez y el encanto de la hermosura.

Dirigíase con la vista baja por el mismo sendero que ellos habian traído. Al pasar junto á Olivares alzó los ojos, le reconoció y agarró su mano con emocion. La acercó á sus labios, la besó, y sin articular una palabra prosiguió el camino adelante con la cabeza inclinada sobre el pecho.

—Va al cementerio como siempre, dijo Olivares.

—¡A llorar por su madre, tal vez!

—No: por su amante, que murió en

la fe de Cristo, en la que ella vive.

—¿Cómo! ¿Es cristiana?

—Solo le falta el agua del bautismo.

—¿Qué misterio es ese?

—Es una historia en la que he tenido parte.

—¿Quiere V. contármela y me distraerá un rato?

—Lo haré por complacer á V., si bien me causa mucho dolor el recordarla; pero regresemos á casa, no sea que demos algo que pensar con nuestra tardanza.

Una hora despues entraban los dos en la morada de Sidi-Mohamet.

CAPÍTULO IX.

Historia de Vicente Masip y de Zaida.

Colocóse Olivares en su asiento lo mejor que pudo, pasó su mano derecha á manera de peine por su espesa barba, aclaró la voz y dió principio con estas palabras:

Hará como cosa de tres años, una fresca mañana del mes de Abril, salí de mi pobre choza en busca de caracoles y de algunas legumbres con que pasar el dia. Al penetrar en un cañaveral, no muy distante de este sitio, me quedé espantado á la vista de un hombre que estaba tendido á la larga sobre la maleza. No era la vista de un hombre muerto violentamente lo que causaba mi sorpresa, porque á eso estamos aquí muy acostumbrados, sino el unifor-

me que vestia. Era un soldado de infantería de la guarnición de Melilla. Acerquéme á él y ví que no estaba muerto y sí dormido. Mayor fué entonces mi sorpresa. ¿Cómo habia penetrado aquel hombre hasta allí? ¿Cómo dormia tranquilamente? De cualquier manera que fuese, mi auxilio y amparo no le vendria mal; y como buen español y amante de los de mi patria me determiné á despertarle. A la primera sacudida, ágil como un corzo, se puso en pié de un salto y me presentó la punta de su bayoneta.

—¿Qué vas á hacer? le dije cruzándome de brazos.

—¿Eres español? me preguntó con voz entera.

—Sí.

—¿Renegado?

—Sí.

—Pues bien: ¿qué quieres? ¿Por qué me has despertado?

—Por hacerte un favor.

—Bien lo necesito.

—¿Cómo demonios has llegado hasta aquí?

—Es largo de contar: tengo hambre; ¿tienes algo que darme?

—Aquí no; pero está cerca mi casa; vamos, aguarda, voy á reconocer el campo; estabas perdido si te viesen.

Salí de entre las cañas; no habia un alma; de una carrera, medio agachapado, nos metimos en mi pobre casuca. Le alargué un pedazo de pan que comió con ánsia sin reparar si era negro ó blanco. ¡Qué hambre tenia: á los 18 años se comen piedras. ¡Si viera V. qué muchachon tan guapo! No tenia pelo de barba; era valenciano, nacido en Liria, si mal no recuerdo. Apenas acabó de comer quiso salir al campo con la mayor frescura, sin dársele un comino de los moros ni de sus gumías; le agarré por un brazo y le obligué á sentarse á mi lado sobre la estera.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? le dije.

—¿Que quieres? Estaba anoche de guardia en el fuerte de San Ramon; me enredé allí con uno en disputa; me pegó un bofetón; estábamos solos, y le metí la bayoneta por un costado. Si me quedaba allí me aguardaba la cadena y la vara del cabo. Dicurri un momento; salté la muralla, y la oscuridad me permitió llegar á un barranco: anduve mucho, cinco ó seis horas, salí á un llano, ví un cañaveral; estaba cansado y tenía sueño; ya sabes lo demas.

—¿Sabes lo que te aguarda? le dije.

—¿Qué me aguarda?

—Una vida de perro: te apalearán los moros.

—¿Teniendo yo mi bayoneta?

—Te la quitarán.

—¿A mí quitarme la bayoneta los moros? Antes me matarán.

—Vas á hacer lo que yo te mande.

—Con tal que no sea ir á Melilla....

—No; voy á librarte de los trabajos de

los que se pasan; de que seas vendido y apalcado.

—Gracias.

—Dejarás esa ropa; te vestiré de moro; saldrás muy poco y eso conmigo; aprenderás la lengua; les haremos ver que eres de otra kabila, y serás uno de tantos.

—Corriente, dijo, manifestando algun pesar por dejar su uniforme.

Le rapé la cabeza, le acomodé un jaique y una chilaba, y con tan buen aire lo llevaba como si hubiera sido su traje toda la vida.

Con haberme encontrado este muchacho me habia venido sin los caracoles y las yerbas. Salí á buscarlas, encargándole que no saliese: volví al momento con mis provisiones, y ¡cuál sería mi sorpresa cuando me lo hallé en un rincón con los ojos bañados en lágrimas!

—¿Qué es esto? le dije.

—Nada; me contestó, tratando de disimular.

*

—No; á tí te ha pasado alguna cosa.

—Déjame.

—¿Desconfías de mí?

No; pero... me estaba acordando de mis padres; ya no los veré mas, dijo sin poder contener el llanto, que hasta allí había tratado de detener.

—Llora le dije, hijo mio, eso prueba que tienes buen corazon.

Consolele lo mejor que pude, y en pasando aquel recuerdo triste, volvió á su natural alegría. Cuando vino mi mujer de vuelta de sus faenas del campo le conté la historia de nuestro huésped y fié el secreto á su prudencia. Tuvimosle oculto cerca de cuatro meses, y despues de aprender la lengua lo mas indispensable salia conmigo, y no fué difícil hacer creer á los moros lo que he dicho antes. Su permanencia á nuestro lado es para mí un recuerdo triste, pues llegué á quererle como á un hijo. Sus buenas prendas, su carácter alegre y franco y su habilidad para

tocar la guitarra, es cosa que aun hoy no han olvidado los moros. Son estos en extremo aficionados á cualquier instrumento, y locos por la guitarra. Vicente, que así se llamaba el mancebo, no paró hasta hacerse traer una buena de Melilla, con la que rasgueando y punteando diferentes tocatas, acompañado de una voz de ruiseñor que tenía, era cosa de ver á los moros y moras venir todas las noches á oírle desde los caseríos mas lejanos de la kabila. Aquella habilidad y una cara hermosa y una estatura de seis pulgadas trastornaron la cabeza de una mora en extremo hermosa, casada con un rico de esta comarca. El chico por su parte no llegó á comprender el amor de aquella mujer porque ella lo disimulaba; pero no tanto que yo no leyese en sus ojos y palabras. La perdicion de Vicente era segura, porque á la menor sospecha del marido, éste y sus tres hermanos le hubieran quitado la vida, llevando su venganza hasta á mí



y á mi mujer, porque en esto de celos los moros son ciegos y ejecutan las mas sangrientas venganzas por la cosa mas leve. En tal apuro, era preciso tomar una resolucion pronta y arriesgada que cortase el mal de raíz para siempre. Aceché pues la ocasion en que el marido de la mora no estuviese en casa y me presenté en ella y ante la enamorada. Al ver mi repentina é inesperada aparicion en su casa se turbó, pero sin perder la serenidad me preguntó la causa.

—Es muy grave la causa de mi venida.

—Sea cual fuere, me dijo, deseo saberla pronto.

—Pues bien: Zelim...

—¡Zelim! repitió la mora, en cuyos ojos brilló como un relámpago la alegría. Acaba, prosiguió.

—Zelim, le dije, es para mí mas que un hijo, y no consentiré jamás en su perdicion.

—¡Su perdicion! exclamó la mora temblando: pues qué...

—No disimules: vengo resuelto á todo y no me marcharé de aquí sin haber remediado su desgracia.

—¿Qué quieres decir? habla.

—He leído en tus ojos; sé lo que pasa en tu corazón.

—¡Tú!

—Sí.

—Alá me salve.

—Este amor es imposible; es preciso que acabe, y acabará: ¿lo entiendes?

Se habia quedado la mora con los ojos clavados en el suelo, con una expresion de terror que me dió miedo. De repente salió de su letargo, y cogiéndome furiosa del brazo

—¿Con que lo sabes? me dijo: pues bien; es cierto, le amo, le idolatro y moriré mil veces por una mirada suya. Mal conoces el corazón de las moras, si crees que tus amenazas pueden extinguir la llama en

que me abraso. ¿Amas á Zelím? ¿Quieres salvar su vida? Tú puedes hacerlo y salvar la mía tambien.

—¿Qué quieres decir?

—Tú puedes hacer que yo le hable, que yo le vea una sola vez en tu presencia.

—Nunca.

—Pues bien; peor para él y para mí: si tú nos amparas, este amor quedará encubierto para siempre; de otro modo nuestra perdicion es segura. Te juro que mi primera entrevista con él será la última. Por lo mismo que le amo no quiero exponerle á una cruel venganza, y le amaré en silencio con la seguridad de ser correspondida.

La firmeza con que me hablaba me ponía en un terrible aprieto. Dispuesto á salvar á mi Vicente á todo trance, y no encontrando un medio mas fácil, accedí á los deseos de la mora y quedé en avisarla la hora y el punto en que debia verificarse la entrevista. Salí de su casa llena la ca-

beza de confusas ideas sin poder convenirme á mí mismo de si habia procedido bien ó mal, y en esta incertidumbre llegué á presencia de Vicente; pero desde luego me propuse no anunciarle nada de lo que habia pasado con la mora, haciéndole concurrir á la cita de un modo al parecer casual é impremeditado, pues diciéndole la verdad podia dar lugar á alguna imprudencia.

—¿Vas á tocar la guitarra esta noche? le pregunté.

—Sí. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque quisiera que despues de anochecer me acompañases hácia el extremo del cañaveral, donde me esperan dos amigos de la kabila de Benisicar, para tratar cierto asunto.

—¿Hácia el fin del cañaveral? preguntó Vicente; pues casualmente... bien, iré contigo.

Avisé á la mora. Su marido no volvía á casa hasta el dia siguiente, y la ocasion

no podia ser mas oportuna. A la hora convenida mandé allá al mancebo diciéndole que me esperase al fin del cañaveral, y yo me aposté cerca de la casa de la mora para conducirla con seguridad. Un cuarto de hora despues salió cubierta la cara con su jaique, y amparados por la oscuridad nos internamos en el cañaveral, y tomando un sendero que hay en el centro anduvimos largo rato sin articular una palabra.

CAPÍTULO X.

Nuevos peligros.—Nacimiento y fiesta de Mahoma.—Refriega entre los moros.—El Brigadier Buceta.

Al llegar el renegado á esta parte de la historia que estaba refiriendo, paró de repente, se puso en pié, y acercándose á la pared en ademan de quien escucha, llamó á Alvarez como temeroso de algun contratiempo.

—¿Oye V.? le dijo.

—Sí, oigo voces confusas.

—Son los de la kabila de Benisicar, y esos no vienen por cosa buena. Entre usted en su cuarto, y no se mueva de allí que yo volveré dentro de poco.

Dijo, y desapareció. Pasáronse unas

dos horas sin oirse voces á la parte de afuera, ni parecer nadie por el cuarto del prisionero. Por fin se presentó Sidi-Mohamet, cuyo semblante denotaba un profundo disgusto. A las reiteradas preguntas de Alvarez, explicó que los de la kabila de Benisicar habian venido en tropel á exigirle, ó que alcanzase de la plaza el cañon y los cárabos apresados por los cristianos, ó que les entregase los siete prisioneros para hacer con ellos un ejemplar castigo. Sidi-Mohamet, mas que nadie interesado en la devolucion del cañon de su kabila, no solo por su honra, sino por complacer á lós suyos, que durante las guardias en el cuartel de Santiago se veian privados de hacer fuego, se mostró, sin embargo, merced á la simpatía que Alvarez supo inspirarle, inflexible en su resolucion de no entregar los prisioneros; pero allí delante de ellos escribió al Gobernador de la plaza, y dispuso que Olivares marchase á la kabila de Benisicar

con amplios poderes para arreglar la cuestion y temprar la ira de su Kabo ó Moscamdem. Unos 20 hombres quedarian al lado de Sidi-Mohamet para custodiar á los prisioneros y responder de su seguridad á los cinco kabilas del término de Kalaya. Por mas humillante que le pareciese á Sidi-Mohamet esta última exigencia, tuvo que someterse á ella por evitar conflictos; pues á todo venian resueltos los amotinados. Encargó muchas veces á Alvarez que sufriese con paciencia aquel contratiempo hasta el regreso de Olivares y la contestacion de la plaza.

Preciso era conformarse. Entraron los de Benisicar en el patio, hicieron salir á Alvarez de su cuarto con pretexto de conocerle, y allí fué objeto de sus denuestos y amenazas, conteniéndoles en estos límites la presencia de Sidi-Mohamet. Algunos dias se pasaron en la mayor ansiedad, temiendo Sidi-Mohamet un atropello de parte de aquellos salvajes, que

de día en día se mostraban mas furiosos contra los cristianos.

El 12 de Octubre llegó la contestacion del Gobernador de Melilla, reducida á decir que no podia entregar el cañon y los cárabos hasta que el Gobierno de S. M. resolviese sobre la materia. Al propio tiempo un amigo de Alvarez le enviaba alguna ropa blanca con que poder mudarse, pues llevaba todavía encima la camisa ensangrentada con que habia sido herido. Tambien le remitia hilas, vendas y medicinas, con lo cual pudo hacérsele la primera cura de sus heridas, todavía abiertas, y á las cuales por estar en supuracion tenia pegada la camisa.

El furor de los moros rayó en locura al ver que nada se resolvía. Cargaban sus espingardas, empuñaban las gumías, y á cada momento se esperaba una catástrofe. Sidi-Mohamet hizo venir á todos los soldados de su kabila, teniéndolos á la intermediacion de su casa para defender á los

prisioneros, si bien hizo creer á los de Benisicar que era para su mejor resguardo.

La tardanza de Olivares los tenia á todos con cuidado, y Alvarez, mas que nadie, deseaba su regreso, porque al lado suyo y de Sidi-Mohamet se creia á cubierto de un atropello.

Llegó el dia 24 de Octubre, el dia mas solemne de los moros, el nacimiento de Mahoma. Los ódios, los rencores de aquellos hombres quedaron como muertos, entregándose á la alegría desde la salida del sol; entraban y salian preparando comida y cargando sus espingardas para hacer salva; permitieron á Alvarez y á los confinados salir al campo y tomar parte en la fiesta. Llevaron á sus mezquitas grandes barreños de alcuzeuz, bailaron y se entregaron á todo género de esparcimiento, hasta que llegada la noche dieron por terminada la funcion. En todos los torreoncillos y casas enarbolaron pañuelos de todos colores en señal de homenaje á su Profeta.

Dos dias despues regresó Olivares, y manifestó que no habia podido conseguir de los de Benisicar la retirada de los revoltosos que habian venido á custodiar los prisioneros. No se pasaba un dia sin que las amenazas de los moros no hiciesen temer que se propasasen á dar muerte á los cristianos. Olivares y Sidi-Mohamet, valiéndose, ya de la astucia, ya del engaño impedian la consumacion de sus intentos.

El dia 10 de Noviembre, accediendo á las reiteradas súplicas de Alvarez, y por mediacion de Olivares y Sidi-Mohamet, le permitieron que, acompañado de estos dos, saliese á recibir el aire puro al campo; pues la estrechez, incomodidad y malos olores de su prision, de la que no habia salido hacia un mes, habian puesto su salud en el peor estado.

Esta salida le proporcionó el ver con sus mismos ojos los actos de vandalismo y de pillaje á que se entregan diariamente aquellos caribes.

Hallábanse arando unos cuantos moros de la kabila de Benibuyfuror, á una media legua de distancia, cuando los de otra kabila, saliendo en número de 40 ó 42 á caballo con sus espingardas y gumías, intentaron quitarles las mulas y los demas aperos de labranza. Los labradores, que no van nunca al campo sin sus armas, los recibieron á tiros, y aumentándose las fuerzas de una y otra parte se estuvieron batiendo todo el dia, hasta que cerrando la noche cada bando se llevó sus muertos y heridos.

Al regresar á casa vieron á los moros en corrillos como ocupados de alguna cosa grave. Se introdujo Olivares en uno de ellos, y al poco tiempo volvió á incorporarse con sus amigos. Venia ya de otro humor y semblante.

—¿Qué hay de nuevo? preguntó Alvarez.

—Que ha llegado el demonio, contestó el renegado echando un terno.

—¿Quién es el demonio? volvió á preguntar Alvarez.

—¿Quien ha de ser? el Brigadier Buceta, que ha sido nombrado segunda vez Gobernador de Melilla.

Algunos moros se acercaron á Sidi-Mohamet y le dieron cuenta de esta novedad. Pocas veces le habia visto Alvarez enfadarse tan de veras: despues de patear y mesarse la barba, le dijo con tono áspero y los ojos encendidos de rabia:

—Ningun Gobernador venir á Melilla dos veces, ¿por qué volver Buceta?

—Le habrá mandado el Gobierno.

—Cuando un Gobernador marchar de Melilla ya no volver mas: mi padre decir á mí y yo *visór* tambien.

El terror que el nombre de Buceta causaba á los moros tiene una explicacion natural. En los años de 1855 y 56 fué este bizarro Brigadier Gobernador de la plaza, y nunca como entonces estuvieron enfrenados los moros.

Practicó numerosas y arriesgadas salidas, en las que con gran peligro de su persona les apresó y echó á pique hasta 44 cárabos, reventándoles algunos cañones, quedando destruida completamente la piratería, y reduciéndoles al extremo de no poder pescar en aquellas costas.

Una de las salidas le acreditó con los moros de uno de los hombres mas valientes que habian conocido. A la cabeza de unos cuantos soldados se lanzó sobre un cañon que vomitaba fuego contra la plaza, y cargando á la bayoneta hizo retirar á los moros, causándoles varios muertos, y llegando el primero puso su kepis sobre el cañon, gritando: *Por Isabel II.*

Llevaba ya de antemano una enorme carga para reventar el cañon; pero habiéndosele olvidado los tacos al que se habia encargado de llevarlos se quitó el Gobernador su levita, y ya la iba á introducir en el cañon, cuando adelantándose los confinados pusieron de táco sus mismas blusas.

*

Reventado el cañon, se retiró la pequeña fuerza con el mayor orden, teniendo á raya á los moros que, como de costumbre, atacan furiosamente en la retirada.

Otro dia, hallándose al frente de la plaza toda la kabila de Mazuza con su Jefe á la cabeza, hicieron proposiciones de paz al valiente Gobernador, puesto que nada adelantaban con la guerra.

El carácter veleidoso y falso de los moros hacia esperar que tales proposiciones no tuviesen visos de formalidad, por lo que se les contestó friamente y sin mostrar deseos de aceptar la paz, que ellos sabian deseaba la plaza.

El Kabo de Mazuza envia entonces á decir por un confidente que el mismo Gobernador podia ver la formalidad con que se le hablaba, *si se atrevia á salir al campo*.

La frase *si se atrevia* hirió la susceptibilidad del Gobernador. Dirigióse acto continuo á la puerta, y saliendo por ella se presentó en el campo sin fuerza alguna

entre la kabila de Mazuza. En medio de la sorpresa que causó á los moros la arrojada accion del Gobernador de Melilla, trataron las condiciones de la paz, que tardaron en romperse, no obstante, muy poco tiempo.

El nombre, pues, de Buceta aterraba á los hombres mas valientes de las cinco kabilas de Kalaya, y su venida á la plaza en aquellas circunstancias hizo perder enteramente á los moros la esperanza de recobrar su cañon y los cárabos últimamente apresados.

Sidi-Mohamet escribió varias cartas al Brigadier Buceta haciéndole proposiciones para el rescate de los prisioneros, á las que aquel Jefe contestó sin dejar nada convenido, y dirigió al prisionero la siguiente:

Sr. D. Francisco Alvarez.—Melilla 12 de Diciembre de 1858.—Muy señor mio: Como el Kabo de Benisidel me escribió haciendo algunas proposiciones para la li-

bertad de V. y sus compañeros, á las cuales contesté lo que creí conveniente, y nada mas ha vuelto á decirme, le escribo hoy pidiéndole me conteste pronto diciendo si quiere ó si puede arreglar este asunto entre los dos, ó que en caso contrario manifieste que su influencia y autoridad son insuficientes para ello.—Procure V. por su parte decirle que si puede hacerlo que sea pronto; pero que sus proposiciones sean razonables, en términos que esté en mis atribuciones el satisfacerlas.—Sírvale á V. de gobierno, y esto reservado para V. solo, que tenemos ocho vapores de guerra en la plaza de Tanger reclamando la libertad de V. y el pago de los buques apresados antes de ahora, y que el Emperador marroquí ha satisfecho ya el importe de un barco, y ha dicho que si estos moros no entregan los prisioneros, mandará á su hijo con un ejército que matará y quemará cuanto exista en esos campos para evitar nue-

vas quejas en lo sucesivo, y creo que no se hará esperar.—Deseo á V. salud, paciencia, conformidad y confianza en su atento y seguro servidor que besa su mano.—Manuel Buceta.

CAPÍTULO XI.

Reclamacion del Gobierno.— Los soldados de Rey.— Fátima.— Miseria de los kabitas.— Morabitos ó santones.— Promesas que hacen al cañon.— Abogados.— Anécdotas.

El celoso Gobierno de S. M., que resuelto á defender sus derechos y dejar como siempre ileso el honor del pabellon español, habia mandado, como se lee en la carta anterior, una escuadrilla á las aguas de Tanger, demandando al Emperador de Marruecos los siete españoles cautivos.

Prometió el Emperador reclamar inmediatamente los prisioneros, y al efecto mandó doce soldados con un enviado extraordinario revestido de una carta autógrafa, en la que se estampaban los sellos Reales.

Acostumbrados los rifleños á no hacer

caso del Emperador, se mofaron de él en presencia de sus soldados, y declararon que no entregarían los prisioneros por más mandatos y órdenes que viniesen, mientras no se les devolviese el cañón y los cára-bos. Sin intentar siquiera hacer obedecer por fuerza las órdenes del Emperador, se dispusieron los soldados á retirarse; pero antes de hacerlo quisieron, echándola de hombres civilizados, mostrar su galantería al prisionero, sirviéndole un frugal desayuno, compuesto de te, miel y algunas otras cosillas que traían de re-
puesto.

La situación del prisionero iba siendo, como se ve, cada vez más crítica; pero la Providencia, que vela por los desgraciados, y que desde la noche del combate había enviado á Alvarez un protector en el moro Amár, y después otros dos en Sidi-Mohamet y Olivares, le deparó otro ángel tutelar en la persona de quien menos se había cuidado.

En compañía de la novia de Sidi-Mohamet había venido una negra jóven que continuaba á su servicio.

Este ser tan desgraciado como simpático, apenas se enteró de la existencia de los cristianos, procuró verlos y manifestó por su alivio los mayores desvelos. Pan, higos secos, manteca y cuanto podia haber á las manos lo llevaba furtivamente al cuarto de los prisioneros, con quienes entablaba los diálogos mas originales, pues aparte de la zozobra en que estaba porque no la sorprendieran los moros, se desesperaba de ver que no la entendian. Solo cuando se hallaba presente Olivares y servia de intérprete lograban entenderse. La buena Fátima, por un natural impulso del corazon, mostró deseos de convertirse á la religion cristiana, y pidió algunas veces con lágrimas que cuando regresasen á España se la trajesen para recibir el agua del bautismo y vivir en la fe de Cristo toda su vida.

Alvarez, en presencia de los prisioneros, le explicaba algunos misterios de nuestra religion, y ella le escuchaba contenta y cada vez mas deseosa y resuelta á seguirlos.

En poco tiempo aprendió á hablar el castellano lo suficiente para dejarse entender, y cada vez eran mas eficaces sus favores: habia ocasiones en que por ausencia de Sidi-Mohamet y la falta de recursos de la casa se dejaba sentir el hambre entre los prisioneros: entonces Fátima, con un desprendimiento que hubiera hecho palpar á los corazones menos sensibles, deshaciéndose de las monedas de plata que colgaban de sus orejas y cuello, les traia á manos llenas huevos, nueces, naranjas, pan y otros comestibles. Alvarez recibia aquellos presentes con los ojos humedecidos de lágrimas y el corazon oprimido, sensaciones que nunca fueron bastante á causarle el verse bañado en su sangre, traspasados sus brazos y con multitud de

gumías y espingardas asestadas sobre su pecho. Un corazón valiente, á par que sensible y generoso, será siempre vencido y domeñado por una buena acción, y nunca por el temor del hierro ó de la muerte.

Los socorros de Fátima eran tanto mas oportunos, cuando que Sidi-Mohamet habia agotado casi sus recursos con la manutención por tanto tiempo de los siete prisioneros, de los moros que los custodiaban y de algunos otros que acercándose en tropel con las gumías en las manos pedían á gritos la muerte de Alvarez: entonces Sidi-Mohamet, comprendiendo el objeto principal de aquellas embestidas, les daba de comer y se volvían, aplacada el hambre y la ira.

Con este motivo el caudillo moro chancéándose con Alvarez al referírsele, decia con mucha gracia:

—¿Tú visor moro, como estar *jarai-me*? Venir enfadaos, querer matar cris-

tianos, yo llenar barriga suya como topo y ya no tener cristiano en cabeza. Todo enfado estar en barriga.

Para que se comprenda la miseria á que están reducidas estas tribus del Riff, basta recordar el ajuar de la casa de su Jefe principal y absoluto, y saber que una de sus hijas estaba dedicada una cuarta parte del dia á moler con sus propias manos entre dos piedras la cebada que servia para el pan de la casa.

Otra clase de miseria peor que el hambre tiene su asiento entre los moros del Riff, y Alvarez no se vió libre de ella mientras permanecié en aquel territorio; pero de tal modo y con tal abundancia, que un instante despues de mudarse la camisa sentia hervir el asqueroso insecto en todas sus costuras. No se entretienen los moros en quitárselos con las manos, como si dijéramos al por menudo; lo hacen á grandes rasgos, sacudiendo al aire su ropa y dejando el suelo sembrado de inmundicia.

Cualquiera puede repetir allí el célebre verso de Manolo:

Mataba mis contrarios treinta á treinta.

Con el nombre de Marabot, Morabito y Santon, reconocen los moros una dignidad eclesiástica, á quien respetan y rinden todo género de veneracion y culto. Estos santones se ocupan en la interpretacion del Korán; fanáticos en todo cuanto concierne á su religion incitan á las masas y las conducen á su antojo, haciéndoles cometer las mayores atrocidades contra los cristianos, con lo cual les dicen que aplacan la ira de Dios. Para su manutencion y regalo tienen sus Kabos de Morabito, dignidades tambien, aunque subalternas, y que constantemente se ocupan en recaudar á sus superiores dinero, comestibles y otros efectos. El santon elabora farsas que la sencilla credulidad de los moros traga por milagros. Media en todas las disensiones de familia, y por

lo general su influencia es benéfica en estos casos. Su maldición es temida y cae sobre las cabezas de los moros como un rayo que les anonada. A su fallecimiento les erigen una pequeña mezquita y consagran rezos y oraciones á su memoria. Por todo el territorio del Riff se encuentran esparcidas multitud de mezquitas de santones.

Los Moscamdenes de las kabilas vienen á ser en lo civil y lo militar unos morabitos, para quienes tambien se recaudan géneros y efectos en épocas determinadas del año. Estos, además, tienen otro tributo de sus súbditos; consiste en ofertas que hacen al cañon de la kabila con que sostienen el fuego contra la plaza de Melilla. Enferma un moro y ofrece á Mahoma por su salud algunas libras de pólvora para tirar á los cristianos, ó celemines de cebada ó trigo para el Kabo, á fin de que como equivalencia de la pólvora dirija tantos ó cuantos cañonazos á los cristianos.

Las angustiosas alternativas de vida y muerte porque pasó Alvarez durante los cinco meses de su cautiverio en el Riff, tenían su origen en las cavilaciones y los sofismas de dos acalorados santones que permanecieron cerca de la casa de Sidi-Mohamet, mientras estuvo en ella el prisionero. Afortunadamente para este fueron contrarias las opiniones de aquellos dos hombres; el uno, llamado el de la puntilla, y muy conocido en Melilla, sostenía protocolo en mano, y rodeado de una turba de foragidos, que el Korán mandaba el exterminio de los siete cristianos, porque aparte de sérlo habían profanado el cuartel de Santiago haciendo fuego contra los hijos de Mahoma y apresándoles sus lanchas, cárabos y cañones; entonces aquellos caribes, agitando las gumías se dirigian en tropel en busca de sus víctimas. Un anciano venerable les salia al encuentro, y con sonora y penetrante voz les dirigia la palabra divina.

Cometereis el mayor de los sacrilegios, les decia, quitando la vida á esos hombres; hubiéraisles muerto en hora buena durante la refriega de Santiago; pero hoy que se miran indefensos bajo la salvaguardia de vuestros hermanos, que respondieron de sus vidas, el que les toque oirá mi maldicion y recibirá sobre su cabeza la venganza celeste. Desconcertadas las turbas se desvanecian y solo volvian á amotinarse á las exhortaciones del santón de la puntilla.

El venerable anciano, cuyas benéficas palabras salvaron la vida de Alvarez no pocas veces, habita en una pequeña casuca á la orilla del mar y en término de la kabila de Benisaind. Todos aquellos contornos bendicen su nombre por las obras piadosas y humanitarias que practica en todo el que necesita su amparo. La parte de costa que está al alcance de su vista no es teatro jamás de ninguna escena sangrienta, ejecutada en los infelices náufra-

gos que suelen arrojar las embravecidas olas.

No carecen de letrados los moros. Para la kabila de Benisidel hay uno solo: ejercen con autorizacion superior, y prévio exámen que sufren en Fez. Dirimen las cuestiones de derecho verbalmente y sin autos ni diligencias. Autorizan las compras y ventas de propiedades y efectos por medio de certificado. Sus sentencias no tienen apelacion. Sus derechos no están sujetos á tarifa, y se arreglan á la fortuna de los litigantes.

El kádet (abogado) es objeto entre los moros de la mayor consideracion, por mas que comprendan que inclinan la balanza de Astréa en favor del que ofrece mayor retribucion á su trabajo. En un rato de solaz contó Sidi-Mohamet á Alvarez dos anécdotas que presencié y acaecieron al abogado anterior al que hoy ejerce en su territorio.

Aconteció que debiendo sentenciar

*

cierto pleito sobre los derechos de una propiedad, salió el abogado de su casa y se dirigió á la iglesia, en cuyo punto se ventilan estos asuntos. A la salida encontró á uno de los litigantes que le traía un cántaro de manteca, como testimonio de sus legítimos derechos. Mandó el abogado recibir el regalo á su familia, y continuó con el litigante hasta la mezquita. Entre tanto llegó el otro litigante á casa del abogado, llevándole un novillo de regalo: recibieron el presente, y le dijeron que ya estaban aguardándole en la mezquita; fuese allá el buen hombre, pero con la pesadumbre de que el abogado no supiese la venida del novillo. Un hijo del letrado entonces, no sabiendo cómo hacérselo entender á su padre, llegó ante el jurado, y dijo: «Padre, el novillo que ha traído este moro, se soltó de la cuerda en que venía atado, y ha roto el cántaro de manteca de este otro.» Ya puedo comprenderse quién ganaría el pleito.

Llegaron una vez dos moros á su presencia, y el uno dijo: sabrás que entrando en casa de ese á devolverle una espingarda, se me cayó, sin yo verlo, una moneda de plata de veinte reales, que es el único dinero que tenia; y habiéndola echado de menos al salir á la calle, volví á buscarla; y al entrar otra vez, ví á este que acababa de alzarla del suelo y se la guardaba: se la reclamo como mia, y no quiere devolverla. Pon remedio en esto tú que sabes mas que nosotros.

—¿Es verdad lo que este dice? preguntó el abogado.

—Es verdad, contestó el otro, que yo la cogí del suelo y me la guardé.

—Luego confiesas que te la hallaste.

—No confieso tal cosa. Lo que está dentro de mi casa no me lo hallo. La moneda se me habia caido hacia tiempo, y la alcé del suelo cuando quise.

—¿Tienes encima la moneda? preguntó el abogado.

—No, contestó el moro.

—Sí, replicó el otro, porque le he hecho venir aquí tan luego como ví que se la guardaba.

—¡Hola! dijo el abogado; veamos: tú sabrás, puesto que dices que es tuya, algunas señas de la moneda.

—Es un duro español de 1830, y tiene por la parte de la cruz un picotazo que yo le hice con mi gurnía.

Registró el abogado al otro moro, y le encontró encima la moneda cuyas señas indicaba su adversario.

—Indicios son estos, dijo el letrado, de que esta moneda no te pertenecía.

—Todo lo que está en mi casa me pertenece: ese sabría las señas de la moneda, porque la repararía en el suelo cuando entró á devolverme la espingarda.

—Pero ¿por qué negaste que la tenías encima? preguntó el abogado.

—Eso probará que he mentado, pero no que la moneda sea de ese otro.

Se quedó un rato pensativo el abogado, y dijo despues: la moneda, puesto que estaba dentro de tu casa, es tuya; tú ganas el pleito, pero debes pagar las costas, porque este no tiene para ello; las costas importan veinte reales, con que me los guardo; y cogiéndole del brazo, le puso en la calle. Sacó despues cuatro pesetas, y dirigiéndose al otro, le dijo: toma; pues-to que dices que no tienes dinero, te regalo eso; pero ten otra vez mas cuidado en elegir buen sitio para perder las cosas.

CAPÍTULO XII.

Proceso verbal.—Alvarez se defiende de los moros.—Cartas de Alvarez al Brigadier Buceta.—Política de Sidi-Mohamet.—Cartas del Brigadier Buceta.

Un cúmulo de circunstancias á cual mas funestas habia conducido las cosas á un punto desesperado. Los recursos de Sidi-Mohamet y la paciencia de los revoltosos de Benisicar y de otras kabilas se habian agotado al mismo tiempo. La esperanza de recobrar el cañon se habia desvanecido. Por primera vez en su vida se veian precisados á usar de contemplaciones y de suspender el golpe dirigido á la cabeza de sus víctimas.

Amaneció el dia 3 de Febrero de 1859.
A la pálida luz del crepúsculo vióse el

cielo manchado aquí y allá de negros y espesos nubarrones que iban á perderse en mil extrañas y gigantescas figuras por detrás de las lomas que interrumpen aquellos horizontes. Un ruido sordo y monótono anunciaba la tempestad.

No hay duda que la atmósfera determina muchas de las acciones de los hombres. Aquellas cabezas predispuestas á la exacerbacion y al desenfreno, necesitaban para estallar una chispa eléctrica; y la naturaleza, obedeciendo á sus inmutables leyes, iba á lanzarles á una escena de sangre y exterminio.

Alvarez, fatigado por el insomnio, se sentó sobre su duro lecho; todo estaba en silencio en su alrededor; los confinados dormían profundamente en un rincón; el centinela, acurrucado á la puerta y envuelto en su albornoz, dormía también, olvidado de su consigna.

Rara vez sucede al hombre una desgracia sin que extraños presentimientos

se la anuncien. Apenas pudo darse razon de que estaba despierto, se sintió Alvarez dominado por un pensamiento triste, no acertaba á explicarse la causa, se sentia con impulsos de levantarse y de recorrer la casa: ¿para qué? Por otra parte podrian suponer que intentaba fugarse. Recostó la cabeza, trató de conciliar el sueño, pero todo era en vano. Siguiendo los impulsos de su corazon se levantó, se cubrió apresuradamente con su gaban y se atrevió á llegar á la puerta del cuarto. Podía muy bien salir al patio teniendo cuidado de no tropezar con el centinela, Salvó aquel obstáculo y se encontró solo; ¿pero dónde iba? A los pocos pasos llamaron su atencion algunas palabras pronunciadas á su inmediacion; volvióse y no vió á nadie, pero al instante comprendió que se habian articulado al otro lado de la tapia; acercóse con cuidado y oyó distintamente que pronunciaban su nombre. Puso el oído pegado á la pared, y escu-

chó sin atreverse siquiera á respirar; comprendia ya casi todo el dialecto rifeño.

—Entraremos los dos, decia uno, le damos muerte y huimos despues á nuestra kabila; es casi de noche y no sabrán quién le ha muerto.

Sintió en seguida algunas pisadas, adivinó que se apartaban de aquel sitio, pero no acertó á moverse de allí; un instante despues oyó que se acercaban y dejaban caer una gran piedra al pié de la pared; era para escalarla. Lanzóse entonces hácia su cuarto, colocóse á la parte de adentro desde donde sin ser visto podia observar si los asesinos escalaban la tapia. No se hicieron esperar mucho tiempo; apareció un moro, sentóse sobre la pared y se preparaba á descolgarse á la parte de adentro. Alvarez levantó con cuidado la punta del albornoz del centinela para ver si podia apoderarse de su arma, pero el moro, aunque dormido, tenia fuertemente apretada la gumía en la mano.

Apareció otro moro sobre la tapia; hay momentos en que la vacilacion no nos deja escojer entre los medios que pudieran salvarnos de un peligro, y perecemos en él. Alvarez pudo dar una voz ó despertar al centinela, y los moros hubieran desaparecido. La Providencia, como otras tantas veces, vino á salvarle; la tapia, mal formada de grandes pedruscos casi sueltos embarazaba á los moros, que no se atrevian á descender por temor de que alguno se desprendiese detrás de ellos y despertase á la gente de la casa. Efectivamente, al ir uno á hacer un movimiento apoyado en una de aquellas piedras se desprendió á la parte de adentro, á cuyo ruido despertó el centinela alborotado. Alvarez se dejó caer sobre su estera, y todo quedó en silencio por un rato. Transcurrida una media hora, y ya de día claro, se levantaron las gentes de la casa, con lo cual desapareció completamente el peligro de ser asaltados los prisioneros.

Sin embargo, la tempestad aumentaba mas que nunca y amenazaba descargar sobre sus cabezas. Los revoltosos estaban resueltos á todo, y reunidos á la puerta de la casa juraban que no se pasaria el dia sin haber dado muerte á los cristianos.

Sidi-Mohamet y Olivares, atentos á cuanto se movia á su alrededor, no perdian de vista á los moros. Tres de los mas influyentes y d enodados lograron, aunque seguidos de los dos protectores de Alvarez, introducirse en su cuarto. Como se les habia encargado tanto que no debian proceder contra los prisioneros tumultuariamente, se propusieron, para dar visos de alguna formalidad á su determinacion, hacer preceder á ella una especie de proceso verbal, tan singular como inusitado entre aquella gente. Encar ose con Alvarez el que hacia cabeza de los tres, y le dijo:

—¿T u estar Ayudante de Melilla?

—S ı.

—¿T u *chapar* g arrabo de moro?

—Sí: yo he *cogido* vuestro *cáرابو*.

—¿Y por qué tú *chapar gárrabo* de moro?

—Porque á mí mandarme *Reina*.

—¿Tú *chapar borque* de moro?

—Sí: yo he *cogido* vuestro *cañon*.

—¿Y por qué tú *chapar cañon* de moro?

—Porque mi *Reina* mandar tambien venir á *cojer cañones* de moro.

—Tu *Reina* mandar á tí *chapar borque* de moro. Tu *Reina* mandar á tí *chapar gárrabo* de moro; moro *chapar* á tí y *cortar cabeza*.

—Moro no poder *cortar* á mí *cabeza*, porque el *Gobernador* de *Melilla* tiene muchos *moros* presos, y *cortar cabeza* tambien.

—*Gobernador* no *cortar* *cabeza* á moro.

—*Gobernador* sí *cortar* *cabeza*; *Gobernador* ser *Buceta*.

—¡*Arzá!*

—A *Melilla* llegar dos *batallones* de *cazadores*; y *Buceta* se irá con ellos hasta

Mequinez, y no cojereis la cebada que habeis sembrado.

Otra imprecacion del moro dió por terminado aquel singular proceso, saliéndose los tres refunfuñando. Siguiéronles Olivares y Sidi-Mohamet para estar á la mira.

Trascurriria una media hora, cuando entrando en tropel Fátima en la habitacion de los prisioneros anunció á Alvarez que sus dos amigos habian sido arrollados por la multitud, y que esta venia furiosa á despedazarlos.

Alvarez, si bien curado de sus heridas, se hallaba todavía en extremo débil por los golpes mortales que recibiera en el pecho, y que constituirán el achaque principal de su vejez; pero era español, y antes de doblar su cuello al sacrificio, se resolvió á buscar honrosa muerte en una heroica defensa.

—¡Armas! gritó á la negra.

Y aquella mujer, inspirada quizá por el cielo, le agarró de la mano y salió pre-

cipitadamente con él, diciendo á los demas prisioneros que le siguiesen.

Con la prontitud del rayo los condujo á la torrecilla de que ya hemos hablado, único punto de defensa que ofrecia la casa: allí habia un trabuco, municiones y una gumía, pertenecientes á Sidi-Mohamet. La única puerta de la torrecilla se abria al fin de una pendiente y estrechísima escalera, por la que solo podia subir una persona de frente. Precipitóse Alvarez sobre el trabuco, y uno de los confinados se apoderó de la gumía. Al propio tiempo oyeron el tropel de la morisma que, lanzándose en el cuarto de los prisioneros, bramaba de coraje al ver que habian desaparecido. Esparramáronse por la casa dando rugidos, y al llegar al pié de la escalera, allí estaba Fátima.

—No subais, les dijo: esos perros tienen todos trabucos y espingardas.

En medio del furor que cegaba á los moros, al asomar la cabeza á la escalera vie-

ron la ancha boca del trabuco como á unas tres varas de distancia. La muerte del que se atreviese á subir era segura, y la muerte espanta siempre á todos los seres de la tierra, sea cual fuere su raza ó especie; pero no por eso desistieron de su venganza: resolvieron prender fuego á la casa y darles horrible muerte entre las llamas. Sidi-Mohamet entonces, llamando á los suyos á grandes voces, les amenazó y dijo que morirían todos si se atrevían á recurrir á tan desesperada venganza; que por dar muerte á los prisioneros le arruinaban á él y á sus mujeres. Detuviéronse los moros, y saliendo al campo se juntaron para deliberar lo mas conveniente.

Alvarez entonces escribió una carta al Gobernador de Melilla, y astutos los moros la hicieron llegar á sus manos, suponiendo que aquella Autoridad, viendo el apuro de los cristianos, les devolvería el cañon y los cárbos; pero Alvarez, atento solo á dejar bien puesto el honor del pabellon español, es-

cribió otra carta reservadamente, que Fátima hizo llegar á Melilla por medio de un renegado de Tarifa, llamado José Centeno.

Estas dos cartas, dignas de consignarse aquí por mas de un concepto, decian de este modo :

«Muy señor mio y de todo mi respeto: Ayer llegó aquí el Kabo Benisicar y otros varios, y despues de reunirse con el de Bensidel y los individuos de la junta, resolvieron darnos la muerte en el dia de hoy, diciendo que V. S. habia reunido los señores Jefes y Oficiales de esa guarnicion para consultar la entrega ó no entrega del cañon, y que luego habia contestado con una carta que los sacó de quicio. Olivares, despues de una reyerta con el Kabo se marchó, y durante la noche no cesaron de llegar moros, tanto de este partido como de Benisicar y Bullafar, y esta mañana vimos que nuestro mal no tenia cura; las mujeres y muchachos prurumpieron á llorar á gritos, y habiéndolas reprendido,

viendo que se acercaba nuestra última hora, nos encerraron en la torre en que vive el Kabo con la nueva mujer, y se cerró por dentro: hay borrasca por fuera; pero yo solo quise conservar mi existencia el tiempo suficiente para despedirme de V. S. y de todos los amigos, y al efecto llamé al Kabo y se lo hice presente: y habiendo accedido me trajeron los efectos para escribir, advirtiéndome el Kabo que hasta que volviese el propio á la noche y viese lo que V. S. le contestaba se suspendería la ejecución, pues tenia mucha vergüenza y queria probar aun el último resultado, y entretendria á los demas. Ya sabe V. S., mi Brigadier, que hasta ahora me resistí á tomar la pluma para hablar de esto; y ahora que veo la muerte cercana, no debia obrar de otro modo. El único objeto de esta es dar á V. S. y á todos los amigos, familia, patria, &c., el último adios, y dar á V. S. las gracias por los muchos favores que le he merecido; y ha-

ciéndole presente, para el destino de mi poco equipaje, que mis pobres padres residen en Astúrias; pero tengo un hermano llamado Martín, empleado en el Tribunal mayor de Cuentas, y mi amigo D. José Montoya, Oficial de la Capitanía general de Madrid, podría ser el conducto por donde se hiciese saber mi desgracia. No duden ustedes que sabré morir como Oficial español; y suplicando á todos me encomienden á Dios, se despide para el otro mundo su atento S. S. y desgraciado súbdito, Q. B. S. M. = Francisco Alvarez. = No me es posible escribir mas.»

La segunda carta entregada reservadamente al Sr. Buceta decia así:

«Mi querido y respetable Brigadier: Aunque en mi carta de esta misma fecha verá la triste situación en que nos hallamos, debo participarle que tengo en mi poder las armas del Kabo, y dudo que ninguno se atreva á penetrar en este asilo porque sería víctima, y además tengo

provisiones para unos días y no me rendiré tan pronto. Por lo tanto, suplico á V. S. me haga el favor de resistirse á todas las exigencias de esta canalla, y que no tenga en nada mi vida estando de por medio la dignidad nacional. Soy de V. S., con la debida consideracion y respeto atento S. S. y subordinado Q. B. S. M.—Francisco Alvarez y Jardon.—Casa de Benisid el 3 de Febrero de 1859.»

En la junta que se verificó en el campo, Sidi-Mohamet, tan hábil político como diplomático, en medio de su rusticidad, dió su voto para que apenas viniese la contestacion de la plaza, si no era favorable, muriesen los cristianos. En seguida envió á Olivares y á otros amigos con instrucciones secretas para todos los Kabos parciales y personas que por su posicion tenian voto en todas las materias de importancia.

Prontos al llamamiento, y obedientes á su Jefe principal, se presentaron á las po-

cas horas, y sostuvieron acaloradamente la inconveniencia de aquella resolucion sanguinaria, diciendo en público á Sidi-Mohamet, que así como le habian elegido por su cabeza, sabrian destituirle y mandarle preso al Emperador de Marruecos. Que si daban muerte á los cristianos, el Emperador, que ya se habia mostrado dispuesto á favorecerlos, obraria en combinacion con la guarnicion de Melilla, y cogiéndoles entre dos fuegos nadie escaparia á la venganza del valiente Buceta.

Al propio tiempo los morabitos, en union con los frailes de la kabila, predicaban á gritos la impolítica muerte decretada contra los cristianos, y aseguraban terribles venganzas del cielo. Todo era dispuesto y ordenado por Sidi-Mohamet.

Rara vez ó nunca deja de imperar el torrente de la opinion pública.

Los revoltosos desalentaron, y perdida la esperanza de conseguir su intento se

retiraron la mayor parte á sus casas. A las cuarenta y ocho horas de haber subido á la torre los prisioneros bajaron de ella casi exánimes, pues en este tiempo no habian podido probar un bocado de pan ni una gota de agua. La guardia de los de Benisicar, puesta al pie de la escalera, impedía á Sidi-Mohamet y á Fátima socorrer á sus amigos. La conducta de Alvarez es tanto más laudable, cuanto que en su carta al Gobernador le decia que tenia provisiones para muchos dias, evitando así que creyéndoles perdidos devolviese el cañon por salvarles.

Aquel mismo dia se recibieron las contestaciones del Gobernador de Melilla, las que por la dignidad con que están escritas deben incluirse en estas memorias. La primera va dirigida á Alvarez, y dice así:

«Sr. D. Francisco Alvarez: Muy señor mio: He recibido su apreciable con que se sirvió honrarme con fecha 3 del actual, en la cual me manifiesta su mala situacion,

que por mi parte remediaria si el remediaria estuviese al alcance de mis atribuciones; pero V. conoce cuáles son los deberes militares, y no ignora que cuando el Gobierno toma parte en una cuestion, cualquiera que sea, nada podemos ya resolver los subordinados sin expresa orden de aquel, y esto es precisamente lo que á mí me sucede, que nada puedo disponer desde el momento que, con acuerdo del Gobierno, tomó el Cónsul general á su cargo la negociacion de la libertad de V. y de sus seis compañeros.—Hoy escribo al Capitan general, remitiéndole copia literal de su carta de V., pidiéndole instrucciones respecto á esta cuestion, y esto mismo manifiesto en cartas separadas á los Kabos de Benisicar y Benisidel, añadiéndoles que no olviden que tengo 28 moros presos en esta plaza, y en ellos dos primos del mismo Kabo de Benisicar, y que si, como no creo, se atreviesen á atentar contra las vidas de VV., antes ó despues de recibir

la contestacion del Capitan general, todos 28 moros, sin excepcion de uno solo, y los primos del Kabo los primeros, sufriran irremisiblemente igual suerte, siendo fusilados en el sitio mas á propósito, para que desde el campo puedan presenciar su ejecucion. =Ellos saben y les consta muy bien que nunca los he engañado ni faltado á mi palabra, y pueden tener la seguridad de que esta vez la cumpliré tambien, y los Kabos Benisicar y Benisidel serán los responsables de la sangre que se vierta. =A los moros presos he prevenido ya que se preparen para morir en el mismo acto que reciba noticia segura de que VV. han sido victimas de la crueldad y orgullo de dichos Kabos. Si no puedo mejorar la situacion de VV., porque no depende de mis facultades, pueden tener la seguridad de que directamente he empleado cuantos medios han estado á mi disposicion para conseguirlo, y que si fuesen sacrificados al orgullo de los dos

Kabos de Benisicar y Benisidel, serán vengados con la muerte de los 28 moros presos en rehenes. = Sus disposiciones serán fielmente cumplidas, si llegase el deplorable caso de ponerlas en ejecucion, como lo será cuanto ordene á este su atento y S. S. Q. B. S. M. = Manuel Buceta. »

La segunda al Jefe de la kabila, dice así:

«Gobierno militar y político de la plaza de Melilla. = Kabo de Benisidel: He recibido la carta del Ayudante D. Francisco Alvarez, prisionero en vuestro poder, y en su contestacion repito lo que antes os tengo manifestado, de que no puedo disponer la devolucion del cañon, porque no estoy autorizado para su entrega; mas para que en ningun tiempo pueda decirse que he permitido la desgracia de siete cristianos por no ceder un poco de hierro viejo, que nada puede perjudicar á la seguridad de esta plaza, escribo hoy al Ca-

pitán general dándole cuenta de cuanto los prisioneros manifiestan en sus cartas, y si esta superior Autoridad me autoriza para daros el cañon, lo tendreis al momento en vuestro poder, y tan pronto reciba su contestacion os la comunicaré para que podais obrar como mas pueda conveniros. = Pero debo añadirte tambien, para tu gobierno, que tengo 28 moros en esta plaza, y que si los siete prisioneros nuestros que existen en el campo fuesen víctimas de vuestra barbarie, antes que yo reciba las instrucciones que solicito del Capitan general, todos los 28 moros, sin excepcion de uno solo, sufrirán igual suerte, siendo irremisiblemente fusilados en punto en que su muerte pueda ser vista desde vuestro campo; y estos actos de inhumanidad, provocados por vuestra crueldad y desobediencia á las órdenes de vuestro Emperador, será la señal de guerra de mi nacion, que dará por resultado (no lo dudeis) la destruccion de vuestro

país y la sumision de los kabilas , como los de la Argelia la prestaron ante las armas francesas.—No me es posible resolver por mí mismo una cuestion en que ha tomado parte mi Gobierno; pero puedo declararte y asegurarte con mi palabra, que debes creer, porque te consta que nunca he faltado á ella, que tus amenazas no me harán variar de conducta, y que entre la paz vergonzosa y la guerra á muerte, prefieren siempre esta última los Jefes que representan á la nacion española en las posesiones del Riff, y para hacerla se halla siempre dispuesto el Gobernador de esta plaza.—Manuel Buceta.—Melilla 4 de Febrero de 1859.

CAPÍTULO XIII.

Negociaciones secretas. — Tres judíos. — Chabó.

Las enérgicas notas pasadas por el Gobierno español al Emperador de Marruecos en demanda de los prisioneros, hicieron comprender á una poderosa nacion de Europa que España iba á salir airosa en la demanda, y este triunfo alcanzado sin su mediacion y sin necesidad de su influencia despertó sus celos y la obligaron á entrar cautelosamente en la materia. ¿Cómo tolerar que una nacion cualquiera alcance la satisfaccion de su honor ofendido sin su intervencion mas ó menos directa? Esa poderosa nacion que extiende sus dominios á todos los ámbitos del mun-

do, se mostró envidiosa hasta de que España lograrse sin su auxilio la devolucion de unos prisioneros: Pero esa nacion sabia que la dignidad española no pasaria jamás por la humillacion de deberla ese servicio, y echando mano de medios que le son familiares entabló una hábil y sorda negociacion que se pondrá aquí de manifiesto, para que una vez mas se patenticen las mañas y arterías de su tenebrosa política.

Un dia observó Alvarez que los moros andaban en corrillos hablando en secreto y llevando su nombre de boca en boca. No se hizo esperar mucho tiempo el descubrimiento del misterio, pues presentándosele Sidi-Mohamet le hizo saber que en la playa inmediata habia anclado un vapor de esa nacion, que por no nombrar designaremos con una B, y que iban á presentarse á él tres emisarios para tratar sobre cosas del mayor interés. En aquel momento comparcieron delante del prisionero las anun-

ciadas personas. Eran tres hermanos judíos de los mas ricos de Tanger, conocidos por los Obadías y llamados Menáger, Abrahán y Yuda. Al llegar á la presencia de Alvarez se deshicieron en cortesías, y entrando luego en materia le dijeron que habian llegado plenamente autorizados por la nacion B para tratar del rescate de los prisioneros, y que Sidi-Mohamed, como podria oirlo de su boca, estaba conforme en entregarlos.

— ¡Cómo! dijo Alvarez indignado: ¿la nacion B viene aquí con el fin de rescatar los prisioneros españoles?

— Sí: contestó uno de los judíos: esa nacion generosa y grande no puede tolerar por mas tiempo que los hijos de España, su nacion aliada, arrastren las amaruras del cautiverio; los moros del Riff recibirán el cañon que descan y el dinero que pidan por el rescate. Vosotros os vendreis conmigo ahora mismo, y en el vapor que está anclado en la costa se-

reis trasladados á Tanger y desde allí á España. El judío hablaba casi perfectamente el español, y Alvarez entendió todo su razonamiento.

—¿Quién te ha dicho, le contestó indignado, que un Oficial español sea capaz de aceptar tus humillantes proposiciones?

—¿Humillantes? repuso el judío: se trata de tu libertad, de que vuelvas á tu patria y á ver á tus padres y amigos, de salvar tu vida en fin.

—Mi vida, repuso Alvarez, importa poco cuando se trata de la honra, de mi patria. La libertad que me propones salvaria mi vida del peligro incesante que lá amenaza y me robaria la honra que me es mas cara: así, pues, dí á los que te han encargado esta mision que España tiene medios de sobra, no solo para arrancar sus prisioneros á las kabilas del Riff, sino del Africa entera.

—Nuestra mision se extiende á mas que á proponerte la libertad, dijo el judío:

tengo órden de ofrecerte todo el oro que pidas.

—¡ Oro! repuso Alvarez lanzándole una mirada de desprecio: si tú fueras capaz de comprender lo que me propones, de otro modo te contestaría.

—Quiero decir, añadió el judío, tratando de dulcificar la acritud de su proposición, que te entregaremos cuanto necesites para pasarlo bien mientras permanezcas entre los moros.

—¿ Y quién te ha dicho que mi nación no sabe socorrer cumplidamente á sus prisioneros?

—Hemos oído decir que no te mandan ningún auxilio, y que estais aquí pasando hambres y necesidades.

—Te han engañado; pero aunque fuera cierto, ten entendido que no recibiria ninguna socorro de esa nación ni de ninguna otra.

Sidi-Mohamed habia permanecido silencioso durante el anterior diálogo, y no

perdiendo todavía la esperanza de obligar á Alvarez á doblegarse á las proposiciones de los judíos, dijo:

—Francisco: España no dar cañon ni dinero que yo gastar con cristianos; ahora venir judío á dar cañon y dinero mucho por tí; yo ya no querer tener cristiano en casa: márchate á España, y Dios sea contigo.

—¿ Con que tú, le contestó Alvarez en tono de reconvencion amistosa, que eres mi amigo, que me has salvado la vida tantas veces, quieres ahora abandonarme por un cañon y un poco de oro: tú, en quien ahora está fija la atencion de toda España, esperando ver la manera cómo te conduces: tú, á quien yo he dado popularidad enviando una carta que se publicó en la *Alhambra de Granada*, quieres ahora echar un borron sobre tu fama, comportándote de una manera tan inicua? Pues ten entendido que de aquí he de salir, ó rescatado por la España, ó hecho pedazos; y vosotros, añadió dirigiéndose

á los judíos, podeis marcharos de aqui, y cuenta con volver otra vez á mi presencia con proposiciones infames.

Salieron los judíos avergonzados, y Sidi-Mohamet, cuya ignorancia le impedia comprender los sentimientos honrosos de Alvarez, se mostraba asombrado al verle despreciar el oro y la libertad; sin embargo, aunque ignorante, no era insensible á los deseos de gloria, y mostraba orgulloso á sus compañeros la carta que le habia recordado Alvarez, inserta en la *Alhambra de Granada* del 31 de Diciembre de 1858.

Si la conducta de Alvarez, como Oficial arrojado y valiente es digna de ser imitada por cuantos vistan el honroso uniforme de soldado y aspiren á consignar su nombre gloriosamente en la historia, como caballero pundonoroso y hasta como político, nos ofrece un ejemplo digno tambien de ser imitado.

Aunque los de la kabila de Benisicar

se habian retirado del campo de Benisidel, no por eso dejaban de volver en mas ó menos número todos los dias con intento de quitar la vida á los prisioneros. Por evitar la monotonía que podria resultar de referir tantas escenas análogas, nos hace pasar desapercibidos dias angustiosos, en los que á cada paso veian los cristianos amenazada su existencia.

Deseoso el Gobernador de Melilla de saber la verdadera situacion de los prisioneros, puesto que los moros hacian correr por aquella plaza noticias siniestras todos los dias, envió á la kabila de Benisidel á un moro confidente llamado Chabó, quien presentándose á Sidi-Mohamet le manifestó deseos de ver á los cristianos. El Kabo, astuto como buen moro, le mandó entrar en una pieza y esperar, y dirigiéndose á la prision de Alvarez, le hizo saber la llegada del confidente, y le dijo que se iba á presentar á él, rogándole que lo hiciera triste y lloroso.

—Eso que tú quieres no hacer yo nunca.

—¿Por qué? preguntó el moro.

—Porque no llorar un Oficial español.

—¿Y por qué no llorar, si estar perdido?

—Porque saber Gobernador, y Gobernador escribir á Reina, y Reina decir: fuera Oficial cobarde.

—Por Dios santo, exclamó Mohamet dándose una palmada en la frente, que saber mucho cristiano.

—Oficial cristiano, dijo Alvarez, no llorar nunca, aunque le maten.

Entonces Sidi-Mohamet consiguió que uno de los confinados se presentase llorando ante Chabó. Alvarez le reprendió ásperamente, y dijo á Chabó que hiciese comprender al Gobernador que no cediese jamás, pues su situacion no tenia por entonces nada de angustiosa.

Olivares, que en tantas revueltas no habia cesado de prestar buenos servicios á los prisioneros, viendo algun tanto con-

jurada la tempestad, volvió al lado de Alvarez, como lo habia hecho en dias de mas calma y reposo. Girando la conversacion sobre varios puntos vinieron á parar en los amores de Vicente Masip y de la mora, y habiéndole rogado Alvarez que los continuase, lo hizo el renegado en los términos siguientes:

CAPÍTULO XIV.

Fin de la historia de Vicente Masip.

Caminábamos la mora y yo cautelosa-
mente por el centro del cañaveral, sin
pronunciar palabra y sentando apenas la
planta del pié en el suelo. Ya cerca del
punto de la cita, nos detuvimos los dos y
nos miramos en silencio. Nos pareció que
una persona se habia deslizado furtiva-
mente por entre las cañas. Aixa, mas re-
suelta que yo, pasó adelante, y yo la seguí
por mas que no esperase cosa buena.

A la salida del cañaveral encontramos
á Vicente, cuya sorpresa fué grande al
verme llegar allí con una mujer. Descu-
brióse la mora, y con voz y ademán re-

suelto cogió la mano de Vicente, que no acertaba á decir una palabra.

Yo, que le conocia, sabia muy bien hasta qué punto podia sorprenderle la inesperada venida de la mora, y creí adivinar en su sorpresa alguna extraña y oculta causa. Sin embargo, disimulé, y me propuse esperar el resultado de todo aquello.

—Zelim, ingrato Zelim, ¿no adivinaste en mis ojos la pasión que me consume? ¿No me viste embriagada de amor, extasiada al sonido de tu voz, buscar tus miradas, seguir tus huellas; nada viste, Zelim?

Callaba Vicente, y miraba con recelo á su alrededor.

—Nada temas; estamos solos; mi marido está ausente; no he podido resistir al deseo de verte, de hablarte, porque quiero saber si tú me amas.

Vicente se esforzaba inútilmente por responder á la mora: ella comprendió al

fin que su sorpresa podia provenir de otra cosa que de su presencia, y lanzó una mirada en torno suyo; Vicente tembló de piés á cabeza. Habian adivinado su secreto. Aixa, como una tigre rabiosa, se lanza por la derecha y en lo mas espeso del cañaveral, y sale un momento despues persiguiendo á una mujer: era la hermosa Zaida. Pálida, temblorosa y muerta de miedo se venia á amparar de nosotros, pero no tan pronto que la fiera no la agarrase al paso y la asostase un puñal contra su pecho. Vicente y yo nos precipitamos á detener su brazo; pero antes de llegar, la terrible mora le habia suspendido en el aire, y soltando á la pobre Zaida, se quedó suspensa y como clavada en el sitio. Reconocimos á Zaida; no estaba herida; solo pensamos en huir; era preciso salvarla. Tomamos el sendero que conducia al otro lado del cañaveral, pero la curiosidad me hizo volver la cabeza hácia Aixa; permanecia en el mismo sitio, cru-

zados los brazos sobre el pecho, y con la vista clavada en el suelo; me dió lástima; me aproximé. Aixa, le dije, vete á casa; pueden notar tu ausencia; pero ella no me miraba ni me oía; tenia los labios entreabiertos; se le saltaban los ojos; respiraba apenas. ¡Aixa! ¡Aixa! le grité sacudiéndole el brazo; pero nada; me dió casi miedo el verla; ¿estaria loca? No sabia qué hacer; y al ver que no habia medio de hacerla volver en su acuerdo, corrí en busca de Vicente y de la pobre Zaida. Les conté lo que acababa de ver; y, lo mismo que yo, no supieron á qué atribuir tan extraño accidente. Llegamos á casa de Zaida; la dejamos á la puerta, y nos retiramos á la nuestra. Vicente me contó que hacia algun tiempo habia entablado relaciones con Zaida, á quien veia algunas noches al otro lado del cañaveral; que nada me habia dicho, porque esperaba reunir sin serme gravoso la suma suficiente para casarse con ella; y que como le habia citado hácia

aquel lado, al verle Zaida pasar habia acudido al sitio para hablarle. Me contó tambien que la pobre muchacha, habiéndole enterado Vicente de que no era moro y sí cristiano, habia abrazado esta religion en secreto y abominado la de Mahoma, aprendiendo por boca de su amante muchos rezos y oraciones cristianas; que tenia pensado huir un día é introducirse en la plaza de Melilla, donde despues de cinco años y de la trasformacion que habia experimentado en su figura, nadie le conoceria, y pasando despues á España, establecerse lejos de su pueblo, despues de hacer bautizar á Zaida.

Al otro día mi primer cuidado fué indagar por medios indirectos el paradero de Aixa; pasé algunas veces por los alrededores de su casa, hasta que logré verla ocupada en algunas labores, tan tranquila y serena como si nada hubiese sucedido. Me atreví un día á hablarla, y me contestó sonriendo que habia olvidado

completamente á Zelim, á quien deseaba mil felicidades; sin embargo, su voz, sus miradas, un no sé qué, una cosa inexplicable que veia en aquella mujer me infundia un temor que me helaba la sangre. Varias veces se lo comuniqué á Vicente y á Zaida; pero ellos, embelesados con sus amores, ninguna importancia dieron á mi aviso.

Zaida mantenía á su anciana é impedida madre con su trabajo de hilado, que es lo único en que puede aquí ganar algo una mujer. Se habia propuesto no separarse de su lado mientras viviese, y Vicente esperaba resignado el dia en que pudiera ser su esposo. Cerca de un año habia trascurrido desde el suceso de Aixa, y por mas que se esforzaba en aparecer tranquila é indiferente, se la veia de dia en dia desmejorarse, y cada vez mas embebecida en su pensamiento. El tiempo y los sucesos vinieron á descubrir sus mas ocultos pensamientos y la trama que urdia en contra de los amantes. Véanse estos al-

güna que otra noche, muy de tarde en tarde, en el cañaveral; y yo sin explicarme la razon, cuando sabia de antemano una de estas citas, andaba por aquellos alrededores, temeroso de que les sucediese alguna desgracia.

Aixa, astuta y cruel como un tigre, acechaba secretamente sus pasos, sin que ninguno de nosotros llegase á notarlos. Una esclava, ciego instrumento de sus miras, le ayudaba en ellas; y sabiendo un día que aquella misma noche se verían Vicente y Zaida en el cañaveral, desapareció de casa furtivamente una hora antes de la cita, en ocasion en que estaba en ella su marido. La pérfida esclava, llegándose trémula y confusa ante su amo,

—Señor, le dijo: mátame si quieres, pero tengo que revelarte un secreto, de cuya verdad no respondo, porque acaba de anunciármelo un desconocido, que huyó apenas acabaron de pronunciarle sus lábios.

—Acaba; le dijo el moro sobresaltado.

—Tu mujer...

—¿Qué?

—Tu mujer te es infiel.

—El moro dió un salto empuñando su gumia y se iba á precipitar sobre la esclava.

—Mátame si quieres, ya lo he dicho; pero soy agradecida al pan que como, y quiero tu honra mas que mi vida.

—Pronto, pronto.

—¿Conoces á Zelim? Ese que vive á la entrada del valle.

—Sí, sí.

—Pues bien; ese hombre... Aixa le ama.

—El infierno sea conmigo, murmuró el moro, y se precipitó hácia la puerta.

—Aguarda, señor, espera, le dijo la mora deteniéndole; ¿quieres cojerlos á los dos juntos?

—Té daría mi vida.

—Pues bien: vé dentro de media hora al cañaveral; logra llegar sin que nadie

te sienta, hasta muy cerca de su término, y allí los encontrarás á los dos entregados á sus criminales amores.

Salió el moro, herido por los rabiosos celos, que es el mal que mas daño les causa, y desapareció entre las sombras de la noche. A cortos pasos de la puerta encontró á uno de sus hermanos, que viéndole salir ciego y empuñada la gumía le preguntó, y supo en breves razones lo que acontecia. Dos eran las víctimas, y quizá podria la una escapar á la justa venganza. El hermano, pues, desenvainando su daga siguió al frenético moro. Internáronse los dos en el cañaveral, y solo una vez se volvió para decir á su hermano con ronco acento.—A ella, yo.

Ajenos los pobres amantes de la tempestad que se levantaba sobre sus cabezas, estaban tranquilamente sentados sobre un recuesto que hace allí el terreno. Fuera del cañaveral, y á pocos pasos de distancia, me hallaba yo sin que ellos lo supie-

sen guardándoles las espaldas; pero aquellos dos hombres deslizándose por entre las cañas como dos reptiles, llegaron sin que nadie los sintiese hasta caer de repente sobre los dos amantes. La oscuridad, el arrebató y la ira impidieron al moro el conocer á la mujer que tenia delante de sí, y en la que hundió su guña dos veces; el otro, lanzándose sobre el pobre Vicente antes de que pudiera levantarse, le atravesó el corazon de parte á parte. Un grito horrible me hizo correr hasta el sitio, y al entrar en él por un lado del cañaveral ví aparecer en él por el otro lado á la terrible Aixa. Los asesinos quedaron mudos de espanto al verla aparecer delante de sus ojos, cuando la creian muerta á sus piés.

—¡Muertos! Murmuró, la feroz Aixa, lanzando una mirada sobre los dos cuerpos que yacian tendidos en el suelo. ¡Muertos! Repitió dirigiéndose á su marido. Estoy vengada, mátame.

El marido permanecía tranquilo; la daga ensangrentada en la mano, los ojos clavados en Aixa.

—Yo amaba á ese hombre; yo amaba á Zelim; me humillé hasta solicitar su amor y fui despreciada por otra, estoy vengada; arráncame ahora una vida que aborrezco.

El moro, saliendo de su estupor y reconcentrando su ira, se lanzó sobre Aixa que cayó atravesada á sus piés.

Yo me hallaba entre Vicente y Zaida, erizados los cabellos, oigo un quejido, acudo á Zaida y exclamo.

—¡Vive, vive!

Aixa, moribunda, vuelve la cabeza á mis voces, quiere levantarse, y su cuerpo haciendo una contorsion violenta, vuelve á caer sin vida. Los moros desaparecieron.

Aparté las ropas que cubrian el pecho de Vicente, reconocí su herida, y viendo que no tenia remedio, volví á Zaida á quien tomé en brazos y trasladé á su casa. Las heridas no eran mortales; en pocos meses

*

se halló completamente restablecida, y vive entregada á la religion de Cristo y á la memoria de su amante, cuyo cadáver hice conducir al cementerio al otro dia de ocurrir la desgracia que ha tenido V. la bondad de escuchar de mis lábios.

CAPÍTULO XV.

Gran kabila de Benisinasen.—Herjach-Maimon.—
Modo de pelear.—El Angel.

Cuando los soldados del Emperador de Marruecos con el emisario llegaron á Mequinéz, é hicieron saber al Monarca que las kabilas del campo de Kalaya habian desobedecido sus órdenes, se vió el Emperador en la necesidad de acudir al último extremo para dar cumplida satisfaccion á nuestro Gobierno, que la pedía con enérgicas notas.

A la parte occidental del imperio de Marruecos se extiende de Norte á Sur la gran kabila de Benisinasen, que comprenderá una extension de unas 20 leguas de largo por cuatro de ancho. Su pobla-

cion y territorio equivalen á 15 de las demas kabilas ordinarias de Marruecos. Está mandada en Jefe por Herjach-Maimon, y es independiente del Emperador, si bien le paga sus contribuciones con mas regularidad que las demas kabilas independientes. Herjach-Maimon, hombre valiente y de algun génio militar, tiene en cierto modo organizada la gente de guerra, y reúne hasta 15,000 caballos cuando las circunstancias lo requieren. Esta fuerza, superior en número y organizacion á la que pueden presentar las demas kabilas independientes reunidas, da á Herjach-Maimon una superioridad ostensible, y le hace árbitro y señor de todo aquel territorio. No se mezcla en ninguna de las cuestiones de las cinco kabilas de Kalaya, pero cuando las ve destrozarse en guerras intestinas, las hace saber su desagrado, dirime la contienda, y termina en un punto las guerras mas encarnizadas. A este poder debe las delicadas atenciones

cón que le trata el Emperador, que no son bastante, sin embargo, á inspirarle la confianza de ir á su corte, temeroso de que echándole mano le hiciera pagar con la cabeza su amor á la independencia.

En los casos extremos, cuando el Emperador no puede salir con algun intento, recurre á Herjach-Maimon, á quien siempre encuentra propicio y dispuesto á dejarle airoso en la demanda.

El modo singular con que pelea esta tribu es digno de tenerse en cuenta. Levanta en masa todo su pueblo, las familias enteras con sus efectos y ganados de todas especies, y los traslada al campo de batalla, que procura sea siempre en territorio enemigo. Cada familia planta allí la tienda que le servia de morada, en su tierra; echan á pacer los ganados, y unos y otros viven del merodeo y á costa del enemigo. Al propio tiempo divide en trozos su numerosa caballería; coloca convenientemente la infantería, y ataca y des-

troza cuanto se le pone por delante. En época no muy remota venció á las tropas del Emperador en territorio de Benisidel.

Apremiado el Emperador por el Gobierno español, y desairado por las kabilas del Riff, envió segunda vez á sus soldados con un Alcaide de su guardia negra, hombre duro de condicion y de mucho prestigio en las kabilas. Desairado segunda vez, recurrió á Herjach-Maimon que envió un emisario con una carta de ocho líneas á las cinco kabilas para que se presentasen sus Jefes en su territorio, con el fin de conferenciar sobre asuntos de suma importancia. La desconfianza preside en todas las deliberaciones de los moros, y como la primera demostracion de un enemigo es cortar la cabeza á su contrario, temieron acudir al llamamiento, y respondieron con efugios y pretextos. Herjach Maimon entonces, haciendo alarde de superioridad, entró en el territorio de Mazuza acompañado solo de 10 hombres: en-

tregareis, les dijo, los cristianos al Emperador antes de ocho dias, ó de lo contrario, preparaos á la guerra. Ninguno de los Jefes se atrevió á replicar, y Herjach-Maimon, picando los hijares de su caballo, desapareció entre una nube espesa de polvo.

Para venir en conocimiento de la brutal y cruel tiranía que ejerce el poderoso sobre el débil, vemos á Sidi-Mohamed engalanarse, cojer sus mejores armas y el caballo, siempre que cualquier negocio le llamaba á alguna kabila que creia inferior, ó por lo menos igual á la suya, y ahora al recibir el aviso Herjach-Maimon, á quien deberia ver en el territorio de Matruza, atribulado y confuso se pone su peor vestimenta, y con una espingarda vieja se dispone á marchar á pié.

—¡Cómo! Le dijo Alvarez admirado: ¿pues no vas á ver al poderoso Herjach-Maimon?

—Sí, respondió Sidi-Mohamet, avergonzado.

—¿Pues cómo no te pones la mejor ropa y montas á caballo?

—Porque si Herjach-Maimon ver que yo tener mucho, cortar cabeza; y salió paso á paso á caminar dos leguas hasta el punto de la cita.

A su regreso llamó aparte al prisionero, y le dijo:

—Pronto marchar á Mequinéz.

—¿Pues cómo? Preguntó Alvarez.

—Herjach-Maimon mandar: y se retiró encogiéndose de hombros.

Dos dias despues, el 2 de Marzo de dicho año de 1859, Sidi-Mohamed dispuso reservadamente la partida de los prisioneros, y á eso de las nueve de la noche, despues de haberse despedido Alvarez de Olivares, se emprendió la marcha. Antes de salir de la casa, preguntó Alvarez á los confinados por el Angel; con este nombre simbólico conocian á Fátima por los oportunos socorros que les prodigó, y por haberles salvado la vida el 3 de Febrero.

Nadie la había visto, y todos manifestaron el mayor pesar de no darle el último adiós. Atravesaron el umbral de la puerta y la vieron á la parte de afuera con una vasija de agua en la mano, que esparció al aire apenas vió salir á los viajeros. Segun los moros, aquella ceremonia es el mejor augurio para un feliz viaje.

Fátima, los ojos bañados en lágrimas, puso su mano derecha sobre la cabeza de Alvarez, y se besó despues la mano: igual operacion practicó en seguida con los demas prisioneros.

Los moros y moras presentes hicieron igual ceremonia, y la comitiva partió sin mas demora.

No será indiferente al lector, el saber en qué pararon los intentos de Fátima de hacerse cristiana. Bien hubiera descado marcharse con Alvarez; pero sobre no haber pretexto ostensible para ello, jamás se la hubiera permitido salir de aquel territorio. Firme en su propósito, sin embargo,

acechó la ocasion de escaparse é introducirse en Melilla. Despues de hallarse Alvarez en dicha plaza de vuelta de su cautiverio, supo que la pobre Fátima, muy cerca ya de las murallas fué sorprendida una noche cuando ya no pudo ocultar el intento de su evasion. Maltratada cruelmente por los moros que la apresaron, fué conducida casi arrastrando á casa de su amo, que le impuso severos castigos. Nada mas han vuelto á saber los prisioneros de aquel ángel tutelar que endulzó sus amarguras en dias de triste y doloroso recuerdo.

La noticia de la prision de Fátima la recibió Alvarez en la siguiente carta de Olivares:

«Sr. D. Francisco Alvarez y Jardon: Me alegraré se halle bueno en compañía de sus amigos. Le digo que la guardia pasada mandó el Kabo á los soldados de la guardia de Santiago que se me vendiera la espingarda porque habia entrado en la plaza, y fué ejecutado al mismo tiempo,

pues no salí de la plaza cuando encontré la dicha espingarda vendida para la multa; pues siento el no poder entrar para estar á vista de V. un rato. Si es caso que haya venido el vapor y hay algunas noticias, me lo mandará á decir. Recibirá V. memorias de Mojamete chico, y se las dará á los muchachos. Le dirá á José Maldonado que el muchacho mio le dice que haga por donde mandarle una navaja de marca mayor con las cachas blancas, y si la encuentra de muelle, mejor; pues todas las guardias me lo dice y me se olvida. Le digo á usted que la pobre Fátima del Kabo de Benisidel se habia venido de huida de su casa para venirse á la plaza, y la pillaron los moros de Frajana y se la devolvieron pagando alguna cantidad. Hará el favor de mandarme un caco de los que tiene la mallorquina, que sea ancho y bueno para mí, pues lo necesito mucho, y mande á quien desea servirlo, su amigo Victoriano Olivares.—P. D. El Kabo le pide á V. por fa-

vor que le mande la apunacion que hizo usted en su casa de los gastos que habia hecho con los cristianos, pues el Kabo de Benisicar quiere llevarse media parte de lo que les ha dado el Rey de los moros, y Sidi-Mohamed le dice que le abone los gastos; hará lo posible por mandar la apunacion, que me lo encarga mucho. Me dice tambien que las fósforeras que V. le dió se las regaló al Gobernador de Teza, y quiere que le mande otras dos ó tres de poco valor y unos pocos de fósforos buenos, y que si V. necesita algunos encargos se lo mande á decir para servirlo; y que mande al Kabo de Benisidel y á su servidor.—Olivares.»

El niño para quien pide Olivares la navaja tiene diez años. Todos los de su edad en el Riff van armados de puñales, gurrías, navajas ó pistolas, dando ocasion á mil desgracias por la menor bagatela.

de un momento al otro, y al volver
de la guerra, cuando el ejército de
Benisiccar se retiró, se encontró
que el ejército de Sidi-Mohamet,

CAPÍTULO XVI.

Marcha.—Kabilas salvajes.—Aduares.—Paisajes.—
Banderas.—Mujeres feroces.—Blasfemias.—Fana-
tismo y oraciones de los moros.—El desierto.

La comitiva, compuesta de Alvarez, los seis prisioneros, de Sidi-Mohamet, dos moros de Benisiccar y otros dos de Benisidel, emprendió la marcha por aquellos arenales y despeñaderos, amparados con las sombras de la noche. Alvarez montaba una mula, Benisidel su caballo, llevando además otras tres mulas, en las que montaban alternativamente los demás viajeros.

Al rayar el alba, fuera ya de las kabilas de Kalaya, entraron en otras mas

salvajes y feroces si se quiere que las anteriores; pues sobre no reconocer la dependencia del Emperador, viven en la mas espantosa miseria y embrutecimiento, entregados al pillaje, al saqueo y al asesinato.

No habitan en casas; se cobijan generalmente en tiendas fabricadas de una tela de lana que no les resguarda de la intemperie. Agrupadas estas tiendas aquí y allá forman poblaciones, que pudieran llamarse flotantes, á que dan el nombre de aduares, pues las trasladan con frecuencia de unos puntos á otros para guarecerse de los rigores de la temperatura. Esta primera tribu se llama de *Beniad-buegi*. Usan el mismo traje que los de Kalaya, pero mas á la ligera si es posible.

No reconocen entre sí ninguna clase de dependencia.

Al ver llegar á la comitiva salían á bandadas dando gritos de alegría, creyen-

do que eran cristianos pasados, y cuando se les decia la verdad, se retiraban con marcadas muestras de disgusto. Entraron despues en el territorio de *Abrdaxen*, tambien independiente del Emperador, pero gobernados por un *Kabo* ó *Moscandem*. Era este amigo de *Sidi-Mohamet*; recibió á la comitiva con agasajo, y les dió algunas viandas, y convidó á que pasasen la noche al lado de su tienda, pero á la intemperie. La tienda de este Jefe de *kabila* tendria en cuadro unos 25 piés, y dentro de ella se cobijaba, no solo su familia, sino toda su riqueza; su mujer con tres hijos, tres vacas, dos terneros, unas 20 ovejas y otras tantas cabras.

Alvarez, á quien *Sidi-Mohamet* habia regalado la cama que habia usado en su casa, y que como se ha dicho consistia en una pequeña estera, la tendió sobre la verde alfombra, y experimentó lo que era pasar una noche de Marzo á la intemperie.

rie á merced de los vientos en territorio africano.

A la mañana siguiente emprendieron la marcha acompañados del Kabo de esta kabila, que fué hasta Mequinéz, llevando por todo el camino una bandera enarbolada, con lo cual únicamente se verían libres de ser mil veces robados por aquellos valles.

Los hermosos paisajes que se sucedían á la vista de los viajeros les hacían pasar muchas veces para contemplar su hermosa variedad. Rios aquí y allá despeñándose por hermosas cascadas en forma de anfiteatro. Arboles seculares, cuyas ramas, entrelazadas á una enorme altura, brindaban sombra y apacible reposo al viajero. Bosques de adelfas perdidos en el horizonte, florestas y enramadas, por donde quizá no ha impreso todavía su huella mortal alguno.

Ante el espectáculo de la rica y sublime naturaleza no hay alma generosa y tierna

que no eleve su mente al Criador como tributo de su profunda admiracion hácia su grandeza.

Todo aquel día lo pasaron los viajeros sin contratiempo. En varias ocasiones les salian al encuentro impetuosamente, de entre los matorrales, grupos de moros armados de espingardas y gumias, con intento de robarles; pero al ver la bandera corrian á ella sumisos, la besaban, se la pasaban por la cara y desaparecian.

Encontraron muchas mujeres horriblemente feas, por los muchos colores con que pintaban sus caras: iban casi desnudas, sin ruborizarse de que las viesen los hombres. Algunas de ellas montaban ahorcajadas sobre caballos y mulas en pelo: llevaban enormes collares de caracoles ensartados y unos aretes en las orejas, tan enormes, que algunos tenian hasta cuatro pulgadas de diámetro.

Es de notar que ni entre los salvajes del

*

Riff, ni aun entre los de estas tribus, todavía mas feroces, se encuentra uno solo que, sea cual fuere su situacion, profiera una blasfemia en la cual se injurie á Dios ni al que ellos creen su Profeta. Ejemplo laudable y que forma un triste y singular contraste con lo que se observa en otros pueblos que se tienen por cultos y civilizados.

Durmieron aquella noche en un aduar y continuaron la marcha al dia siguiente, todavía dentro del territorio de la misma kabila.

Algunos moros salieron al camino, y sabiendo que era Sidi-Mohamet, Jefe de la kabila de Benisidel, el que se hallaba en su presencia, le besaban las manos, los piés y los estribos, y le pedian su bendicion, pues le tienen por cosa sagrada, á causa de la guerra que sostiene al frente de Melilla con los cristianos.

En sus oraciones terminaban siempre por decir: «Dénos Dios fuerza para combatir contra los cristianos, de quien nos libre por siempre, amen.»

Ningun accidente desagradable habia experimentado la pequeña caravana en los dos dias que llevaba de viaje; marchaban entretenidos con la vista de los paisajes y con sus animadas conversaciones.

Un espectáculo tan nuevo como aterrador se iba á presentar sin embargo á su vista. Insensiblemente fué espirando la animacion de los viajeros. El silencio habia sustituido á las contínuas preguntas y respuestas de unos y otros. Miró Alvarez á su alrededor, y vió todas las fisonomías macilentas: los ojos de Sidi-Mohamet, animados y alegres siempre, estaban velados por una expresion sombría: no habia necesidad de preguntar la causa de aquella trasformacion desagradable. Habian desaparecido las hermosas florestas, las alegres y embalsamadas campiñas, las

frondosas enramadas y las colinas pintadas de esmeralda. No serpenteaba á sus piés ningun arroyo cristalino: no alegraba su oído el armonioso trino de las aves, ni el sordo y blando murmullo que el Euro arranca de los bosques meciendo suavemente las copas de los árboles: no se veía aquel cielo azulado y trasparente bordado de nubecillas de oro y púrpura. Todo lo que se presentaba á la vista era sombrío, melancólico y siniestro.

Permaneció mudo por un rato bajo aquella impresion misteriosa é indefinible. Por último, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, preguntó á Sidi-Mohamet:

— ¡En dónde estamos!

— ¡En el desierto! murmuró el árabe, y ambos quedaron otra vez en silencio.

— ¡El desierto! horrosa soledad, desnuda de vegetacion y falta de agua; de donde huyen aterrados los hombres y los animales; donde los vientos abrasadores y violentos arrastran en su impetuosidad mon-

tañas de arena, que sepultan carabanas enteras; donde la planta del viajero no encuentra mas que ásperos y tortuosos senderos, erizados de rocas calcáreas, abiertas por la fuerza del sol y de los vendabales.

Aquí y allá se veían montañas escarpadas de un color sombrío. No fijaban la vista los viajeros en ningun objeto que no trajese á su imaginacion la idea de la muerte. El espíritu mas levantado se siente allí sobrecogido de un temor supersticioso que le embarga y le amilana á su albedrío, quitando á la razon su predominio. El contorno extraño y caprichoso de aquellas inmensas moles casi negras se les figuraban fantasmas animadas que avanzaban paulatinamente hácia ellos. hasta el ruido de sus mismos pasos les hacia volver la cabeza espantados.

Nada tienen de extraño esos temores pueriles de niño, aun en los hombres de mas valor, porque este solo se tiene sobre

los objetos y cosas que nos son familiares ó están al alcance de la razón; pero el desierto, con todos sus accidentes peculiares, coloca al hombre en una situación excéntrica y sobrenatural, fuera de ese mundo que vive como él, que le comunica todas sus emociones; la continuidad en el desierto bastaría por sí sola para extinguir lentamente su existencia.

No es sin embargo el desierto de *Gart*, que atravesaban los viajeros, el más espantable de los que se encuentran en aquel país clásico de los desiertos. Todo el día caminaron por él, y eso que no hicieron más que cruzarle por uno de sus extremos.

Hacían alto de trecho en trecho, porque la arena movediza sobre que pisaban rendía á los hombres y á las caballerías; pero la idea de que les sorprendiese la noche en tan horribles soledades, les daba fuerzas y aliento para salvar las ásperas colinas y los profundos barrancos. Iba el sol terminando su carrera: se había pre-

sentado á la vista de los viajeros un montecillo que era preciso salvar antes que la oscuridad de la noche les expusiese á caer en los derrumbaderos que ofrecia por ambos lados. Agujoncaron á las mulas, treparon casi los hombres cuesta arriba y en una media hora se hallaron sobre la cresta del montecillo.

¡Qué espectáculo se presentaba desde allí á su vista!

¡El ocaso! ¡La puesta del sol en el desierto! Hé aquí una fruicion que no atreve á darse el mas temerario de los viajeros. Hay quien escala las elevadas cimas del San Bernardo, quien descende impávido hasta una profundidad fabulosa por entre las grietas que se forman en el cráter de los volcanes; pero ¿quién aguarda en el desierto á que espiren los últimos fulgores del sol? ¿Quién espera las tinieblas de la noche, allí donde á la luz del dia se siente el alma mas fuerte sobrecogida y helada de espanto?

Era tan sorprendente y extraña aquella perspectiva, que Alvarez no pudo menos de pararse un momento á contemplarla. Detuvo por el brazo á Sidi-Mohamet, y ambos quedaron absortos, la vista fija en el Occidente. Presentaba el cielo un color amarillento y casi verdoso, sobre el que se destacaban con dureza en líneas paralelas y horizontales unas nubes negras como de pizarra; por su parte inferior, y casi besando el horizonte, enseñaba todo su disco el astro luminoso, pero sin ese foco de luz irresistible á la pupila. Semejaba mas bien la luna cuando aparece rojiza y como ensangrentada despues de la tempestad. Sus débiles rayos proyectaban su amortiguada luz sobre los objetos, dándoles un tono parecido al azufre. Los valles, los montes y los peñascales ofrecian un aspecto sombrío imposible de describir. Al hundirse completamente detrás de la tierra, no dejó en pos de sí el crepúsculo sino una debilísima

claridad que se extinguió en pocos minutos. Los dos espectadores caminaron silenciosos y con paso acelerado á unirse á sus compañeros de viaje.

Dos horas caminaron todavia para salir del desierto; llegaron á una miserable choza de pastores, donde pasaron la noche.

CAPÍTULO XVII.

Teza.—Soldados del Emperador.—Trajes ó uniformes.—Armas.

Un cielo despejado hizo esperar á los viajeros una jornada entretenida y agradable.

Entraron á la media hora de marcha en una cordillera de montañas, cuyas crestas coronadas de nieve destacadas sobre el azul del cielo hacian una visualidad encantadora. Cuatro horas de marcha por senderos casi intransitables les abrieron paso á una extensa y dilatada llanura, por la que cruzaban en distintas direcciones grupos de familias trasladando en hombros sus tiendas de lanas y demas enseres.

A la caída de la tarde se encontraron en un espeso bosque de olivos, naranjos y otros árboles frutales, y después de cruzar el bosque se hallaron ante un hermoso panorama. Era la ciudad de Teza, cabeza de la kabila de Hiaina. La población se asienta sobre un cerro coronado de una alta y áspera montaña. Tiene 14,000 habitantes próximamente. La baña el río Babba. Sus contornos son fértiles y bellos y abunda en aguas y víveres excelentes. Sus calles son anchas y hermosas: el barrio principal tiene edificios en lo general grandiosos, aunque los afea bastante la costumbre de darlos de blanco. Tiene varias mezquitas, y la principal ostenta muy bella y sencilla arquitectura. Hay mucho lujo en las tiendas, y toda la población es manufacturera. No conocen los teatros ni otras honestas recreaciones de Europa, y carecen de alumbrado; sus moradores son hospitalarios. Está la ciudad rodeada de dos murallas, pero ruinosas, y casi to-

das sus puertas y torreones ofrecen á la vista un monton de escombros.

Al penetrar los viajeros por sus calles, la novedad del traje llamó tanto la atencion, que los rodearon, y apenas podian abrirse paso por entre la multitud.

Llegaron á la morada del Gobernador que estaba en lo que pudiera llamarse casa de la ciudad ó ayuntamiento. Esta Autoridad, que habia recibido aviso anticipado de la llegada de los prisioneros, bajó al zaguan á recibirlos, y como se adelantasen los Kabos á darle el parte verbal de su arribo, no viendo entre ellos á Alvarez, les preguntó por él. Adelantóse el prisionero entonces y saludó al Gobernador en árabe castizo, lo cual le chocó sobremañera. Ya tenia dispuesta una habitacion espaciosa en su misma casa para obsequiarle, y otra para los seis confinados y los moros.

Acto continuo hizo que les sirviesen la cena, compuesta de un plato de carne con

verdura y un barreño de alcuzcuz, mejor hecho que el que hasta allí habían comido los cristianos.

Después de la cena hizo pasar á Alvarez y á los dos Kabos á su habitación, y presentándolos un servicio de té de china con bandejas de metal amarillo, brindó al Oficial español para que hiciese el té, atención que tienen con la persona de menos confianza y mas cumplido. El prisionero que había visto la manera como lo hacían los árabes cuando los soldados del Emperador estuvieron en la casa de Sidi-Mohamet, lo verificó con notable desembarazo y sorpresa del Gobernador.

A la mañana siguiente, continuando sus obsequios hácia el Oficial español, le brindó á bajar al gran patio de la casa, en donde estaban formados en ala unos 80 soldados que le dijo ser de caballería. Su uniforme ó vestido se compone de una camisa de algodón ó lana larga, y mas ancha de abajo que de arriba: sobre ella

llevan una prenda que llaman taftan, de lana encarnada, y de la forma de una sotana, tambien larga, mas ancha de abajo que de arriba, y sujeta por un cinturon de badana bordado de seda: encima se colocan un especie de manto, color azul turquí, con capucha. Gorro encarnado de figura cónica, de cuyo remate pende una borla verde. En la parte inferior de este gorro se arrollan un turbante blanco. Llevan babuchas amarillas, y toda la pierna al aire. Los bajos de este traje vienen á figurar los de una mujer. Las armas son diferentes, y las llevan á su arbitrio; unos sables y otros gumías, pendientes ambas cosas de un cordon de seda, y todos espingarda con bayoneta.

El Gobernador les mandó el manejo del arma, que lo hicieron bastante mal. Condujo despues á su huésped á la calle, donde tenia formada la infanteria en dos alas. Se compondria como de unos 400 hombres. Su uniforme consiste en unos hom-

bachos, una chupa y un gorro, todo de color de grana, y babuchas; llevan el cuello y las piernas al aire: las armas iguales á los de caballería. Al presentarse Alvarez tocó marcha el tambor y mandó el Oficial arma al hombro, que ellos echaron indistintamente al derecho ó al izquierdo, y algunos sobre el hombro ó á discrecion. Mientras permanecieron en esta posicion manifestaban que no estaban acostumbrados á ella, por la impaciencia y movimientos que se notaban en ellos. El Gobernador se manifestó, sin embargo, muy orgulloso del aspecto marcial de sus tropas. Alvarez, que antes de abandonar el campo de Benisidel habia recibido su uniforme de la plaza y lo llevaba en su maleta, al ser invitado por el Gobernador para ver las tropas, se lo puso y causó la admiracion y la mas viva curiosidad de los soldados y Oficiales. Acompañado del Gobernador fueron pasando revista á las dos filas.

Despues de estos actos llevóle á visitar sus jardines, que eran inmensos y bien dispuestos, abundando en ellos los naranjos y los rosales, viéndose tambien algunos granados y limoneros.

En seguida pasaron á las caballerizas, en las que tenia hermosísimos caballos.

Despues de un frugal desayuno dispuso el Gobernador que se diesen á los huéspedes algunas provisiones de boca para el camino, y en el seron de una de las mulas colocaron dátiles, naranjas, pasas, higos y pan. Reunida la comitiva en el patio, mandó el Gobernador que seis soldados de caballería acompañasen á los cristianos hasta Fez, y colocándolos á los seis en ala les echó la bendicion, como acostumbra hacer todo Jefe superior cuando sus subordinados emprenden una marcha.

Para salir de la poblacion por entre el inmenso gentío que llenaba las calles inmediatas, hubo necesidad de que una es-

*

colta abriese paso y otra cubriese la retaguardia. El segundo Jefe de la plaza llevaba de la mano á Alvarez, yendo además seis Oficiales á su alrededor. Al salir de la ciudad prosiguieron agradablemente el camino.

CAPÍTULO XVIII.

Fez.— Moneda. — Caid-Farache.— Ejemplo de Rui Lopez Dávalos.— Astucia de Caid-Farache.— Bodas de los judíos.

Dos días y una noche emplearon hasta llegar á Fez: cuanto observaron en el camino no ofrecia gran diversidad á los días anteriores: tiendas, aduares y moros caminando en distintas direcciones; y tan en extremo hospitalarios y bondadosos que al pedirles un vaso de leche, unos pocos dátiles ó un puñado de pasas, alargaban cuanto tenian sin querer recibir dinero alguno.

Ya á cortas leguas de Fez se encuentran muchas casucas de barro extremadamente chatas, viéndose encima de casi todas ellas nidos de cigüeñas, ave muy respetada y querida de los moros.

Fez, en otro tiempo parte de la Mauritania Tingitana, perteneció á España en la época de los Emperadores romanos: su poblacion asciende hoy á unos 400,000 habitantes, moros, judíos y berberiscos: es la capital de su provincia y la ciudad mas importante de Marruecos y mas hermosa de Berbería. Está edificada en la suave pendiente de varias colinas y atravesada por el rio de su nombre. Tiene numerosas fábricas que dan vida y actividad al comercio: cada oficio ocupa un barrio particular. Sus edificios son hermosos y variados. La poblacion, dividida en dos partes, llamadas Fez viejo y Fez nuevo, puede pasar por dos ciudades diferentes, pues están circundadas cada una de sus murallas.

Los judíos habitan en un barrio separado que queda cerrado por la noche, y son mirados con el mas alto desprecio, no permitiéndoles andar por la ciudad sino con los piés descalzos.

Ostenta muchísimas mezquitas, de las cuales la principal es la de Muley-Edrís, á quien se atribuye su fundacion en 808. Sus escuelas y universidad gozaron en lo antiguo de mucha fama entre los moros, y aun hoy hacen de Fez el centro de su atrasada civilizacion y *opacas* luces. Tiene una riquísima biblioteca y varios establecimientos filantrópicos.

Sus campiñas, circundándola como una guirnalda, hacen recordar nuestra Valencia. Abundan los naranjos y limoneros.

Sus murallas no pueden llevar este nombre, pues consisten en una pared, cuyo espesor no llega á un metro, si bien es alta y aspillerada: sus puertas abovedadas las corona una cortina en la que se ven dos cañones. A corta distancia de la ciudad, á Este y á Oeste, se alzan dos castillejos, al parecer no en muy buen estado, que es lo que constituye su defensa. Para entrar en la ciudad se cruza un

puente de cuatro arcos y de sólida construcción.

Aunque tiene moneda propia el imperio de Marruecos, así en Fez como en las demás ciudades, corren en mayor abundancia la española y la francesa. Los nombres que le dan, así en el Riff como en el resto de Marruecos, son los siguientes :

Dinero	Filús.
Moneda de cobre, equiva-	} Mosuna.
lente á dos cuartos, acu-	
ñada en el país	
Real	Uquía.
Peseta	Peseta.
Medio duro	Mezquél.
Duro ó napoleon	Doro.
Columnario español	Doro de borque.

Las calles de Fez ofrecen poca hermosura á la vista : son estrechas y tortuosas y abundan mucho los arcos, tirados de una fachada á otra para abrir comunica-

cion entre dos opuestos edificios. No hay alumbrado público, y en cuanto al abandono en materia de policía urbana allá se va con algunos pueblos de Europa. En la parte llamada Fez viejo, casi todas las casas están dadas de blanco, y generalmente son de dos pisos: carecen de balcones y solo reciben luz de la calle por unas ventanitas de uno á dos piés en cuadro.

Hay muy buenos cafés, fondas y otros establecimientos públicos. Los paseos son hermosísimos.

No conocen carruajes de ningun género.

El palacio del Emperador, que reside muchas temporadas en esta ciudad, está en el Fez nuevo, y no ofrece nada de particular en su construccion.

Las mujeres, tanto aquí como en Teza, salen á la calle, pero siempre con las caras tapadas.

No se permite en las calles el vender nada á voz en grito.

La comitiva se dirigió á casa del Gobernador y Capitan general , que lo es un negro llamado Caid-Faraché, célebre allí por su carácter impetuoso y por su valor. Era esclavo del Sultán, y siendo muy joven quisieron apartarle del palacio por sus travesuras; pero no habiéndole querido nadie comprar, le alistaron soldado. Desde luego desplegó mucho genio para la guerra, y conquistando uno á uno todos los grados de la milicia, es hoy uno de los Generales mas entendidos de Marruecos. Antes de ascender al empleo de General, y ya en una clase distinguida, fué Alcaide de los renegados españoles al servicio de aquel imperio. Aficionóse con este motivo á fumar, á beber vino y á decir ciertas palabras cuando se incomoda.

La fortuna le miró algunos años con semblante risueño, y el negro Farache, dado al comereio, hizo una gran fortuna, permaneciendo siempre de Alcaide de los renegados.

Todas las naciones del mundo, antes de abrirse paso á la luz de la civilizacion por en medio del enmarañado laberinto que ofrece la oscuridad y la barbarie, han caido en iguales vicios, desaciertos y arbitrariedades. España misma en la edad media nos ofrece lamentables ejemplos de esta verdad. Escribe Hernan-Perez del Pulgar en sus Claros Varones de Castilla, «que el Rey, desconociendo los grandes méritos del Condestable Rui Lopez Dávalos se echó sobre sus bienes y se los confiscó en beneficio de la Corona; pudiendo decir el pobre Condestable á quien le preguntase la causa de su desgracia, ¿quién te ha muerto?—Señor, lo mio.»

Africa, detrás de los pueblos civilizados, ve hoy todavía resignada la perpetracion de semejantes actos de vandalismo, con la muerte de las personas despojadas.

El negro Farache adivinó en cierta ocasion los intentos del Emperador, y

abandonando su casa y riquezas se fué al mercado y se puso á la venta como esclavo. Envióle á decir á su dueño y Señor su determinacion, añadiéndole que le enviaria lo que pudiese sacar por su persona, participándole al propio tiempo que su fortuna quedaba á su disposicion. Mandóle á llamar el Monarca, y preguntándole asombrado cuál era la causa de aquella determinacion le contestó Farache, que habiendo sabido que queria *comérsele*, esta es la frase, se adelantaba él á presentarle sus bienes. Esta ingeniosa y nueva determinacion agradó tanto al Emperador, que olvidando su deseo elevó á Farache á la dignidad de General.

El Caid-Farache recibió á Alvarez con muestras de benevolencia, hallándose sentado en el suelo sobre una alfombra. Después de leer las cartas del Gobernador de Teza, y concluidas las ceremonias oficiales,

dirigió al prisionero algunas palabras en castellano, haciendo gala de poseer conocimientos en esta lengua.

—Yo querer mucho de español: yo tener de español mucho y mandar: todo ser valiente: fumar sigarrito y cantar bien, decía Farache.

Miraba con gran curiosidad el uniforme del Oficial español, chocándole mucho la agilidad que permite á los movimientos del cuerpo. Examinó las solapas, y se mordía los labios al ver las sardinetas doradas y las charreteras.

—¿Tú ser Generalo de Españ? dijo Farache.

—Yo no ser Generalo, respondió Alvarez sonriendo.

—Ba, tú ser, yo *visor* mucho Joronelo.

—Yo soy mucho menos.

—Ya entender: tú ser Gobernador.

—Yo ser Alférez.

—Tú ser bien poco, Alféroz. Quedar tú aquí con mí: yo hacer que amo mio le

ponga Bajá, y tú hacer mucho Bajá bueno y saber cositas para poner ejersitos míos mucho bien, como tener vosotros an Españ.

—No poder quedar yo aquí, que yo tener que volver allá, donde tener amigos.

—Quedar aquí, quedar y tú tener mucho de muquero bonitas: tú tener cuatro muquero, ocho muquero; tú ver que juapa ser muquero mora: tener ojos negre de fogo, tener mano blanca, sintura y todos mécor que cristiana.

—Allá tener nosotros de cristiana guapa también.

—Pero tener cristiana juapa una: yo no tener con muquero una bastante; yo querer tener mucho muquero, mucho: una tener una caro blanco, otra tener caro no tan blanco, otra tener mano juapa, otra tener el piés poquito, y toda justar á moro. ¡Tonta cristiano, tener un solo muquero!

· Prolongóse algun tiempo tan extraño diálogo, y el negro, aunque rudo, demos-

traba un ingenio natural y una perspicacia y agudeza grandes, que explicaba bien su elevacion en un país atrasadísimo en todos sentidos.

Despues de esta entrevista se retiraron los cristianos y los moros á la casa que se les habia destinado, que fué cómoda y decente, y en la cual recibieron varios efectos que les envió el Capitan general para cenar.

Al poco tiempo de hallarse Alvarez en su cuarto, oyó en la calle cánticos como religiosos; se asomó á la ventana y vió que andaban hombres y mujeres, llevando en sus manos hachas y faroles encendidos y entonando canciones en coro. Llevaban entre cuatro sobre sus hombros, en unas andas, á una jóven ricamente ataviada. Preguntó Alvarez al intérprete cuál era el objeto de aquella extraña procesion, y supo que eran las bodas de unos judíos, los cuales acostumbran pasear á las novias de la manera que se ha dicho.

Al emprender la marcha al día siguiente recibió el Gobernador al prisionero, y mediaron entre los dos palabras y ofrecimientos corteses. Alvarez le dió las gracias por la cariñosa acogida que le habia merecido, diciéndole que se las daba tambien en nombre de S. M. la Reina y su Gobierno por la distincion con que habia recibido á sus súbditos y subordinados. Caid-Farache le respondió alargándole la mano y besándose despues las puntas de los dedos, diciendo: «moro y español estar siempre amigos.»

Acabadas estas ceremonias emprendieron la marcha en direccion á Mequinez.

CAPÍTULO XIX.

Mequinez.—Tesoro.—Cortesía de las babuchas.—
Amistad.—Banquete.—Traje de los judíos.—Traje
de las judías.—Doncellas regaladas al Sultan.

Unas doce horas tardarian en arribar á las inmediaciones de Mequinez, hermosa ciudad de Berbería y residencia del Emperador. La circundan grandes olivares. Tiene cerca de 35,000 habitantes, y se alza en una fértil y pintoresca llanura, bañada de grandes arroyos y acequias, y por el rio Bet. Los muros de la ciudad son fuertes y se hallan bastante bien artillados. La principal industria de la poblacion consiste en fábricas de azulejos, que los hacen primorosos con figuras y arabescos. Sus habitantes hacen gala de cultos y civilizados. El palacio del Emperador ocupa

casi media ciudad, con sus inmensos jardines y dependencias.

Las mujeres son hermosísimas. Solo llevan la cara descubierta las judías, extremadamente amables y cariñosas.

En esta ciudad se guarda el famoso tesoro imperial, célebre en todo el mundo. Verdad es que si para allegarle no ha tenido el Emperador mas trabajo que *comerse á los ricos*, no es mucho que sea tan grande. Le guardan de 1,000 á 1,500 soldados negros.

Las calles por lo general son anchas, rectas y en terreno llano. Las casas de dos ó tres pisos, sin balcones, y solo con ventanas chicas, y azotcas.

El Emperador sale á caballo todos los viernes para ir á la mezquita. Este dia da alcuzeuz á toda su guardia.

Delante del Emperador van dos soldados á caballo con lanzas, cuyas puntas están envenenadas. Cuatro esclavos van á su inmediacion dándole viento con pañuelos

de seda, cuando la estacion lo requiere; detrás sigue una escolta de doce hombres á caballo.

El respeto hácia el Emperador es profundo, como que cualquiera ofensa, por pequeña que sea hácia la majestad, ú otra falta ó delito cualquiera, se paga con la cabeza, ó por lo menos con la prision con argolla, género de castigo mil veces peor que la muerte: verdad es que aquel ilustrado Gobierno no necesita delitos para hacer decapitar á los hombres.

Atravesaron la ciudad los prisioneros, seguidos de una inmensa multitud, y se dirigieron á palacio: al llegar á sus puertas vieron á la parte de afuera á los soldados que daban la guardia sentados en corros por el suelo y conversando. En otro corrillo, tambien sentados, estaban los Oficiales. Al distinguir el uniforme español todos se pusieron de pié, y adelantándose el Jefe de la guardia, preguntó á Alvarez quién era y qué queria. Enterado del ob-

*

jeto de la comitiva la mandó entrar en el patio de palacio, y subió á dar aviso al Ministro privado Muley Almanzor. Bajó este poco despues y recibió al prisionero con mucho agrado y cortesía. Es un jóven de unos treinta y cuatro años, de gallarda figura y agradable fisonomía. Dispuso que los condujesen á la presencia del Capitan general, acompañado de una escolta.

Esta Autoridad los recibió con la mayor atención sentado sobre una alfombra, como de costumbre. Es un anciano venerable, de luenga y nevada barba. Mandó llamar al Jefe de la judería, y le ordenó que alojase convenientemente á los cristianos.

Salieron á la calle, y aunque custodiados por la misma guardia de palacio, llegaron á cierto punto en donde la multitud les impedia el paso, llevada solo de la curiosidad. Entonces el Jefe de la judería dirigió la comitiva á una puerta de la ciudad, y haciéndola pasar

cerró detrás de sí, impidiendo de este modo el obstáculo que le presentaban los curiosos. Por las afueras los condujo á otra puerta inmediata al barrio de los hebreos. En este pequeño tránsito volvió á aglomerase la gente, y como era de noche, el Alcaide mandó que uno de los judíos que les acompañaban levantase el farol que llevaba en la mano y lo llevase al lado del rostro de Alvarez para que todos pudiesen verlo. El judío llevaba el farol en su mano izquierda y extendía la derecha sobre su pecho, inclinando al propio tiempo la cabeza hácia el prisionero, repitiendo en castellano: Señor, señor. Al llegar á la casa que se les tenia destinada en la judería entró Alvarez en su cuarto, y antes de hacerlo los moros que le acompañaban dejaron las babuchas á la puerta y entraron descalzos; acto de cortesía y respeto que nunca deja de practicarse aun entre las mas feroces hordas del Riff, cuando van los unos á casa de los otros. En la iglesia

entran tambien descalzos , pero no se descubren la cabeza.

Es una manía singular la de los moros de hacer todas las cosas al revés que los cristianos. Escriben estos de izquierda á derecha, ellos de derecha á izquierda; tienen las casas de los cristianos vistas á la calle, las de los moros á la parte de adentro; se descubren los cristianos al entrar en el templo, ellos se descalzan; el profundo aborrecimiento que nos profesan les hace caminar en todo en un sentido diametralmente opuesto.

El Ministro habia dispuesto que Sidi-Mohamet y los demas moros que habian acompañado durante el viaje á los prisioneros pasasen acto continuo á uno de los cuarteles de la tropa, que les serviria de hospedaje mientras permaneciesen en Mequinez; Alvarez, pues, se vió solo, y echó mucho de menos la compañía de su amigo Sidi-Mohamet.

La comunicacion y trato de los hom-

bres abre el corazón á las emociones de la amistad, siquiera los aparte la inmensa barrera que se levanta entre la civilización y la barbarie.

Antes de entrar en Mequinez habia Sidi-Mohamet consultado con Alvarez sobre si le convendría ó no presentarse al Emperador para que le diera su bendición y venia. Le suponía irritado con él, no por haber hecho prisioneros á los cristianos y ocasionado todo aquel trastorno, sino por haber desobedecido sus órdenes dos veces, cuando fueron por ellos sus soldados. Aconsejóle Alvarez que se presentase, y que en caso de contratiempo él interpondría su favor con el Caid-Farache, que le habia prometido alcanzar cuanto quisiese del Emperador. Al separarse los dos en el patio de palacio, le dijo Sidi-Mohamet que á la mañana siguiente muy temprano procuraría ver al Monarca y pasaría en seguida á verle á la judería, si la visita no tenia un funesto resultado.

El Jefe de la judería se deshacía en cumplidos porque el prisionero encontrase en su casa toda la comodidad y regalo de un Sultan. La habitacion que le destinó ofrecia la singularidad de tener el suelo, las paredes y el techo de azulejos de un mismo tamaño, cuadrados y del grandor de pulgada y media, formando un mosaico de diferentes y bien armonizados colores. Cortinajes de seda blanca y carmesí; grandes espejos en magníficos marcos; unas banquetas sueltas, sobre las cuales habia colocados grandes almohadones de damasco, servian de asiento, y una rica alfombra turca del ancho de dos varas estaba echada sobre el pavimento para poner los piés.

En esta pieza colocaron una mesa cuadrada que cubrieron en un momento de blancos y finísimos manteles, y de una vajilla de forma y colores caprichosos. Dos criados de la casa y el mismo Cheg sirvieron á Alvarez una espléndida cena,

compuesta de varios platos de salsas, de asados y de abundantes postres.

Durante la cena fueron entrando en la ancha y espaciosa sala muchos magnates judíos, amigos del Cheg, que venian con sus hijas y mujeres á presenciar el acto y ver al prisionero. Algunos de ellos traian botellas de licor y manjares que dejaban sobre la mesa.

El traje de estos hebreos consiste en un calzon ancho hasta la rodilla, un chaleco largo con mangas á manera de chupa con botonadura y bordados de oro y plata, y sobre los hombros un manto negro, especie de sotana: cubre su cabeza un gorro negro, y muchos llevan un pañuelo, atadas las puntas por debajo de la barba como algunas mujeres en España.

Las hebreas, esbeltas y hermosas casi todas, llevan un manteo como nuestras serranas, pero bordado y salpicado de oro y plata: una chaqueta entallada en la que luce tambien el oro y la plata, y

por entre la que, velando el turgente pecho, asoman riquísimos encajes: un pañuelo de seda rodea graciosamente su cabeza, y sobre los hombros traen algunas un manton de Manila: pendientes, collares y sortijas de oro y coral adornan sus orejas, gargantas y manos; llevan babuchas y medias de seda.

Cuatro de estas hermosas judías, obedeciendo á sus padres, se adelantaron y escanciaron á Alvarez diferentes licores, besándole la mano cada vez que concluía de beber. El prisionero por su parte escanció á su vez y ofreció licores á toda la concurrencia.

Concluida la cena, entonaron las judías un coro que repitieron tres veces, y habiendo preguntado Alvarez al Cheg qué era lo que decían, le respondió que pedían á Dios por la salud y larga vida de su huésped. Entre las hermosas judías que sirvieron la copa al prisionero le chocó una no menos linda, vestida enteramente á la

española. Sorprendióse Alvarez agradablemente, y ella le explicó en español que era natural de Gibraltar, se habia criado en Algeciras, y acababa de casarse con uno de los presentes, rico comerciante de aquella plaza.

La brutalidad y servilismo de los moros no tienen límites cuando se trata de halagar las pasiones de su omnipotente amo el Sultan. Las doncellas mas hermosas de todo el imperio son regaladas al Emperador por sus padres y familias, que se creen muy honrados con que se digne admitirlas. Estas pobres, víctimas de tan abominable costumbre, son encerradas en el harem ó serrallo, hasta que cansado de ellas el Sultan las reciben por esposas los grandes magnates del Estado, que creen aumentar con este enlace un timbre mas á su escudo de armas.

Entre los concurrentes habia una hermosa mora, cuyo semblante, velado por un profundo pesar, llamó la atención del

prisionero. Su huésped le explicó que aquella desgraciada sería presentada al día siguiente en el serrallo del Sultan, y que su honda pena nacia de que al tiempo de contraer enlace con un jóven á quien amaba tiernamente, habia sido llamada al sacrificio.

Terminada la fiesta se despidieron todos besando la mano al prisionero, que se entregó al descanso en una blanca y muhlida cama.

Los confinados cenaron en una pieza inmediata.

CAPÍTULO XX.

Ligeras consideraciones sobre la conquista de Marruecos.—Altos funcionarios de gobierno en Marruecos.—Renegados en Mequínez.—Solimán, renegado catalán.—Artillería y parque.—Ejército marroquí.—Táctica del ejército y modo de pelear.—Sacrificio del toro.—Marina.—Camino.—Guardia negra.

A la mañana siguiente continuaron los obsequios, y muy entrado el día se presentó Sidi-Mohamet con alegre semblante por la buena acogida que había merecido al Sultán. Lejos este de reprenderle le agasajó y mandó que le entregasen 400 duros españoles, un traje completo para él y otro para cada uno de los moros que le habían acompañado, 40 quintales de

pólvora y otros 40 de balas de fusil, con una espingarda para cada uno de sus compañeros de viaje.

Este hecho se presta á mil consideraciones.

El Sultan, árbitro y señor de vidas y haciendas, siega la garganta del súbdito que se atreve á faltar á su autoridad en la cosa mas leve é insignificante. Un súbdito, Sidi-Mohamet, desprecia sus mandatos por dos veces, niega á sus soldados y emisarios la entrega de los prisioneros, aun en presencia de la orden sellada del Monarca, y este, lejos de castigarle, le acoje benévolamente, le premia y manda que se le entreguen municiones de guerra, sabiendo que los rifeños para nada las necesitan, sino para hostilizar á la plaza de Melilla. Se vé, pues, que en ningun tiempo podemos prometernos de Marruecos mas triunfos que los que se alcanzan por las armas, ó por el temor de la invasion y el bombardeo.

Sidi-Mohamet mostró grande extrañeza al ver la magnificencia del cuarto que se habia destinado á Alvarez y las distinciones de que era objeto. El prisionero le dijo sonriéndose: «aprended, vosotros los rifeños á saber tratar á los españoles; esto y mucho mas merecemos por el solo hecho de haber nacido en España.»

En distintas ocasiones habia manifestado Sidi-Mohamet los mas vivos deseos de venir á visitar nuestro pais, y ahora, viendo ya á Alvarez próximo á entrar en él, creció su empeño, y dijo que iba á solicitar del Sultan el permiso para emprender este viaje. Despidiéronse hasta el dia siguiente, y esta fué la última vez que se vieron, pues su Gobierno, viendo la estrecha amistad que tenia con Alvarez, creyó muy conveniente á la política hacerle salir para su kabila sin darle tiempo para su último adios.

El Cheg, solícito, y deseando complacer al prisionero, no se apartaba de su lado, y este con tal motivo le hizo varias pre-

guntas indagatorias sobre el gobierno y administracion de aquel imperio.

En casi todos los moros está arraigada la creencia de que España puede causarles poco daño, y hacen alarde de no temerla; como si el mundo recordara mayor triunfo sobre la media luna que el de Lepanto. Solo teniendo en cuenta que estos bárbaros ignoran absolutamente la historia se les puede tolerar la tal creencia, pues de otro modo les causaría respeto el recuerdo de la conquista de Mazalquivir por don Fernando de Córdova, la de Orán por Jimenez de Cisneros, la de Bugia y Trípoli por Pedro Navarro, la de Túnez y la Goleta por D. Juan de Austria, &c., &c., &c. Y aun en tan diversas ocasiones solo sintieron el amago, porque jamás organizó España contra Africa una expedicion con el formal empeño de conquistarla. Fernando

el Católico, Cárlos V y Felipe II, que quizá llevaron á la exageracion la antigua máxima de que «no es monarquía un reino grande por poderoso que sea, si no domina sobre otros grandes y poderosos,» abarcaron en todos los ámbitos del mundo atrevidas conquistas, con mas ó menos derechos, y llegaron á dominar en las Indias Orientales y las Occidentales, en Milan, Nápoles, Países-Bajos, la Borgoña, Portugal, &c.

La idea de la conquista de Africa fué para aquellos Monarcas accidental, debiendo ser permanente. A poca costa hubieran podido ser dueños de la Argelia y Marruecos, aplicando á ellos los soldados que peleaban en tan apartados continentes, y los inmensos tesoros derramados sin fruto en conquistas imposibles de sostener; porque estas son tanto mas duraderas, cuanto sienten mas inmediata la mano del conquistador.

No puede adivinarse cuál sería la po-

lítica de España, si, lo que es posible, otra nacion cualquiera intentase la conquista de ese territorio: ¿permanecería indiferente dejándole enseñorearse de un país, cuyas plazas mas fuertes del litoral posee? Y por otra parte: ¿se acomodaría el vencedor á un dominio que no fuese por completo?

Un pueblo que lindando con la culta Europa vive sumido en la barbarie, sin que el trascurso de los siglos ejerza en lo mas mínimo su benéfica influencia en la historia de sus adelantos, está llamado á gemir mas tarde ó mas temprano bajo el peso de una nacion dominadora.

La conquista puede ser santa, aun atropellando al hacerla el derecho de gentes, si el conquistador enarbola al propio tiempo que la espada la antorcha de la civilizacion y el estandarte de la verdadera fe.

¿Sería decoroso á nuestro honor nacional y conveniente á la política, que In-

glaterra ó Francia dominasen algun dia en ese territorio? En caso de un rompimiento con esas potencias, se hallaria España estrechamente bloqueada sin esfuerzo alguno por parte de sus contrarios.

España mas que otra potencia debe procurarse un baluarte inexpugnable, un punto de apoyo al otro lado del estrecho, porque aquella es la puerta por donde entraron y se derramaron no ha muchos siglos las ordas invasoras que dominaron en una gran parte de su territorio.

Verdad es que los medios de defensa que posee el mundo civilizado le ponen á cubierto de las invasiones salvajes: sin embargo, si en la parte septentrional de Africa se alzase un dia otro hombre como Aníbal, todavía podria tener la civilizacion el rudo ataque de un pueblo que puede lanzarle millones de combatientes.

Considerada esta cuestion bajo otro punto de vista, extendiendo nuestra dominacion al otro lado del estrecho, podría-

mos hacer de Ceuta el emporio del comercio. Un distinguido publicista, el Brigadier D. Antonio Ramirez Arcas, ha dicho: «En la costa septentrional de Africa está la riqueza y existencia material para el porvenir de la nacion española.»

Los altos funcionarios del Estado, son: Muley-Almanzor, Ministro universal y privado del Emperador; el Capitan general; el Balsa, que nosotros conocemos por Bajá, y el Cheg, Autoridad cuyas funciones se limitan solo á los hebreos residentes en la ciudad: los demas empleados públicos son los Ministros residentes en Tanger, Mogador y otros puertos en que hay Cónsules europeos.

Mequinez es el punto principal de los renegados españoles; la mayor parte toman plaza en el ejército y sirven en la artillería; desde soldado á Jefe superior serán en número de unos 500, mandados por un Alcaide catalan, hombre rudo y

valiente; disfruta de toda la confianza y favor del Monarca, hasta el punto de entrar en su habitacion sin prévio aviso, distincion que no ha podido alcanzar el Ministro privado. Es conocido por el Alcaide Solimán. Esta es la única fuerza de artillería movible de que dispone el Emperador. El material está en armonía con la fuerza y con la instruccion de los soldados. Apenas supieron estos la llegada de Alvarez, acudieron á verlo, y particularmente los Oficiales: de ellos adquirió el prisionero cuantas noticias pudieran ser útiles á su patria en lo sucesivo. Vió el parque de artillería y su material de guerra. Consta de 14 piezas de á cuatro y de á lomo, de un pequeñísimo repuesto de lanzas, espingardas, sables y gumías, y de considerable número de tiendas de campaña bien construidas.

El ejército constará de unos 12,000 infantes y 30,000 caballos. Carece de una buena y sólida organizacion, como tropa

irregular y advenediza. En caso de guerra todos los habitantes son soldados y acuden con sus armas propias, sirviendo sin sujecion á ningun género de disciplina.

Desconocen la táctica europea y hacen la guerra sin sistema fijo. Cuando el Emperador sale á campaña contra alguna kabila rebelde, establece su campo cerca del enemigo, planta las tiendas para su ejército y rodea la suya de toda su artillería. Colocados en ala los dos ejércitos á gran distancia van saliendo de una y otra parte guerrillas de caballería que disparan á galope. Durante la accion se corta la cabeza á todos los prisioneros. Cuando los contrarios se ven perdidos, envian á sus morabitos con un toro ó becerro á pedir la paz. Degüellan la res en el campo del Emperador y se presentan á él pidiendo la paz por el sacrificio que acaban de hacer. Aplacado el Monarca la concede, y manda entregar el toro á los renegados para el sustento del dia.

Ningun Oficial de los renegados sabe que exista en Marruecos una sola fábrica de pólvora; siendo su opinion que se surten del extranjero.

No se puede llamar marina el reducido y mal tripulado número de buques que poseen, siendo en esta parte nula la defensa que pueden oponer por mar.

No hay un solo camino regular en todo el imperio de Marruecos: marchan por senderos que han ido marcando los pasos del viajero, por lo que se ve que en caso de guerra solo podria conducirse con facilidad la artillería de á lomo.

Las dificultades del terreno y la escasez de víveres son los verdaderos enemigos de todo ejército invasor; pero estos obstáculos jamás arredraron á los españoles en sus conquistas. El Cardenal Cisneros, á pesar de las murmuraciones y de las mil dificultades que le oponian cuantas personas debieran ayudarle en su empresa, haciéndole presente la de los ca-

minos, llevó á Africa 4,000 caballos, y á esta arma se debió en gran parte la conquista de Orán. ¿Había caminos en Méjico, el Perú y otros reinos del nuevo mundo, conquistados gloriosamente por Hernan-Cortés, Francisco Pizarro y otros con caballería y artillería?

Tiene el imperio 25 plazas fuertes, solo en el nombre.

En los 30,000 caballos está comprendida la guardia negra, que asciende á unos 10,000 próximamente: es la guardia del Emperador y en quien él tiene puesta su confianza. Este cuerpo de ejército es conocido en todo el reino con el nombre de *visibujá*, y la artillería con el de *La elch*.

Excusado es decir que en una guerra entre España y Marruecos, la artillería del Sultan desfilaría hácia nuestro campo.

Deseando Alvarez ver al Emperador, escribió una carta al Bajá manifestándole este deseo. Contestó el Sultan que debiendo permanecer toda aquella semana en

Mequínez, le avisaría el día y hora en que podría verificarlo; pero los acontecimientos hicieron salir á Alvarez de este punto, pues apremiando nuestro Gobierno por la entrega de los prisioneros, tuvieron estos que dirigirse á Tanger sin pérdida de momento.

CAPÍTULO XXI.

Campo atrincherado.—Extraña recompensa ofrecida á Alvarez por un Bajá.—Al-casar.—Cargo de General hereditario.

A la salida de Mequinez precedió un emisario del Emperador, que iba previniendo en el tránsito á las Autoridades militares la buena acogida que debian dispensar á los prisioneros.

En la primera jornada observó Alvarez un campo atrincherado. Eran grupos de tiendas de campaña, circundadas por dos zanjas de metro y medio de profundidad; en la zanja exterior se veian clavadas en tierra unas estacas, y sobre ellas cabezas de caballo en esqueleto y otros objetos, con el fin de espantar los caballos que intentasen saltar.

El Jefe de la kabila con sus soldados salió al camino, y brindó á Alvarez con té y un desayuno, despues del cual prosiguió la marcha, hasta que puesto el sol llegaron á Zazaria y durmieron en tiendas de campaña.

Al otro día continuaron los obsequios en el tránsito; y en muchos puntos saliendo al camino las Autoridades mandaban extender unas alfombras, y sobre ellas obsequiaban á los cristianos con té, café y varias frutas. Al llegar la noche se hallaron en un campamento de unos 500 hombres mandados por un Califa, á quien el Bajá de aquel distrito habia mandado salir para obsequiar á los cristianos, que durmieron en el campamento y continuaron su viaje al despuntar la aurora, llevando á retaguardia los 500 soldados. Desplegaronse estos en dos alas, pasaron á vanguardia y ejecutaron una especie de simulacro, disparando al aire y dando gritos, ejercicio á que dan el nombre de

correr la pólvora, y que demuestra á todas luces la carencia absoluta de conocimientos en el arte de la guerra.

A eso del medio dia llegaron á la residencia del Bajá en Benhouda, donde se les sirvió una opípara comida, despues de la cual, echando el Bajá mano al bolsillo, presentó á Alvarez un puñado de plata. La extrañeza de este fué grande; y preguntándole por medio del intérprete qué queria decir aquello, supo que el Emperador le habia ordenado que le diese dinero, suponiendo que despues de su largo cautiverio no lo llevaria.

Alvarez ruborizado le hizo entender que ningun Oficial español recibia de nadie dinero, y que por otra parte no lo necesitaba. Insistió el Bajá, rogándole por Dios santo que lo recibiera, pues de otro modo se veria en gran compromiso con el Sultan. Viendo entonces las humillantes súplicas del Bajá, tomó Alvarez el dinero, y contándolo en su presencia, vió que

llegaba á 21 napoleones: guardólos, diciendo al Bajá que apenas llegase á Tanger se los entregaria al Cónsul español, para que este los remitiese al Emperador. Efectivamente, Alvarez entregó en Tanger al Excmo. Sr. D. Juan Blanco del Valle dicha cantidad, quien dijo á aquel que mandaria comprar en Gibraltar un objeto cualquiera y se lo remitiria al Bajá, con una carta escrita á nombre del prisionero.

Ya de noche llegaron á Al-casar, ciudad de unos 6,000 habitantes, situada en la ribera septentrional del rio Luccos. Tiene hermosas calles, 44 mezquitas y un mercado público. Es célebre porque en su vega ocurrió la batalla llamada de los tres Reyes, dada por Don Sebastian, Rey de Portugal, en 1578. Este Monarca y otros dos Reyes moros quedaron muertos en el campo.

En esta poblacion recibió á los cristianos el Bajá ó Capitan general de Larache en su campamento; y habiéndole chocado

á Alvarez sus pocos años, que apenas llegarían á diez y siete, supo que había heredado de su padre el cargo de Capitan general, y que esta disparatada costumbre se observaba en todo el imperio.

En dos jornadas mas llegaron á la ciudad de Tanger. La alegría de los prisioneros rayó en locura cuando por encima de los edificios divisaron la bandera española que flota sobre la casa del Consulado.

CAPÍTULO XXII.

Tanger.—Entrega de los prisioneros.—Homenaje que debe tributarse al Gobierno de S. M.

Tanger, ciudad de unos 40,000 habitantes, entre moros, judíos, negros y berberiscos, está situada sobre una suave cordillera y rodeada de murallas ruinosas. Es residencia de todos los Cónsules de Europa que están en relaciones con el Sultan. La ciudad está defendida por la parte del mar por dos baterías bien construidas, llamadas *Tojana* y *de la Murina*, con 45 cañones y algunos morteros la primera, y 14 la

segunda. Algunas otras baterías de poca importancia defienden la ciudad.

Hay varias mezquitas y sinagogas, y los cristianos tienen una pequeña iglesia en cada Consulado.

Los edificios públicos ofrecen muy poco de notable, pero las calles son anchas y bastante rectas.

Los prisioneros entraron en la ciudad y se dirigieron á la Alcazaba para esperar que se les avisase el momento en que debia verificarse la ceremonia de su entrega al Cónsul español por el Gobierno del Sultan.

Era una tarde serena en que el cielo estaba despejado y en que la naturaleza parece que sonríe y que toma parte en nuestras solemnidades y alegrías.

En el pórtico de la Alcazaba, donde habita el Bajá ó Gobernador de la plaza, se hallaban reunidos el Sr. Blanco del Valle con algunos individuos de la comision y los Comandantes y Oficiales de los vapores

de guerra *Piles* y *Santa Isabel*, fondeados en el puerto, el Ministro de Negocios extranjeros del Sultan, Es-shidi Mohammed El-Getib, anciano de corpulenta estatura, casi septuagenario, de luenga y blanca barba, con los altos funcionarios marroquíes. En la ancha y extensa explanada de la sombría Alcazaba se hallaban formadas en dos alas las tropas berberiscas de la guarnicion de Tanger, á cuya cabeza formaba nuestra artillería de marina. Un gentío inmenso obstruía el paso por todos los alrededores; en las ventanas y azoteas se veían innumerables espectadores.

El estampido del cañon resuena por todos los ámbitos de la ciudad; era nuestra marina Real que la saluda, que solemniza uno de los mayores triunfos que el Gabinete del ilustre General O'Donnell puede alcanzar por la via diplomática de una nacion casi salvaje. La plaza por su parte corresponde con igual número de cañonazos.

*

El Ayudante D. Francisco Alvarez y Jardon, con sus seis compañeros de infortunio, se abren paso por entre la multitud, que los saluda entusiasmada, agitando sus pañuelos y sombreros desde las azoteas y ventanas. Al llegar al pié de la escalinata, el digno representante de España, Sr. Blanco del Valle, se adelanta majestuosamente, y cogiendo de la mano al noble prisionero, lo presenta ante el Ministro: este tomó entonces la palabra y pronunció un breve y sentido discurso, en el que á nombre del Emperador se ofrecia á la España las seguridades de la mas sincera alianza, que deseaba fuese tan estrecha y sólida como en el reinado de nuestro gran Carlos III. El Sr. Blanco del Valle le contestó en no menos sentidas frases á nombre de nuestra augusta Soberana, y recibió de manos del Ministro los siete súbditos españoles, con lo que se dió por terminada la ceremonia, desfílndo las tropas y despejando la muchedumbre. La comitiva y todos los

españoles allí residentes se dirigieron al templo, donde se cantó un solemne *Te Deum*.

Alvarez permaneció tres días en Tanger obsequiado con bailes y banquetes por el Sr. Blanco del Valle, el Vicecónsul señor D. Carlos Rameau, y los Sres. Jefes y Oficiales de los vapores *Piles* y *Santa Isabel*. Embarcóse desques y dió la vuelta á Melilla libre de tan penoso cautiverio, el día 25 de Marzo de 1859.

Todo buen español debe tributar un justo homenaje al Gobierno que preside el ilustre conde de Lucena, por la energía y tino con que ha sabido llevar á cabo una de las mas difíciles negociaciones diplomáticas de nuestros días. Alcanzar la restitucion de siete prisioneros de las feroces hordas del Riff, y alcanzarla sin canje, rescate ni condicion alguna, es un triunfo que debe

envanecer á la España, por ser la primera nacion que lo consigue.

No serán indiferentes al lector las siguientes ligeras noticias biográficas de Alvarez.

Nació en Villasonte, pueblo de la provincia de Oviedo, el dia 47 de Febrero de 1826: es hijo de D. José Alvarez Villarelto y de Doña María Jardon y García. Hallándose avecindado en Madrid y estudiando matemáticas le tocó la suerte de soldado en la quinta de 1844. Pasó por los primeros grados de la milicia y ascendió á Subteniente en 7 de Mayo de 1855, con destino á Estado Mayor de la plaza. En 9 de Julio de 1857 fué nombrado tercer Ayudante de la plaza de Melilla.

Reconocido el Ayudante D. Francisco Alvarez al vivo interés que el Gobierno

de S. M., el ejército, la armada y la prensa han mostrado por su desgracia durante su penoso cautiverio, les rinde en estas líneas su mas humilde y afectuoso reconocimiento.

Los seis confinados que sufrieron el cautiverio con Alvarez, se llamaban:

Manuel Sanchez y Espinosa, natural del Puerto de Santa María.

Francisco del Rio, de Lucena de Andalucía.

Juan Silvestre Beltran, de la Serranía de Ronda.

Ramon Rivera, de Santander.

Manuel de Castro y Castro, de Valdeorras en Galicia.

José Maldonado y Sanchez, de Osuna.

APÉNDICE.

Parte detallado de la salida de Alvarez al campo del moro , y qué motivó su cautiverio.

D. Francisco de Ceballos y Morte , Caballero de la ínclita Orden de Nuestro Señor Jesucristo de Portugal y de la Real y militar de San Hermenegildo , Teniente Coronel de artillería , Comandante del arma en esta plaza de Melilla , y Gobernador militar y político interino de la misma, &c., &c.—Certifico: Que con fecha 4 del actual se dirigió por este Gobierno al Excmo. Sr. Capitan general de Granada

la comunicacion siguiente:—«Excmo. señor: Los moros confidentes de esta plaza, Mahimon y Mombiel, á quienes tan eficazmente recomendé á V. E. en mi escrito de 40 del anterior, núm. 570, no solo por el servicio que acababan de hacer manifestándome el sitio en que estaba enterrado el cañon de Benisidel, su mas irreconcilible enemigo, sino por los muchos que en épocas anteriores habian prestado, han dado en fin á conocer que son dignos hijos de las bárbaras é inhumanas kabilas del Riff, señalándose con un execrable hecho de negra traicion, de que solo son capaces los pérfidos habitantes de estas costas. Confiado, Excmo. Sr., en la cruda guerra que les hacian los demas moros desde que sospecharon que habian sido los que me habian dado la confianza del cañon; viendo sus casas saqueadas y quemadas, vejadas y perseguidas sus familias, y ellos guarecidos en la plaza, de la cual no podian salir sino á las sombras de

la noche y para volver á ella antes de amanecer, no dudé un momento en creerlos constantemente fieles, y que servirian de mucho para la formacion de alguna fuerza del pais, el dia que el Gobierno de S. M. creyera oportuna su organizacion.==En esta confianza, nacida tambien de lo constantes que habian sido estos moros con otros Gobernadores, y decidido á intentar la traida á la plaza del cañon de Benibuyllafar, cuya operacion no creia imposible siendo ellos fieles, dispuse en la noche del 30 del mes anterior que salieran 20 confinados armados con el tercer Ayudante de esta plaza D. Francisco Alvarez, á fin de hacer un escrupuloso reconocimiento de los caminos y posiciones que debian seguir y ocupar las diferentes columnas destinadas á practicar esta importante operacion, la noche que conceptuase á propósito para llevarla á cabo. Segun habian manifestado los traidores confidentes llegaron hasta el cuartel

de Santiago sin encontrar un solo moro en todo el campo, en el cual se observaba el mas profundo silencio; pero tan pronto como penetraron en el patio, una fuerte descarga á quema-ropa, en que tambien tomaron parte los confidentes contra los cristianos, y una horrorosa y general griteria nos hizo conocer que habian sido vilmente vendidos, y que estaban cercados por todas partes. Esto, no obstante, los que no quedaron muertos en el acto se abrieron paso con las bayonetas que llevaban armadas, y se dirigieron á la plaza, á la que solo llegaron siete milagrosamente, uno de ellos gravemente herido, pues todo el campo estaba inundado de moros que tenian tomados todos los ataques y avenidas, creyendo que saldria la mayor parte de la guarnicion, como los infames Mombiel y Mahimon habian ofrecido á las kabilas reunidas para congraciarse con ellas y hacer olvidar los servicios que habian prestado á la plaza.

De los 14 restantes siete murieron en el acto de la sorpresa ó perseguidos en su vuelta á la plaza, y los otros seis, mas el Ayudante Alvarez, quedaron prisioneros de los moros, y juntos con los siete cadáveres los presentaron al dia siguiente á la vista de la plaza, exigiendo por ellos la entrega del cañon de Benisidel, y amenazando con que de no hacerlo en un breve tiempo serian muertos. = Yo comprendí que en aquellos críticos momentos lo mas conveniente era ganar tiempo, y así no dudé manifestarles, que no dependiendo de mí la entrega del cañon me apresuraba á ponerlo en conocimiento de V. E.; pero al mismo tiempo hacia marchar buques á Nemours y Chafarinas, con objeto de que me trajeran cuantos moros pudieran de los que, procedentes de Oran, se dirigieran á estas costas; y tuve la satisfaccion de que á las veinticuatro horas ya estaban dentro de la plaza 28 moros de este campo y el de Benisait, con los cuales pro-

puse inmediatamente un canje, que si bien no fué aceptado aferrándose mas y mas en que si no se les entregaba el cañon no se desprenderian de los siete cautivos aunque hiciera lo que quisiera con los que yo tenia en mi poder, me hizo comprender que estaban aseguradas sus vidas, y que aunque se tarde algunos dias, llegaremos en fin á entendernos y á dar solucion á este negocio.—Despues he sabido que las familias de los confidentes negociaron su perdon con los Kabos de las kabilas, y especialmente con el de Benisidel, que era el mas encarnizado con ellos por la pérdida de su cañon, ofreciendo que valiéndose de engaños saldrian una noche con la mayor parte de la guarnicion y la llevarian á puntos de donde no podríamos salir ni yo ni los principales Jefes; que serviríamos unos para ser bárbaramente asesinados, y los otros para rescatar el cañon; de forma, Excmo. señor, que si bien hay que deplorar la cau-

tividad del Ayudante Alvarez con los otros seis confinados, y la pérdida de siete muertos y 16 fusiles y 17 bayonetas que quedaron en el campo, ha sido una desgracia que ha evitado otras infinitamente mayores. Tambien ha llegado á mi noticia que hacia ya siete noches que estaban esperando mas de 3,000 moros la salida de la guarnicion, los cuales se ocultaban de dia detrás de los cerros inmediatos, y tan pronto como anohecia y no podian ser vistos por la plaza, marchaban á ocupar los puntos convenidos de antemano con los referidos confidentes. = Despues de asegurar á V. E. que diariamente pondré en su conocimiento cuanto haya adelantado en el asunto del campo, réstame solo recomendar á V. E. al Subteniente Ayudante de la plaza D. Francisco Alvarez, que, sin haber sido nombrado para el servicio que ocasionó su cautividad, me pidió con instancia que le dejase salir voluntariamente, como en todas las oca-

siones que ha habido algun peligro que arrostrar, y que en el momento de la sorpresa logró con los ejemplos de valor que dió á los confinados abrirse paso entre la morisma hasta llegar á uno de los infinitos puntos que tenian tomados los enemigos, donde recibió siete heridas de guma; á los siete confinados que llegaron á la plaza venciendo todas las dificultades que son consiguientes de noche en terreno desconocido y con el enemigo emboscado, y por fin, á los seis que se hallan prisioneros con Alvarez, uno de ellos herido tambien, cuya relacion remito á V. E. adjunta. =Los moros por su parte tuvieron la pérdida de tres muertos, que se vieron enterrar al dia siguiente, ignorando si tuvieron algunos heridos.=Lo que participo á V. E. para su superior conocimiento.» =Y para que en todo tiempo pueda hacer constar este relevante servicio y justificar hechos tan dignos el mencionado Subteniente, tercer Ayudante del Es-

tado Mayor de esta plaza D. Francisco Alvarez y Jardon, hoy cautivo en poder de los infieles, libro la presente á este efecto en Melilla á 10 de Octubre de 1858.== Francisco Ceballos.

Propuesta hecha por el Sr. Brigadier Buceta á favor de D. Francisco Alvarez, en la cual se consignan algunos extremos indicados en estas Memorias.

Gobierno militar y político de la plaza de Melilla. = Número 47. = Excmo. Sr.: Constándome que el tercer Ayudante de Estado Mayor de esta plaza D. Francisco Alvarez reúne buenas condiciones para el desempeño de la Secretaría de este Gobierno; teniendo en consideracion esta esencial circunstancia, y que este Oficial, en razon á los padecimientos sufridos durante los cinco meses que ha permanecido prisionero en poder de los moros fronte-

rizos, y que cuando conceptuaba mas amenazada su existencia me manifestaba por conducto de mis confidentes, siempre que tenia ocasion de poder efectuarlo, que aunque lo sacrificasen con sus compañeros no accediese á la devolucion del cañon que con tan tenaz empeño reclamaban sus opresores; con cuya conducta se ha hecho, en mi humilde concepto, acreedor al empleo inmediato de Teniente; y como si obtuviese esta gracia tendrá precisamente que cesar en la Ayudantía que corresponde á la clase de Subteniente hasta obtener nueva colocacion, y en este caso puede ser promovido al empleo de Secretario: ruego á V. E., que si en consideracion á las razones expuestas lo considerase digno del ascenso en cuestion, se digne proponerlo al Excmo. Sr. Ministro de la Guerra, recomendándolo al mismo tiempo para que en este Gobierno reemplace al Capitan de caballería D. Apolinar Marin y Gomez, á quien se refiere la superior orden de V. E.

de fecha de 3 del mes actual á que tengo el honor de contestar. Dios guarde á V. E. muchos años. Melilla 19 de Marzo de 1859.—Excmo. Sr.—El Brigadier Gobernador, Manuel Buceta.—Excmo. Sr. Capitán general de Granada.

Por Real orden de 4.º de Abril fué promovido al empleo de Teniente, y nombrado Secretario del Gobierno militar de Melilla.

Habiendo D. Francisco Alvarez solicitado una Real licencia por cuatro meses, le fué expedida la siguiente certificacion que atestigua las heridas y golpes que recibió de los moros.

Los Oficiales Médicos del Cuerpo de Sanidad militar que suscriben, en virtud de los decretos que anteceden, certifican: Que han reconocido detenidamente al Subteniente de infantería, tercer Ayudante del Estado Mayor de esta plaza D. Francisco Alvarez y Jardon, que promueve la

*

anterior solitud, y que aqueja deterioro en su salud con motivo de las heridas, contusiones y malos tratamientos sufridos en el campo infiel desde el 30 de Setiembre del año anterior en que fué aprisionado por los moros; y habiendo podido apreciar en efecto diversas cicatrices, mas ó menos consolidadas, situadas en diferentes regiones, pero con especialidad en la parte media del brazo derecho, en la parte externa del hombro del mismo lado, en la inferior y lateral derecha del cuello y otras en diferentes puntos de la cabeza, y señales mas ó menos ostensibles de contusiones; habiendo notado en él los síntomas que caracterizan un catarro bronquial de índole crónica, y teniendo además muy en cuenta las fuertes y vivas emociones que durante el largo período de su cautiverio debe haber experimentado, y la influencia que estas han debido en su físico producir, contribuyendo poderosamente á determinar el mal estado que

en él se observa, son de parecer: que para que este caballero Oficial pueda curarse de sus dolencias, desechar completamente sus achaque y recobrar su buena salud habitual y su primitivo vigor, nada mas conveniente que el separarse por algun tiempo de las fatigas y penalidades inherentes á la vida militar, y en el seno de su familia dedicarse exclusivamente al cuidado de sí mismo, procurando calmar su espíritu tan fuertemente agitado, y curarse completamente de sus dolencias y achaques.

Y para que así conste, firman la presente en Melilla á 30 de Marzo de 1859.== José Esbrí y Perez.== Eduardo Bravo.== Matías Martin y Sanchez.

VOCABULARIO

DE ALGUNAS PALABRAS DEL DIALECTO RIFFEÑO, QUE
VIENE Á DERIVARSE DEL ÁRABE, Y EN PEQUEÑÍSIMA
PARTE DEL CASTELLANO.

Numeracion.

Uno.....	Uhajed.
Dos.....	Etnein.
Tres.....	Tleta.
Cuatro.....	Arba.
Cinco.....	Jamesá.
Seis.....	Settá.
Siete.....	Sebá.
Ocho.....	Teminiá.
Nueve.....	Saá.
Diez...	Axará.

Once.	Jedás.
Doce.	Cenás.
Trece.	Tletás.
Catorce.	Arbatáx.
Quince.	Jamestás.
Dieciseis.	Settáx.
Diecisiete.	Sebaatáx.
Dieciocho.	Tamentáx.
Diecinueve.	Saatáx.
Veinte.	Aixerin.
Veintuno.	Uhajed aixerin.
Veintidos.	Etnein aixerin.
Veintitres.	Tleta aixerin.
Veinticuatro.	Arba aixerin.
Veinticinco.	Jamesá aixerin.
Veintiseis.	Settá aixerin.
Veintisiete.	Sebá aixerin.
Veintiocho.	Teminiá aixerin.
Veintinueve.	Saá aixerin.
Treinta.	Trecin.
Treinta y uno.	Uhajed trecin.
Treinta y dos.	Etnein trecin.
Treinta y tres.	Tleta trecin.

Treinta y cuatro. . .	Arba trecin.
Treinta y cinco. . .	Jamesá trecin.
Treinta y seis.	Sottá trecin.
Treinta y siete.	Sebá trecin.
Treinta y ocho.	Teminiá trecin.
Treinta y nueve. . .	Saá trecin.
Cuarenta.	Arbain.
Cuarenta y uno. . .	Uhajed arbain.
Cuarenta y dos. . .	Etnein arbain.
Cuarenta y tres. . .	Tleta arbain.
Cuarenta y cuatro. .	Arba arbain.
Cuarenta y cinco. .	Jamesá arbain.
Cuarenta y seis. . .	Settá arbain.
Cuarenta y siete. . .	Sebá arbain.
Cuarenta y ocho. . .	Teminiá arbain.
Cuarenta y nueve. .	Saá arbain.
Cincuenta.	Jamesin.
Cincuenta y uno. . .	Uhajed jamesin.
Cincuenta y dos. . .	Etnein jamesin.
Cincuenta y tres. . .	Tleta jamesin.
Cincuenta y cuatro. .	Arbá jamesin.
Cincuenta y cinco. .	Jamesá jamesin.
Cincuenta y seis. . .	Settá jamesin.

Cincuenta y siete . .	Sebá jamesin.
Cincuenta y ocho..	Teminiá jamesin.
Cincuenta y nueve.	Saá jamesin.
Sesenta.....	Settin. .
Sesenta y uno.....	Uhajed settin.
Sesenta y dos.....	Etnein settin.
Sesenta y tres.....	Tleta settin.
Sesenta y cuatro...	Arbá settin.
Sesenta y cinco....	Jamesá settin.
Sesenta y seis.....	Settá settin.
Sesenta y siete....	Sebá settin.
Sesenta y ocho....	Teminiá settin.
Sesenta y nueve... .	Saá settin.
Setenta.....	Sebain.
Setenta y uno.....	Uhajed sebain.
Setenta y dos.....	Etnein sebain.
Setenta y tres.....	Tleta sebain.
Setenta y cuatro... .	Arbá sebain.
Setenta y cinco....	Jamesá sebain.
Setenta y seis.....	Settá sebain.
Setenta y siete....	Sebá sebain.
Setenta y ocho....	Teminiá sebain.
Setenta y nueve... .	Saá sebain.

Ochenta.....	Timiniain.
Ochenta y uno....	Uhajed timiniain.
Ochenta y dos... ..	Etnein timiniain.
Ochenta y tres....	Tleta timiniain.
Ochenta y cuatro..	Arbá timiniain.
Ochenta y cinco... ..	Jamesá timiniain.
Ochenta y seis....	Settá timiniain.
Ochenta y siete....	Sebá timiniain.
Ochenta y ocho....	Timiniá timiniain.
Ochenta y nueve..	Saá timiniain.
Noventa.....	Saain.
Noventa y uno....	Uhajed saain.
Noventa y dos....	Etnein saain.
Noventa y tres....	Tleta saain.
Noventa y cuatro..	Arbá saain.
Noventa y cinco... ..	Jamesá saain.
Noventa y seis....	Settá saain.
Noventa y siete....	Sebá saain.
Noventa y ocho....	Teminiá saain.
Noventa y nueve..	Saá saain.
Ciento.....	Miyá.
Doscientos.....	Mitáem.
Trescientos.....	Tletamiyá.

Cuatrocientos.....	Arbamiyá.
Quinientos.....	Jamesámiyá.
Seiscientos.....	Settamiyá.
Setecientos.....	Sebamiyá.
Ochocientos.....	Teminiamiyá.
Novecientos.....	Saamiyá.
Mil.....	Alef.
Millon.....	Milion.

Dias de la semana.

Lunes.....	Etnein.
Martes.....	Ettreza.
Miércoles.....	Elarba.
Jueves.....	Erejemés.
Viernes.....	Echimá.
Sábado.....	Eseff.
Domingo.....	Erjet.

Meses.

Enero.....	Eneyár.
Febrero.....	Fedreyár.

Marzo.	Mars.
Abril.	Freer.
Mayo.	Mayó.
Junio.	Yunis.
Julio.	Yulius.
Agosto.	Gost.
Setiembre.	Stumbero.
Octubre.	Tobaragen.
Noviembre.	Nombert.
Diciembre.	Tusunibero.

Palabras sueltas.

A

Abogado.	Kádet.
Aceite.	Esis.
Aceitunas.	Zituu.
Agua.	Amán.
Aguardiente.	Emagiyá.
Ayer.	Edenát.
Alcahuete.	Alcarrán.
Alcorán.	Korán.

Alegre.	Ifarajá.
Alejadría.	Escandarfa.
Alma.	Elamar.
Almendras.	Elmsá.
Amante.	Sami sami.
Amen.	Amen.
Amigo.	Anduquirinó
Angel.	Al-malak.
Año.	Am.
Azul.	Desisá.

B

Babuchas.	Earcúxen.
Badana.	Sargue.
Bajar.	Dáro.
Balas.	Arrsás.
Bandera.	Erarém.
Barba.	Izimár.
Barbero.	Hagiem.
Barco.	Gárrabo.
Beber.	Asued.
Bigote.	Erasafad.

Blanco.....	Damider.
Boca.....	Acamó.
Borracho.....	Isuá.
Botas.....	Earcúxen.
Brazos.....	Fúx.
Brevas.....	Erbexios.
Bueno.....	Sér-melegg.
Burra.....	Tagriur.
Burro.....	Agriur.

C

Caballo.....	Yís.
Cabeza.....	Asitif.
Cabo.....	Moscamdem.
Café.....	Alcajaguá.
Calabaza.....	Taseg.
Cama.....	Faráx.
Camino.....	Trek.
Camisa.....	Chamér.
Candil.....	Elcándil.
Cansado.....	Ogerég.
Cántaro.....	Tacabúx.

Cañon.....	Borque.
Capa.....	Bornús.
Cara.....	Ajanfóf.
Carne.....	Aistú.
Carneros.....	Echárris.
Casa.....	Cendá.
Cazuela.....	Texudá.
Cebada.....	Emendi.
Cebollas.....	Erbexér.
Cielo.....	Usinná.
Cobarde.....	Dusdey.
Coger.....	Chapar.
Cogines.....	Estormiyés.
Cohito.....	Ñique ñique.
Comer.....	Echech.
Comprar.....	Saguér.
Corazon.....	Ur.
Correr.....	Fisac.
Corriendo.....	Fisac fisac.
Coser.....	Gied.
Cristiano.....	Arumí, ensára.
Cuchara.....	Taganxé.
Cura.....	Marabot.

D

Dame.....	Atáf.
Dátiles.....	Ginesí.
Déjalo.....	Jarle.
Dentro.....	Carbeaguaró.
Día.....	Guás.
Dientes.....	Tegamá.
Dios.....	Arbí.

E

Encarnado.....	Desogá.
Enfermo.....	Yejrís.
Escribir.....	Atari.
Esencias.....	Elguar.
Espejo.....	Tisif.
Espingarda.....	Emilfá.
Estera.....	Axargir.
Estrellas.....	Nogiuna.

F

Faraon	Farón.
Feo	Daffan, guarijari.
Féria	Zuk.
Flor	Zaárd.
Fraile	Farayla.
Frio	Asméd.
Fuego	Cemici.
Fuera	Foc-barra.
Fumar	Anefnad.

G

Gallina	Tiasés.
Gallo	Yasés.
Gobernador	Balxa.
Gobierno	Almajasén.
Gorro	Sesech.
Gracias	Lestarjerch.
Gracias á Dios	Alá-jandulá.
Granada (ciudad)	Granata.

Granadas (frutas)..	Armán.
Grande.....	Tam-karán.
Guerra.....	Amenagué.
Guitarra.....	Gimbre.

H

Habas.....	Ibahon.
Hablar.....	Siguer.
Harina.....	Arm.
Herido.....	Danisón.
Hermana.....	Utimá.
Hermano.....	Umán.
Hermoso.....	Dasebag.
Hierba.....	Rubech.
Hierro.....	Uxér.
Higos.....	Tesard, escarmús.
Higos chumbos....	Irjandía.
Hija.....	Tajarmús.
Hijo.....	Memmé.
Hilo.....	Filo.
Hoy.....	Eda.
Hombre.....	Adami.
Huevos.....	Temirérim.

*

I

Iglesia.....	Tamsidá.
Infeliz.....	Mezquí.
Infierno	Giahannam.

J

Jaique	Vaix.
Jarra	Garraf.
Jerusalem.....	Masár.
Jesús.....	Sidi-naisan.
Jóven.....	Dansian.
Judío	Alijudi.

L

Ladron.....	Zurraco.
Leche	Agué.
Levantar.....	Orza.
Leña.....	Alcasobe.
Limon. .,.....	Limona.

Lujo.....	Fantasia.
Luna.....	Uyórd.
Luz.....	Candela.

LL

Llover.....	Aussár.
-------------	---------

M

Madre.....	Ima.
Mahoma.....	Sidi Mojamed.
Malo.....	{ Daffan, marfú, ja- raime.
Manos.....	Fús.
Manteca.....	Endején.
Mañana.....	Ciuchá, alagatá.
Mar.....	Erbejárd.
Marcha.....	Orój.
María.....	Mariem.
Matarlo.....	Iya imúz.
Melilla.....	Merit.
Miel.....	Tament.
Mirar.....	Visór.

Moisés.....	Sidi Muza.
Morir.....	Imúz.
Moro.....	Emenserimen.
Mosca.....	Issen.
Muerto.....	Imúz.
Mujer.....	Zamentox.
Mucho.....	Quevéra.
Mula.....	Tsardón.
Mundo.....	Douyá.

N

Nada.....	Gualo.
Nabos.....	Endéf.
Naranja.....	Lechin.
Negro.....	Tebersian.
Nilo.....	Nil.
No.....	La, maquia.
Noche.....	Sildis.

O

Oficial.....	Alcaid.
--------------	---------

Ojos.	Setagtien.
Olivo.	Ez-citun.
Orán.	Ujarán.
Orejas.	Emensoguen.
Oro.	Filús.

P

Padre.	Bába.
Pajizo.	Dágora.
Palma	Tamara.
Paloma.	Advér.
Pan.	Agaró.
Paño.	El mef.
Papel.	Kartás.
Pasas.	Esvird.
Paz.	Eraffis.
Péchos (tetas).	Pipiámena.
Peine.	Tameset.
Perdiz.	Tasi-kuór.
Perdonar.	Isemaj.
Pescado.	Isermén.
Pícaro.	Jaraime.

Piés.....	Dárd.
Pimientos.....	Fil-fil.
Pistola.....	Arcabúx.
Pluma.....	Calám.
Pobre.....	Damesdró.
Poco.....	Suái.
Pólvora.....	Elvárod.
Presidiario.....	Sterrao.
Preso.....	Eljafo.
Profeta.....	Nabi.
Pulga.....	Exorden.

Q

¿Quién?..... ¿Managua?

R

Regalar.....	Agas-lainié.
Rey.....	Melek , Sultan.
Reina.....	Malká , Sultana.
Rezar.....	Sedertz.
Rico.....	Dasebá-insá.

Rio.....	Guad.
Rosa.....	Guarda.
Rosario.....	Esbeág

S

Sal.....	Tamentef.
Sandía.....	Dil-lá.
San Gabriel.....	Seráfin.
Santiago.....	Esbeda.
Si.....	Guá.
Silla.....	Corsi.
Sol.....	Fúx.
Subir.....	Ateniér.

T

Tabaco.....	Taba.
Tanger.....	Tanya.
Té.....	Tey.
Tesoro.....	Beitul-mel.
Tetuan.....	Tetauen.
Tierra.....	Tamort.

Tiros.....	Elvaród viséf.
Todo.....	Colisí, marra.
Toma.....	Agas.
Tomar.....	Jaqui.
Tomates.....	Tomat.
Trabajar.....	Gedem.
Trigo.....	Earden.
Triste.....	Izquenet.
Tú.....	Sik.
Turbante.....	Arrosdef.

U

Uvas.....	Adér.
-----------	-------

V

Vacas.....	Tfúnas.
Valiente.....	Dárias.
Vapor.....	Gárrabo, vavór.
Vender.....	Sensé.
Venir.....	Argua.
Verde.....	Darbeáx.

Vergüenza.....	Isigjá.
Vivo.....	Itdár.
Vieja, viejo.....	Zoca, zoco.
Viento.....	Asinéd.
Vino.....	Saráb.

Y

Yo.....	Nech.
---------	-------

Z

Zalca.....	Tagidor.
Zanahorias.....	Giddú.
Zapatos.....	Earcúxen.

Frases y adverbios.

Buenos días.....	Sebalgel alicú.
Buenos días tengas..	Sebalgel uterbá.
Buenas noches.....	Emsenselgel alecú.
Buenas noches ten- gas.....	} Emsenselgel uterbá.

Dios os guarde.....	Selam-alccú.
Dios sea con vosotros.	{ Selám, mojamet en lá.
¿Cómo va?.....	Mates que suai.
Sin novedad; ¿y tú?	Lebes: mates siq.
Bien, gracias á Dios.	Lebés, Alá jandullá.
Mal.....	Merid.
Medianamente.....	Aidac.
¿Cómo está tu padre, madre y tus hijos?	{ Mates bába, ima, Memnés.
Toma pan.....	Agas agaró.
En el nombre de Dios.	Misimistá.
Adios.....	Emselagel.
Quiero dormir.....	Kaneb itáx.
No tengas miedo....	Makia dusdey.
Pronto acaba la guer- ra.....	{ Fisac, fini amena- gué.
Si Dios quiere.....	Encharla.
¿Por qué?.....	¿Magar?
Querer bien.....	Aisjafef.
Dios te saque de esta tierra.....	{ Alá-aigelik.
No puedo.....	Guariduner.

No quiero.....	Guagasó.
No tengo.....	Guaisará.
¿Comprendes el árabe?.....	Taárfus la arbía?
Un poquito.....	Suai.
Comprendo el árabe.	Taárfus la arbía.
No comprendo el árabe.....	Manárfux la arbía.
Dadme un poco de pan.....	Ataf suai de agaró.
Dadme un poco de agua.....	Ataf suai de amán.
Tengo sueño.....	Sedás itáx.
No tengo miedo á los moros.....	Máquia dusdey á emenserimen.
Mañana, si Dios quiere.....	Ciuehá encharla.



Como en las presentes circunstancias se mira con el mayor interés todo lo que concierne á Marruecos, va á continuación una ligerísima noticia geográfica de aquel país y de sus poblaciones mas importantes.

MARRUECOS es un imperio de Africa con unos 8,000 habitantes árabes, moros y judíos. Linda al N. con el Mediterráneo y el estrecho de Gibraltar, al O. con el Atlántico, al S. y S. E. con Sahara, y al E. con Argel. Tiene 120 leguas de ancho y 456 de largo. Le cruza el grande Atlas

que le divide en dos vertientes generales. En el territorio de Marruecos se comprende el reino de Fez, compuesto de 10 provincias, siendo las mas principales *Fez, Beni-Hasem, El Riff y Gart*. Marruecos se divide en otras 10: *Zerára, Tedla, Ducala, A'bda, Xedma, Kaha, Erhammena, Xeragua, Sus-el-Adna y Escura*.

Para la administracion y gobierno civil y militar del imperio hay 32 gobiernos, y el que los ejerce lleva el nombre de *Caide* y en algunos el de *Bajá, Gobernador general*. Cruzan esta region en diferentes direcciones varios rios: el *Morbea, Muluya, Tensift, Subú ó Sebú, Nacor, Luccos* y otros, desembocando todos en el Mediterráneo ó en el Atlántico. El país es fertilísimo en lo general, y el clima de los mas deliciosos del mundo. La agricultura y el cultivo, como otros tantos ramos, están en completo abandono. En sus bosques y montañas hay fieras y minerales de varias clases. Dan vida á su comercio expor-

taciones distintas: lana, cera, taflete, marfil, ganados, aceite y cobre.

Tres cuartas partes de sus habitantes viven en tiendas en las praderas y los llanos, profesan el mahometismo y gimen bajo el gobierno mas despótico y bárbaro de la tierra.

Esta region perteneció en lo antiguo á los romanos, despues á los vándalos y luego á los griegos. Declaróse mas tarde independiente, y comenzó en el siglo XI á reinar en él la dinastía de los Almoravides, sustituyéndola en el XIII la de los Merinidas y en el XVI la de Mahomet, que es la actual. Poseemos los españoles en aquel dominio las plazas de Ceuta, Peñon de Velez, Alhucemas y Melilla.

La ciudad que lleva el nombre de *Marruecos*, y fué antiguamente capital del imperio, cuenta hoy 30,000 habitantes, está situada en la márgen izquierda del Teurift, á 68 leguas S. O. de Fez, y la fundó en 1052 el primer Rey Almoravide. El cir-

cuito que abarcan sus murallas, de 30 piés de altura y con torres cuadradas á cada 20 brazas, es vastísimo, y encierra hermosos jardines, mezquitas y edificios.

El serrallo ó palacio imperial está fuera de la ciudad, cercado de murallas y adornado con mármoles de Italia y España. El aspecto de la poblacion es triste, pues las casas no tienen balcones ni ventanas á la calle, y estas son estrechas y tortuosas. La industria principal consiste en fábricas de tejidos de seda, papel y tafíete.

SALÉ.

Esta hermosa ciudad, situada en la costa occidental de Africa y en el imperio de Marruecos, está dividida en dos partes por el rio Viaron, y es célebre por las piraterías de sus moradores que lo llevaban todo á sangre y fuego, sin respetar bandera alguna. Salé y Rabata formaron

antiguamente una república independiente, y el valor y arrojo de sus habitantes tenía á raya á los Emperadores de Marruecos á pesar de hallarse situadas en medio del imperio. Tiene 22,000 habitantes árabes y moros. Si en la antigüedad fueron célebres por sus piraterías, hoy lo son por el ódio que profesan á los cristianos.

MAZAGAN.

Esta ciudad fué fundada por los portugueses, y es la última que poseyeron en Africa; está situada en la provincia, y á 40 leguas de Marruecos; tiene unos 2,000 habitantes y ha sido muy fuerte por su castillo y murallas; hoy yace abandonada á pesar de su pequeño puerto con buena rada.

*

MOGADOR.

Ciudad fuerte, especialmente por la parte del mar, situada en la provincia y á 32 leguas de Marruecos; encierra 16,000 habitantes, dedicados en su mayor parte al comercio de gomas, lanas, pieles y cera. Sus murallas son fuertes. Se cree que fué edificada por un ingeniero frances; sus calles regulares, si bien algo estrechas; está rodeada de huertas y jardines que dan abundantes y sabrosas frutas.

Se divide la ciudad en dos partes: en la una, llamada la ciudadela, residen los Agentes consulares de las naciones europeas, y el Bajá; en la otra los hebreos, y las dos están rodeadas de murallas. El puerto está al Mediodía de la ciudad en una isleta como de dos millas de circunferencia, y es de poquísima importancia

por el reflujo. Defienden la ciudad algunos cañones, pero nunca podría oponer gran defensa por la falta de agua que se siente dentro de los muros. Cuenta de 14 á 16,000 habitantes entre moros y judíos, y su fundacion es tan moderna que no se remonta mas que hasta mediados del siglo último.

TAFILETE.

Ciudad situada á 64 leguas E. S. E. de Marruecos, de construccion moderna, sin ningun monumento ni edificio notable, situada sobre un terreno fertilísimo; su comercio consiste en los frutos, principalmente en sus sabrosos dátiles. Los cueros y tafiletos de esta provincia son célebres en todo el mundo y dan nombre á la ciudad, cuyos industriosos habitantes se enriquecen con este comercio.

LARACHE.

Hermosa ciudad, á la embocadura del rio Luccos y en la pendiente de una colina. Cuenta unos 7,000 habitantes, y está dentro del territorio de Féz, al S. O. de Tanger. Fué ganada por los españoles en 1610, y volvió á caer en poder de los moros. Está fortificada por el lado de tierra con foso y muralla, y la defiende además un castillo levantado en la embocadura del rio.

Sufrió un fuerte bombardeo de los franceses en 1765. No hay en toda Africa una poblacion mas limpia y adelantada en punto á policia urbana; hasta tiene empedradas sus calles, bastante anchas y rectas en lo general. El puerto es de poca importancia y sus habitantes son industriosos y amantes de la cultura y los adelantos. *Larache* significa en árabe sitio de jardines,

y esto da una idea cabal de la hermosura y frondosidad de tan pintoresca poblacion.

RABAT.

Ciudad moderna y grande con 25,000 habitantes, situada en la provincia y á 30 leguas O. de Fez, ceñida de un muro y este defendido por tres torres; obra de un renegado inglés. Defienden además la ciudad algunas baterías por la parte del mar. Su puerto es bueno, aunque expuesto al viento del O.; se ve frecuentemente concurrido por buques de todos los países que acuden al comercio de granos, lana y cera.

Sus calles y edificios son bastante hermosos y cómodos. Hay grandes capitalistas, en lo general judíos. Está situada la ciudad frente y á muy corta distancia de otra no menos hermosa llamada *Salé*, con la que siempre ha conservado la mejor

armonía en sus relaciones comerciales y políticas.

La campiña es hermosa, y abundan en ella las frutas mas exquisitas. La mayor parte de los habitantes de Rabatt descendien de los moros expulsados de Andalucía en tiempo de Felipe II.

TETUAN.

Hermosa ciudad situada en la pendiente de dos colinas en la costa oriental del estrecho y á ocho leguas de Ceuta. Cercada de murallas, aunque no muy fuertes, defendidas solo por algunas torres artilladas. Tiene 60,000 habitantes moros, judíos y negros. El movimiento comercial que sostiene con Francia, Italia y España es de mucha consideracion, y consiste principalmente en lanas, pieles y ganados.

El interior de la ciudad no tiene nada

de agradable; calles estrechas y súcias, casas mal construidas, aunque ofrecen alguna comodidad en su parte interior. En la plaza pública están situadas las mejores tiendas de comercio, bastante surtidas de efectos del país y del extranjero.

El puerto, de poquísima importancia, está en el río Martil y á media milla del mar.

Los alrededores de Tetuan son amenos y frondosos, llenos de bonitas casas de campo y de espaciosos jardines con abundantes frutas. Las mujeres son hermosas, amables y tan aficionadas á los cristianos, que el Alcaide ó Gobernador de la ciudad tiene á estos prohibido el que habiten dentro de sus muros.

CEUTA.

Ciudad de Africa en el imperio de Marruecos, situada al principio de la embocadura oriental del estrecho de Gi-

braltar, en la falda ó pendiente del monte Hacho, en el estrecho istmo que une al continente de Africa aquel elevado promontorio, á cuatro leguas de Gibraltar y nueve de Tanger. Tiene de 400 á 500 vecinos, y está defendida por tres recintos. La fuerza material y personal de que debe constar para su defensa en pié de guerra es de 475 piezas de diferentes calibres, 525 artilleros, 400 zapadores y unos 6,000 hombres de infantería y caballería.

Para el servicio de la plaza hay una maestranza de artillería situada en la plaza de Cuarteles, y otra maestranza de ingenieros.

El aspecto de la poblacion es triste; sus edificios de ninguna importancia; el clima sano y agradable.

Desde tiempo inmemorial sirvió de escala para las invasiones enemigas en España. Poseyéronla los cartagineses, la ganaron los romanos, y estos á su vez fueron echados de ella por los vándalos,

y mas adelante formó parte de la monarquía hispano-goda. Bajo esta dominación fué confiado su gobierno al Conde D. Julian , quien ofendido por el Rey Don Rodrigo en el honor de su hija la Cava, entregó la plaza á los moros y les facilitó la entrada en España.

Cayó en poder de cristianos en 1413, ganada por Don Juan I de Portugal; y cuando este reino fué incorporado á la Corona de Castilla, siguió la misma suerte. En 1658, independiente otra vez Portugal, reconoció el dominio de los españoles sobre aquella plaza. Desde entonces ha sido diferentes veces sitiada y bloqueada infructuosamente por los moros. Es hoy el presidio mayor de España.

TERGA.

Pequeña poblacion en el territorio del Riff, con un puertecillo en el Mediterrá-

neo, y unos 3,000 habitantes, tan valientes como salvajes; se ocupan en su totalidad en el comercio de pescados salados y en el de cera y lanas.

ALIUCEMAS.

San Agustín y San Carlos de las Albuemas, isla y plaza fuerte, con presidio español en el Mediterráneo, perteneciente á la provincia de Cádiz, partido de Algeciras. Consta la población de 28 á 30 casas, habitadas por los empleados, marineros y algunos veteranos. Tiene alguno que otro edificio destinado á cuarteles, almacenes y hospital. La isla tiene unas 494 varas de largo, 98 en su mayor anchura y 501 de circunferencia. Fué tomada por los navíos españoles San Agustín y San Carlos en 28 de Agosto de 1673.

SAFFIA Ó SAFFI.

Al N. O. de Marruecos, ciudad y puerto pintoresco sobre el Océano. Situada en país fértil y rodeado de alturas que la defienden. Tiene un buen fuerte y un hermoso palacio. En 1641 la abandonaron los portugueses. Hay una buena guarnición, y su rada es bastante segura. Ascende su población á unas 12,000 almas. Sostiene el comercio de cuero, cera y pieles de cabra.

AZAMOR.

Capital de la provincia de Ducala, situada en la embocadura del río Morbeja á legua y media del Océano; cuenta unas 3,000 almas en su población. La embocadura del río está obstruida por una barra de arena que casi imposibilita la entrada

á los barcos de gran porte. Es célebre por su mercado, que abunda en cereales, goma, aceite y otros efectos.

GOMERA.

Llamada Velez de la Gomera, ciudad antigua situada entre dos montes, y con puerto en el Mediterráneo. Tiene cerca de 700 casas. A su inmediacion en un islote se levanta el Peñon, destinado á presidio español; tiene 800 habitantes y un fuerte inexpugnable sobre una roca escarpada. Fué tomado por Pedro Navarro en 1506, perdido despues por los españoles no lo recobramos hasta el año de 1563.

Hoy que nuestras armas se preparan á dejar bien puesto el honor del pabellon español al otro lado del estrecho, el Ayudante Alvarez, que se halla en esta córte disfrutando de Real licencia, se ha presentado al Exemo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros, pidiendo como gracia especial el asistir á esa guerra, destinado á sus superiorés órdenes. El Sr. O'Donnell, haciendo justicia al indisputable mérito de este valiente Oficial, ha accedido gustoso á sus deseos, y Alvarez marchará en el cuartel general á buscar otra vez los azares y peligros de la guerra, y á ofrecer su vida en aras de la patria.

ÍNDICE POR ÓRDEN DE MATERIAS.

	Págs.
A	
Abogados.....	131
Aduares.....	192
Agricultura.....	89
Aguas.....	60
Alhucemas.....	316
Alvarez se defiende de los moros.....	184
Alvarez (Noticias biográficas).....	261
Al-casár.....	254
Alcuzeuz.....	67
Amar.....	35
Amistad.....	230
Anécdotas sobre administracion de justicia.....	131

	Págs.
Angel (El).....	186
Apéndice.....	265
Argollas.....	73
Armas.....	209
Artes.....	91
Artillería y parque.....	244
Azamor.....	317

B

Babuchas (Cortesia de las).....	229
Banderas.....	195
Banquete.....	233
Blasfemias.....	195
Boda de Sidi-Mohamet.....	66
Bodas de los judíos.....	223
Buceta (El Brigadier).....	114

C

Caid-Farache.....	218
Caid-Farache (su astucia).....	219
Camino.....	247

Campo atrincherado.....	251
Cargo de General hereditario.....	254
Cartas de Alvarez al Brigadier Buceta....	147
Cartas del Brigadier Buceta.....	152
Casa y familia de Sidi-Mohamet.....	47
Casamientos.....	63
Celos de los moros.....	83
Certificado en favor de Alvarez.....	275
Ceuta.....	313
Chabó.....	166
Comercio.....	89
Comidas.....	70
Confidentes (Los).....	21
Confinados (nombres de los prisioneros)...	268

D

Desierto (El).....	197
Diversiones.....	59
Doncellas regaladas al Sultán.....	235
Duclos.....	88

E

Ejemplo de Rui-Lopez Dávalos.....	219
Ejército marroquí.....	243
Ejército (su táctica).....	246
Encadenados.....	74
Entierros.....	84
Entrega de los prisioneros.....	258
Erjach-Maimon.....	182
Extraña recompensa ofrecida á Alvarez por un Bajá.....	253

F

Fanatismo y oraciones de los moros.....	196
Fátima.....	123
Ferías.....	58
Fez.....	213
Funcionarios de gobierno en Marruecos..	244

G

Graneros.....	70
Guardia negra.....	248
Gomera.....	318

H

Historia de Vicente Masip y de Zaida..	95 y 169
Homenaje que debe tributarse al Gobierno de S. M.....	261

I

Instrucción pública.....	57
Introducción.....	7

J

Judíos (sus bodas).....	223
Judíos (sus trajes).....	233
Judíos (Tres).....	161

K

Kabila de Benisidel.....	33
Kabila de Benisinasen.....	181
Kabilas salvajes.....	191

L

Larache.....	310
--------------	-----

M

Mahoma (su nacimiento y fiesta).....	111
Marcha.....	191
Marina.....	247.
Marruecos.....	303
Marruecos (Ligeras observaciones sobre la conquista de).....	240
Marruecos (Altos funcionarios de gobierno)	244
Mazagan.....	307
Melilla.....	19
Mequinéz.....	226

	Págs
Miseria de las kabilas.....	126
Modo de pelear.....	183
Mogador.....	308
Moneda.....	216
Morabitos ó Santones.....	127
Moro manchego (El).....	75
Mujeres.....	50 y 60
Mujeres feroces.....	195

N

Negociaciones secretas.....	159
Noche de novios.....	70
Nombres: partículas que les anteponen...	60
Nuevos peligros.....	107

O

Obligaciones de los maridos.....	71
Oficios.....	89
Olivares.....	73

P

Paisajes.....	194
Pan.....	69
Parque de artillería.....	244
Parte detallado de la salida de Alvarez al campo del moro.....	265
Pasados al campo del moro.....	80
Perros.....	61
Pobres.....	58
Proceso verbal.....	137
Promesas que hacen al cañon.....	128
Propuesta en favor de Alvarez.....	273

R

Rabat (ó Rebata).....	311
Reclamacion del Gobierno.....	121
Refriega entre los moros.....	113
Religion.....	58
Renegados en Mequinéz.....	244
Riff (El).....	17

S

Sacrificio del toro.....	246
Saffi.....	317
Salé.....	306
Salidas de Alvarez al campo del moro....	11
Sidi-Mohamet.....	41
Sidi-Mohamet (su politica).....	150
Soldados del Emperador.....	208
Soldados de Rey.....	121
Solimán, renegado catalan.....	244
Sorpresa (La).....	25
Supersticion.....	60

T

Táctica del ejército y modo de pelear. ...	246
Tafilete.....	309
Tanger.....	257
Terga.....	315
Tesoro.....	226
Tetuan.....	312

	Págs.
Teza.....	205
Traje de las judías.....	233
Trajes de los rifeños.....	50
Trajes ó uniformes.....	208

V.

Vocabulario del dialecto rifeño.....	279
--------------------------------------	-----



A LOS SEÑORES SUSCRITORES.

Inconvenientes que no ha estado en nuestra mano evitar han retardado la publicacion de estas Memorias. El colocar en ella la lista de los señores suscritores, como se habia ofrecido en el prospecto, hubiera prolongado mas tiempo ese retardo y dado margen á un sinnúmero de reclamaciones; en obsequio pues de la brevedad, hemos suprimido dicha lista, poniendo en su lugar varias materias que no se anunciaron en el prospecto.

Tambien, contando con la indulgencia de nuestros suscritores, hemos impreso la obra en este papel, único que hemos podido encontrar; tal es la escasez de este artículo que se siente en Madrid estos dias.





BIBLIOTECA NACIONAL



1000518065